

POESÍA COMPLETA

BAJO EL PATROCINIO DE
SARAH GIRRI
Y JORGE GALLARDO

BUENOS AIRES

José Watanabe

POESÍA COMPLETA

COLECCIÓN LA CRUZ DEL SUR • EDITORIAL PRE-TEXTOS



MADRID • BUENOS AIRES • VALENCIA • 2008

Primera edición: marzo de 2008

© JOSÉ WATANABE, 2008

© DE ESTA EDICIÓN, PRE-TEXTOS, 2008

LUIS SANTÁNGEL, 10
46005 VALENCIA

IMPRESO EN ESPAÑA
ISBN: 978-84-8191-742-7 • DEPÓSITO LEGAL: S-427-2008

DISEÑO DE LA COLECCIÓN: ANDRÉS TRAPIELLO Y ALFONSO MELÉNDEZ

AL CUIDADO DE LA EDICIÓN: MANUEL RAMÍREZ

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores, viola derechos reservados.
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Vineta: ¿?

IMPRENTA KADMOS

ÁLBUM DE FAMILIA
(1971)

A mi madre / al Negro / al Viche

CHAGALL

Para Álvaro Mendoza Díez

SI me atrevo y abro la ventana
puede suceder:
el cielo gris con su golondrina completamente natural
o dos amantes sobre el mismo cielo anunciando el verano.

Soy un hombre cauto,
estoy acostumbrado a los días
y temo los milagros no previstos en el programa.
Chagall ha detenido su largo vuelo sobre mis libros,
viene de sobrevolar los campos y las aldeas,
ha estremecido
los árboles,
ha derribado
los frutos
la manzana
que descalabró los ojos miopes de Sir Isaac Newton.

Le digo que no crea
que yo también entreveo la posibilidad de volar,
de caminar por el cielorraso
de invitar a las muchachas
a mirar la ciudad desde arriba.

Chagall sonríe y sabe

que un hombre cauto
no puede huir de la cordura.

Si me atrevo y abro la ventana sé lo que puede suceder:

un hombre que se va sobre el aire

inventando

con un violín rojo

una serenata.

LOS AMIGOS

A Lorenzo Osores

PERMANECE aún el sabor de un helado de almendras
en nuestra garganta
y Lorenzo habla de nuestros años
sin salir del duro cascarón de la familia,
recuerda que cuando caían las hojas él no sabía que pasaba el
tiempo.

Debemos buscar trabajo
porque su novia no leyó nunca folletos malthusianos.

Ella dijo riendo:

“Mejor saltemos por la ventana”.

Él dijo:

“Sería como caer sin llegar nunca”.

Sin embargo, nuestras renovadas búsquedas de trabajo
emprendidas siempre al atardecer
terminan conversando sobre la hierba de algún parque.

Hoy hemos fingido ser expertos en publicidad,
hemos fotografiado a todo el mundo con el hueco de la mano,
y textos para un producto imaginario nos han sobrevolado con
persistencia.

Un día emprenderemos una excursión a donde apunte el viento
o editaremos un libro de dibujo o poesía
donde se aprieten las ruedas, el humo, las hojas,
los papás que usan tirantes y los fantasmas.

Ahora sólo sabemos caminar las calles
y ni siquiera somos carteros.

FLORES DE PLÁSTICO

CADA uno de estos días del Señor
un vendedor demuestra en mi puerta
que somos menos perdurables que el plástico.

Y ya mi casa está llena
con diversos objetos garantizados irrompibles.

Pero este tiempo de Gracia
comprendiendo que nada puede ser ajeno a los afanes líricos
ha creado hermosas flores en humosos laboratorios.

La urgencia por entregar la primavera
es probable causa de algunas deficiencias:
no hay secreto placer entre el polen y el estambre
ni esa inmemorial premonición
que estremeció al hombre ante la flor marchita.

He visto algunas secretarias
vertiéndoles el perfume de su agrado.

Y a estas alturas
no debe sorprendernos una triste muchacha
deshojando flores de plástico junto a su ventana.

ACERCA DE LA LIBERTAD

ESTA mañana han comprado un pájaro
como se compra una fruta
un ramo de flores.

Dicen que Hokusai compraba pájaros para liberarlos.

También Leonardo
pero midiéndoles el impulso y el rumbo.

Posiblemente en la infancia he pintado pájaros
pero jamás les he hallado relación exacta con los aviones.

Estoy tentado a liberar este pájaro
a devolverle
su derecho de morir sobre el viento.

Me van a pedir razones.

Sentiré la obligación de hablar acerca de la libertad
pero mi familia que es muy lógica
dirá que afuera solo
con el viento
a ver qué hago.

EL RAPTO DE LA AMADA SABINA,
SIN CABALLO Y CON MUCHA CORTESÍA

A Diana

BUENA familia, sagrada familia,
una hermana que sueña mirar el poniente
en los rascacielos de Nueva York,
un hermano con posgrado y otros lagartitos
todavía sin futuro definido.

Pero nadie descubrió mi pata de fauno:
yo solo lánguido casto.

Tras las cortinas indagaban por mis referencias
y cuando nos dejaban solos
sus sospechas volaban como mariposas.

Ahora buscan nuestro rastro por las últimas aldeas.

Ella duerme a mi lado y sueña una tierra de largo reposo.

Yo escucho el incesante ronquido
de las gentes a cuyo lado hemos pernoctado.

Cuando huíamos cayó de la mesa un ángel de yeso
aureolado con los más antiguos respetos de la familia,
con la más larga tradición de biennacidos
biencasados
bienmuertos.
Así sea.

POEMA TRÁGICO CON DUDOSOS LOGROS
CÓMICOS

MI familia no tiene médico
ni sacerdote ni visitas
y todos se tienden en la playa
saludables bajo el sol de verano.

Algunas yerbas nos curan los males del estómago
y la religión sólo entra con las campanas alborotando los
canarios.

Aquí todos se han muerto con una modestia conmovedora,
mi padre, por ejemplo, el lamentable Prometeo
silenciosamente picado por el cáncer más bravo que las águilas.

Ahora nosotros
ninguno doctor o notable
en el corazón de modestas tribus,
la tribu de los relojeros
la más triste de los empleados públicos
la de los taxistas
la de los dueños de fonda
de vez en cuando nos ponemos trágicos y nos preguntamos por
la muerte.

Pero hoy estamos aquí saludables escuchando el murmullo
de la mar que es el morir.

Y este murmullo nos reconcilia con el otro murmullo del río
por cuya ribera anduvimos matando sapos sin misericordia,
reventándolos con un palo sobre las piedras del río tan metafórico
que da risa.

Y nadie había en la ribera contemplando nuestras vidas hace años
sino solamente nosotros
los que ahora descansamos colorados bajo este verano
como esperando el vuelo del garrote
sobre nuestra barriga
sobre nuestra cabeza
nada notable
nada notable.

SUGERENCIAS

AVISO que la silla donde escribo por triplicado
y tomo mi refrigerio
ya me está tatuando la espalda y las nalgas.

¿Por qué no mandan una circular
permitiendo a los oficinistas
desfilar con su escritorio al parque de enfrente?
Los literatos dicen que estamos muertos,
pero qué difícil resulta ocultar de los ojos de los muertos
en un triste acto de magia
la sonrisa de mi mujer, mis libros, mi hijo
 anunciado por el tejido de lana Patito
 que me ensueña largamente hasta las babas.

Aviso también que hoy el sol se ocultará temprano:
 sólo los viernes permanece hasta la madrugada
 como un beneficio de la semana inglesa.

(Entonces hablamos con una suficiencia que es para llorar
porque ningún conocimiento es ajeno a los oficinistas en la
 cantina).

Pero lo que quiero decir es rata
 encorbatada rata
 jefe rata

rata que se baña o canta bajo la ducha
haciendo inútil el excesivo perfume de las secretarias
porque el agua no ducha

la caca del corazón de la rata.

Pero condesciendo y condesciendo.

Condesciendo y

a veces soy el que deja anónimos en el buzón de sugerencias

grandes venganzas

que son para llorar

en el parque de enfrente.

HABLANDO DE NARANJAS

LAS naranjas sólo me sugieren fáciles metáforas.

Digo:

lluvia capturada,
calidoscopio,
estallido.

Pero mi relación con ellas
no apunta mas allá
de la casi obscena operación de engullirlas.

Sin embargo, no niego
que he llegado a descubrir sus mas hermosos disfraces:

Modigliani pintaba senos
que claramente son naranjas
y Magritte
las hizo florecer torturadas en su mundo.

Y un día de estos amaneceré convencido
por la propaganda
de que vienen de algún árbol
las botellas de químicas naranjas.

INFORME PARA MI HERMANO MUERTO EN
LA INFANCIA

AHORA no hay lugar a discusión ni defensa.

La peste tenía su oficio.

Fue duro verte rodar como una semilla.

Yo sobreviví entre los muertos.

Caminamos por los pasillos como en esas silenciosas y vastas
posadas.

Respiramos el deseo de huir sin cancelar la cuenta.

Papá escanció su último aire sobre nosotros.

Me acompaña una muchacha parecida a una fuente.

Nos alimenta una licuadora.

Ya empieza el verano.

¿Te ves con papá?

En general, me he vuelto un poco indiferente.

A veces pesa mucho el silencio de los cipreses y los muertos.

CINE MUDO

MIRANDO el amor,
tendido en los pastos,
si cierras un ojo tendrás una estampa china.

¿Dónde está China?
Mi madre tenía una ventana y no pudo ver China.

La máquina 7 ha pasado por el cielo diciendo adiós.

Pasó un manicero vendiendo maní. Adiós.

No era un manicero: desconfía de las nubes que arrojan maní.

Ha bajado un caballo
y en el cielo la yegua espera acostada diciendo amor.

Está pasando un entierro,
el muerto quería ir caminando
pero que comprenda que comprenda le dijeron.

Le dijeron que la huelga continuaba ante la tropa y la bala.

Adiós. Último adiós. Adiós levantando un manojo de pasto.

¿Cómo te llamas? No quiere hablar.

Como mi madre cuando mira por su ventana.

No tengas miedo. En tu memoria
las yeguas han postergado su boda de blanco.
Ellos están esperando noticias
y hermoso es el oficio de cartero bajo la tierra.

¿Son blancas las calles bajo la tierra?
Saluda a mi hermano,
que levanté un manojó de pasto, así le dices.

LAS MANOS

MI padre vino desde tan lejos
cruzó los mares,
 caminó
 y se inventó caminos,
hasta terminar dejándome sólo estas manos
y enterrando las suyas
 como dos tiernísimas frutas ya apagadas.

Digo que bien pueden ser éstas sus manos
encendidas también con la estampa de Utamaro
 del hombre tenue bajo la lluvia.

Sin embargo, la gente repite que son mías
aunque mi padre
multiplicó sus manos
 sólo por dos o tres circunstancias de la vida
o porque no quiso que otras manos
 pesasen sobre su pecho silenciado.

Pero es bien sencillo comprender
 que con estas manos
también enterrarán un poco a mi padre,
 a su venida desde tan lejos,
 a su ternura que supo modelar sobre mis cabellos
cuando él tenía sus manos para coger cualquier viento,
 de cualquier tierra.

LA VISITA DEL OJO QUE SUPERVISA A LOS
BUENOS HOMBRES

DESDE la poderosa región de las antesalas y los tronos
donde moran secretarias y vencedores,
cada cual a su conquistada manera,
partía el Ojo Vigilante del Estado
hacia los perdidos reinos donde nosotros los diligentes
clasificábamos a los beneficiarios de la felicidad
dibujada en folletos.

“Las necesidades ahogan las convicciones y
los escrúpulos arañan como un millón de gatos nuestro sueño.

Es falsa esta mudanza de plumas
pero mi hijo será hermoso”.

Y esperamos
porque cerca está el rendimiento de las cuentas
y el Ojo es inalterable
y es vengativo si no te acoges a su gracia.

¿Vendrá volando?

¿A caballo quizás?

¿Veremos a lo lejos como un penacho la bandera del Servicio
Oficial?

Posiblemente ya está invisible entre nosotros,
y en ese convencimiento hacemos venias al aire, intuyéndolo
entre nuestras aprensiones
y nuestros más hermosos pensamientos:

“Mi hijo será hermoso y será llamado Cristóbal”.

DIATRIBA CONTRA MI HERMANO PRÓSPERO

MI hermano el próspero
sumergido en su sofá versallesco
preludia
 como elefante en suave regocijo
su siesta.

Mira el mar en la falsa profundidad de la pecera
y organiza la tarde como si fuera un negocio.

Sólo oigo girar la rueda de la fortuna
cuando me acerco sigiloso para mirar a través de su ojo
y el caracol que nos anunció el mar que desconocíamos
se ha convertido
 en cornucopia.

Lo rodea un aire robusto, un aire de torre gorda
 y menos que gusano soy
ante la concurrencia de parientes y público en general.

A veces pienso en mi padre
 que nos aguarda a todos entre la niebla
bebiendo el licor de las botellas vacías
seguro se alegra
 seguro me invita a un trago
si le arribo sin chequera
y de todos el más escaldado.

CONSEJOS PARA LAS MUCHACHAS

CONOZCO algunos sueños femeninos.

Susana sufría el tormento de no permanecer como una estatua en la memoria de los hombres.

Pasaba sus días soñando una canción que nos encadenara.

En su homenaje
y probada la ineficacia de los antiguos recursos
escribo estos consejos con la intención más sana del oficio:

Aprenda francés y practique yoga

Aficiónese al bowling

a pintar al aire libre

al budismo

a coleccionar estampillas de países remotos

Únase a un grupo de canto o danzas folklóricas

Frecuente un cine club

Tome café levantando deliciosamente el dedo meñique

Únase al Cuerpo de Paz

Incluya en su vocabulario cotidiano

“tercer mundo”

Lea los “Cien Años de Soledad”

Camine como si estuviera en la avanzada de un grupo

en vanguardia

Diga en voz alta que ama desesperadamente las
mariposas.

Si estos consejos le granjean la admiración
de varios amantes de mariposas
yo habré constatado
que fue un acierto conocer a Susana
desdichada, ya lo dije,
por carecer de una canción que nos ensimismara.

CUATRO MUCHACHAS ALREDEDOR DE UNA
MANZANA

La música de Susana tocaba las lujuriosas fibras.

WALLACE STEVENS

LA manzana es alianza del hombre y su deseo.

Y así perdura bajo mis uñas, inacabable
en la estridencia de la guitarra.

Pienso en la frente del viejo Beethoven que he propuesto
como una pausa;
pero la manzana acecha y codicia en silencio
el viejo fuego en la risa demasiado suelta
de cuatro muchachas que hacen del fuego juego de entrega,
juego y juego
que me obligan a parapetos que me humillan:
fuerzo gestos que no acostumbro
como sonrisas condescendientes
como miradas que se refugian en los rincones.
En verdad que en el asalto nunca he sido ducho,
sé que mi viejo caballo está hecho para dilatadas acechanzas
y ante ellas de estos tiempos de desenfado
se intimida no se consume ni en hoguera ni en discordia.

Celebro el rasgueo vertiginoso de la guitarra en la fonola
y mientras ellas aplauden yo sueño procacidades, me miro
los dedos que ya no llevan guantes para arrojar al suelo
y decido mi retiro, sin discordias y a desgana,
mientras va devorándose sola mi manzana.

EL HUSO DE LA PALABRA
(1989)

NOTA DEL DEUDOR

*Cuando abría los ojos,
ellos estaban siempre allí, alrededor de mi cama.
Ellos, mi amigo Bertram Hanssum
y mi hermana Teresa.*

...contempla las palabras.

Cada una

tiene mil caras secretas sobre la cara neutra

y te pregunta, sin interés por la respuesta,

pobre o terrible, que le dieres:

¿trajiste la llave?

DRUMMOND DE ANDRADE

EL AMOR Y NO

MI OJO TIENE SUS RAZONES

CREO que mi ojo tiene un arbitrario criterio de selección.
Obviamente hubo más paisaje alrededor,
imposible que sólo fuéramos ella y yo en el rompeolas.

Soy de repeticiones, como todos. Entonces puedo suponer que
si hubo niebla

le dije: botes en la bruma pueden ser sólo reflejos, espejismos,
y le mencioné el antiguo haiku de Harumi:

“Entre la niebla
toco el esfumado bote.
Luego me embarco”.

Si hubo sol

le tomé fotografías con el hueco de la mano y acaso la azoré
diciéndole: posa con los senos hacia el viento.

Si pasaron gaviotas y ella las admiró, le recordé
que eran aves carniceras y que únicamente su feo canto es ho-
nesto.

Mi ojo todo lo veía, no descartaba nada.

Entramos en el mar por el rompeolas de rocas cortadas.

Sobre una roca saliente ella recogió su falda

y deslizó sus pies hacia el agua.

Sus muslos desnudos hallaron comodidad en la piedra.

Era particularmente raro
el contraste de su muslo blanco contra la roca gris:
su muslo era viviente como un animal dormido en el invierno,
la roca era demasiado corpórea y definitiva.

Hubiera querido inscribir mi poema en todo el paisaje,
pero mi ojo, arbitrariamente, lo ha excluido
y sólo vuelve con obsesiva precisión
a aquel bello y extremo problema de texturas:
el muslo
contra la roca.

CANCIÓN MÁGICA PARA LA CACERÍA

(Basada en una canción anónima esquimal)

RENA,

permanece alta sobre tus piernas, y quieta.

A ti te digo,

a ti que ya presientes mi mano ponderando tu cuerpo.

Espérame: aún no tomo completa decisión,

todavía vacila algún perdido nervio mío.

Detrás de este promontorio de nieve

te he mirado fijamente durante horas

y antes que mi flecha

mis ojos

han hundido en tu corazón el deseo de ser presa.

Si el viento cambia y mi olor de hombre

hace huir a tu manada

sé que tú permanecerás allí, alta sobre tus piernas.

Mira: mi cuerpo ya se levanta, reunido

y natural,

y sin esfuerzo tensa el arco, contiene la flecha.

Tu gran salto de herida

te confundirá con los animales de alas

y morirás como ellos, entre nosotros y el cielo.

Así cantaré, así diré.

Porque pronto yo seré dos:

el cazador que confirmará su destreza
y el arrepentido
que exaltará con palabras tu muerta belleza.

Ahora gira lentamente, muéstrame el lado del corazón
y ven contenta,
ven siempre contenta, por aquí,
por aquí.

COMO SI ESTUVIERA DEBAJO DE UN ÁRBOL

EN otro lado esta muchacha tendría hermosas piernas
y yo abriría las manos midiendo en el aire su cadera
o pensaría algo impúdico y bello para nombrar sus senos.
Esta muchacha taquígrafa mecanógrafa de buena presencia
no me sonrío ni canta,

pero debiera.

Vive ocho horas diarias frente a mí

sentada sola y lejana

lejana en una larga perspectiva sobrevolada por estantes y escrito-
rios y palomas fijadas en el aire y una ventana que distor-
siona su propio marco y ella más sola y lejana cada vez.

Oh, yo no

soy surrealista

soy empleado

y esta muchacha archiva mi oficio y beneficio, mi nombre
que flota como un globo entre los conserjes y los doctores.

A la hora del refrigerio ella abre su lonchera

y dispone sobre el escritorio su alimentación de pájaro

como si estuviera debajo de un árbol.

Esta muchacha,

como si estuviera debajo de un árbol debiera cantar
y yo debiera ser galante con el suave color de sus mejillas.

FUIMOS rebeldes y audaces. Yo la convencí de la nueva moral que ni aun yo tenía, y huimos sin ceremonia ni consentimiento. Ella trepó ágilmente a la grupa de mi caballo y así cabalgamos hasta las primeras estribaciones de la sierra. Bordeábamos los poblados y con ramas desgajadas íbamos cubriendo nuestras hue llas. Nos detuvimos en una aldea cuyo nombre alude a la contemplada limpidez del río que la atraviesa.

Había clara luz de tarde cuando el posadero nos abrió la pesada puerta de palo. A pesar de reconocer en él a un hombre sin suspicias, le mentimos nuestros nombres. Le encargué una buena habitación para nosotros y cuidados para nuestro caballo. Ella, azorada y hambrienta, mordía a mi lado una manzana.

El cuarto era blanco y olía a resinas de eucalipto. Aunque ofrecido con excesiva modestia por el posadero, allí hallamos seguridad. Desde el pie de nuestra ventana los trigales ascendían hasta las faldas riscosas donde pastaban los animales del monte. Las cabras se perseguían con alegre lascivia y se emparejaban equilibrando peligrosamente sobre las aguas rocosas. Ella cerró la ventana y yo empecé por desatar su largo cabello.

Fuimos rebeldes y audaces. Sin embargo, ahora nos perdonan nuestras familias y nos perdonamos nosotros mismos. Nuestro hogar ha sido tardíamente consagrado. Eso es todo. Nunca traicioné otras grandes verdades porque quizá no las tuve, excepto el amor que me hizo edificar una casa, excepto el amor que nunca debió edificar una casa.

A veces pienso cabalgar nuevamente hasta esa posada para colgar en su puerta estos versos:

En la cima del risco
retozan el cabrío y su cabra.
Abajo, el abismo.

LA MANTIS RELIGIOSA

MI mirada cansada retrocedió desde el bosque azulado por el sol hasta la mantis religiosa que permanecía inmóvil a 50 cm. de mis ojos.

Yo estaba tendido sobre las piedras calientes de la orilla del Chanchamayo y ella seguía allí, inclinada, las manos contritas, confiando excesivamente en su imitación de ramita o palito seco. Quise atraparla, demostrarle que un ojo siempre nos descubre, pero se desintegró entre mis dedos como una fina y quebradiza cáscara.

Una enciclopedia casual me explica ahora que yo había destruido a un macho vació

La enciclopedia refiere sin asombro que la historia fue así: el macho, en su pequeña piedra, cantando y meneándose, llamando hembra y la hembra ya estaba aparecida a su lado, acaso demasiado presta y dispuesta.

Duradero es el coito de las mantis.

En el beso ella desliza una larga lengua tubular hasta el estómago de él y por la lengua le gotea una saliva cáustica, un ácido, que va licuándole los órganos

y el tejido del más distante vericuetto interno, mientras le hace gozo,
y mientras le hace gozo la lengua lo absorbe, repasando
la extrema gota de sustancia del pie o del seso, y el macho
se continúa así de la suprema esquizofrenia de la cópula
a la muerte.

Y ya viéndolo cáscara, ella vuela, su lengua otra vez lengüita.

Las enciclopedias no conjeturan. Esta tampoco supone qué última
palabra
queda fijada para siempre en la boca abierta y muerta
del macho.

Nosotros no debemos negar la posibilidad de una palabra
de agradecimiento.

PLANTEO DEL POEMA

YO quería escribir un poema,
un estudio del canguro hembra que termina de procrear
su cangurito
en una bolsa membranosa que lleva a guisa de delantal.
Ampliando un poco la imagen
debía identificar esa bolsa materna con mi dormitorio.
y dentro de la bolsa-dormitorio estaría mi hija recién nacida
y un tanto edípicamente yo mismo. Mi mujer,
la cangura, debía administrar esa bolsa de cemento como parte de
su cuerpo,
estableciendo su maternalismo sobre ambos, incluso sobre las
cosas.
Cuando llegó mi hija yo sospeché esta conversión, y tuve miedo.
Mi hija pudo tener alas y largarse por la ventana
pero decidió ser como papá y mamá que no saben volar.
Por eso fue menester que la habitación se convirtiera en marsupia
donde ella terminaría de criarse arrojándome sus olores
de talco y caca, y convirtiendo los bellos pechos eróticos de mi
cangura
en pechos nutricios.
También debía hablar de mis actitudes de mono alrededor de su
cuna
diciéndole “cara de poto”, pero babeante, pero progenitor,
pero a sus órdenes.
Yo debí escribir ese poema. Espero hacerlo algún día.

MI MITO QUE YA NO

LOS esquiladores imponen su fuerza sobre las ovejas,
las maniatan
y con una tijera les quitan su candorosa metáfora
de nube.

Y las ovejas, súbitamente magras y desgarradas
se arraciman
avergonzadas
muy avergonzadas
y ahora el pescuezo deja ver el triste tragar.

Mas aquí el tiempo torna. El mito dice
que el tiempo taladra una espiral en la piedra
y allí duerme
y despertará
y vendrá
y el vellón de la oveja se habrá renovado
y la metáfora.

Pienso en lo que a mí me rodea:
nada tiene regeneraciones estacionales.
Para entrar en el mito del eterno retorno primero hay que morir.
No tengo mitos inmediatos.

Era ella y ya no:
el tiempo bajó de su fino rostro a sus finos pies
y le empellejó todas sus metáforas.

EN EL MUSEO DE HISTORIA NATURAL

EN el museo de Historia Natural
mi mano sobre el lomo de la pantera terrible
se desliza como si calmara las formas de otras amenazas
y el mandril asiente,
posando entre su pareja y su cría, el mandril asiente.
Tu piel y mi piel estaban disecándose, mandrila, y nos quedaba el
cuerpo como frutas consumidas dentro de su cáscara.
Pude hablar
de tanto, pero me dio pereza.
Sobre la cabeza del mandril años y años cae el polvo de estopa
y cerca de sus pies
su propia pelambre y la de su familia.
Aquí todo está muerto, sólo el aire
gira levemente vivo,
pero a veces se agita y mueve las plumas y las pieles
y por un segundo nos hace creer en movimientos más ostensibles
donde el águila carnífera devore al petirrojo indefenso y sólo bello
o la pantera complete su salto sobre el anca de la gacela.
Pero fue sólo el aire soplando
y es el poeta inobjetivo que mira e insiste:
el mandril quiso huir,
por la ventana, solo,
el mandril quiso huir.

MEJOR LACÓNICO

*... máquinas ingenuas
que se llevan a los labios.*

LUIS HERNÁNDEZ

¿TE acuerdas de los pitos del alfarero Tineo
pájaros sapos vaquitas chivitos
apreciados en el cuenco de nuestras manos
y todos con su candorosa trompetita de una sola nota en el culo?
Yo sigo buscándolos en las ferias de los artesanos.
Están en mi escritorio.
y mis ojos que en la madrugada saben más
me piden que los acepte como semejantes de mi corazón
que reprimo.
Mi corazón quiere gritar y llamarte con mocos,
lágrimas y babas,
pero termina por aceptar la discreción
de los pitos:
llevo uno a mis labios y soplo
y ese único e inalterable sonido
me aconseja y advierte
que con una sola nota basta.

LA DANZA

LA mano de mi esposa resbalaba desmayada
por el brazo del sillón, dándose al beso
final.

Hacía tiempo que ella era mi fallecida. El silencio
nos comunicaba bien. Las palabras eran un contratiempo, nos
despertaban
del conjunto escultórico que componíamos: Dama y Caballero
sobre la losa funeraria, y ella empezaba
su larguísimo reproche, mis descuidos
en la vigilancia de la aguas.

Oh esas infinitas noches en que nuestras palabras
terminaban siendo jitanjáforas
que vagamente expresaban encono y desazón, hasta la luz
del alba, celeste afuera, virando al amarillo en mi ventana.

Yo creo casi supersticiosamente en signos.

Y esperaba la ocurrencia de uno que pusiera alguna definición
entre nosotros.

Fue cuando apareció en la sala la raíz blanca, extraviada e
inquietante
de un árbol callejero.

La raíz separaba dos baldosas y emergía, nudosa y espectral,
como los tres huesos de un dedo, el comienzo de un esqueleto
completo
que había escarbado arduamente hasta mi casa
para danzar

finalmente
con mi esposa (visión de seguro venida de los grabados
de Posada).

La raíz
era signo
o, si hecho, los tres o cuatro huesos que cualquiera encuentra en
su casa.

En verdad, pues, no vi el esqueleto
completo,
pero a un año me divierte imaginarla (carcancha también) con él,
danzando, resbalando
sobre las sustancias blandas que fue desprendiendo en su descarnar.

LA QUE NOMBRA

LOS choferes
que durante años recorren el largo desierto
tienen un recurso
 para abreviarlo: nombran
sus tramos.
(Nosotros decimos fácilmente
 que el desierto es uno e inacabable.)
Ellos van hacia próximas dunas, hondonadas y arenas
 en suave contorsión, y cuyas toponimias
vienen comprensiblemente de su semejanza
con formas de mujer,
de sus partes nalgas piernas senos caderas
 y de su sexo
 que tiene innumerables remoquetes.
A ningún chofer le sorprende
que la mujer esté tan segmentada,
 que no mantenga
orden anatómico o que se repita.
Saben que al fin y al cabo, y terminado cualquier desierto,
 una mujer
se arma siempre en la cabeza.

CRISTINA

EN 1975, una muchacha de Roma llamada Cristina llegó a Brighton, balneario-moridero en cuyas hamacas y bancas duermen los jubilados de Inglaterra.

Viendo pasar a Cristina, los viejos hacían gestos de reprobación porque ¿a qué venían las jóvenes italianas sino a abortar? Ella había venido a aprender el inglés.

Pero como es previsible en los de lenguas latinas, a los pocos meses terminó odiando el idioma y burlándose de las conversaciones artificiales de su texto.

Más nos entendíamos nosotros, aunque ninguno sabía la lengua del otro, sólo conocíamos sus músicas. Ella agregaba, además, una mímica muy clara y abundante.

Tenía la cabeza estructuralmente sólida, pero loca por dentro: alquilaba, sin aprensiones, un sótano al mismo nivel que los sepultados en los jardines de la vecina iglesia San Pedro.

En el sótano, cada noche, cogía el único libro que había traído, una antología de poetas italianos contemporáneos, y lo agitaba en mis narices recriminándome no saber su idioma. Y cruzando las piernas sobre la cama, iniciaba su lectura, casi una ceremonia en celebración de su lengua.

El libro había aprendido a abrirse solo, siempre donde empezaban los poemas de Antonia Pozzi, porque invariablemente y todas las noches era Antonia Pozzi –que sólo vivió 26 años, según me enteré mucho después en un libro de traducciones del poeta Javier Sologuren.

Cada verso de la poeta se repetía profundamente en el sótano: era el eco que Cristina esperaba como una aprobación para continuar leyendo.

Una noche tuvo un sorpresivo arrebato: arrojó el libro que aleteó y se quebró en la pared como una paloma. En su escaso inglés me confesó algo imposible: según ella, según su desvarío, durante la lectura la Pozzi la copaba.

Le ofrecí la naranja que teníamos encima del velador. Comiendo la fruta se repuso de su pasajero delirio de posesión y volvió a sonreír avergonzada. La abracé. Entonces la San Pedro tocó diez campanadas. A ese nivel, el de los enterrados de todo el mundo, quizá sólo nosotros las oímos.

Pensé: las once o doce campanadas caerán sobre nuestro sueño y tal vez nos lleven a una visión de nuestras patrias. Ambos deseábamos el regreso. Pero ella tenía que regresar doblemente: antes debía volver a sí misma porque ahora, entregándome su cuerpo, rodando su loca cabeza en la almohada, estaba repitiendo dolorosamente que era Antonia Pozzi.

DICEN que hay una ballena en el agua baja, varando.

Vamos a verla.

Vamos a ver si nuestro pequeño y desordenado ánimo
resiste la imposición de sus oscuras toneladas.

Vamos a ver cómo llora mostrando sus torpes aletas
que no pueden ofrecernos una flor
entre dos dedos.

Vamos a pedirle que, a cambio, nos cante un lamento
con su famosa voz de soprano.

Vamos a aprender que los animales de piel resbalosa
quedan, finalmente, solos.

Vamos a ver la agitada desesperación de su gran cola
que bate arena, que quiere ganar
aguas más hondas, navegables, donde se esté bien
consigo mismo.

¿Y si ya reflató con la marea alta y no está?

Pues nos sentaremos en la playa a contemplar el mar.

La metáfora del mar desolado

puede reemplazar a la metáfora de la ballena.

LO MISMO LA PALABRA

LOS VERSOS QUE TARJO

LAS palabras no nos reflejan como los espejos, así exactamente,
pero quisiera.

Escribo con una pregunta obsesiva en las orejas:
¿Es esta la palabra exacta o es el amague de otra
que viene

no más bella sino más especular?

Por esta inseguridad

tarjo,

toda la noche tarjo, y en el espejo que aún porfío
sólo queda una figura borrosa, mutilada, malograda.

Es como si se cumpliera la amenaza de la madre

sibilina

al niño que estaba descubriéndose, curioso,

en su imagen:

“Tanto te miras en el espejo
que un día terminarás por no verte”.

Los versos que irreprimiblemente tarjo
se llevarán siempre mi poema.

EL ÁNGEL NO DESEADO

ESTA noche ha vuelto mi ángel a husmear los desechos,
a investigar mi vida con artificiosa delicadeza.
Mi ángel es de usos nocturnos, presiento
sus ojillos, su pequeña figura engordando entre los residuos,
me despierta
sólo con el peso de su presencia, sin palabras, sin trompetas,
sólo con el batir de sus alas sobre mis papeles, sobre mi ropa.
Nunca lo he visto, no conozco sus ojos,
no está entre la castiza colección de ángeles de Alberti,
sólo encuentro su inefable pestilencia cuando quiero asesinarlo
y sólo sus chillidos huyendo
y mi propia angustia en medio de las habitaciones.
Sin embargo mi ángel me conoce bien,
sabe que puede destruirme y cada día practica nuevos
atrevimientos,
lo aguardo con un garrote
pero sabe que me temblará la mano cuando él me mire encrespado
de odio,
incomprendido.
Esta noche ha vuelto, está batiendo sus alas, sospecho
claramente
las palabras que nunca dice
y que me invitan a un peligroso entendimiento:
una angustia permanente

–buen tema para poetas, buen aliciente para mantener
la vocación–
a cambio de su albedrío por mi casa, a cambio
de no dejarle veneno o ratonera en los umbrales.

REFULGE OTRA VEZ EL SOL

REFULGE otra vez el sol sobre el río,
siéntate en la hierba con espíritu tranquilo
y mira a los muchachos bañarse y reír.
Acepta estrictamente esta visión.

(Has mirado tu sombra desde el puente
y te ha extrañado
que no tuerza hacia la corriente.)

Tú también te bañaste aquí
y entonces el río era igualmente sucio, dejaba
estrías de barro en las comisuras de la boca
donde se formaba esa risa gratuita, risa
sólo por estar allí, zambulléndose
y emergiendo con un único conocimiento,
el de las cualidades tangibles del agua.
Ese era el sentido de la risa.
Acepta estrictamente ese sentido y declina
la especulación poética. Porque es tu verso opaco
contra tu brillante alegría de muchacho.

A PROPÓSITO DE LOS DESAJUSTES

LOS muchachos que no emigraron cantaban en la esquina
y el sonámbulo, yo,
se enteraba sin sorpresa del transcurrir de las cosas,
y esa noche el sonámbulo
escribió notas para un poema vagamente melancólico:
“Han sucedido muertes y matrimonios
y el humo espeso de la caña molida sobrevuela todavía”.
También dijo: “Aún estoy a tiempo para reconciliarme”.

Allá quedaron los muchachos
y yo he regresado con alfajores de yema para mi desayuno
y he sorprendido en mi cama a una mujer con su cría
y me ha besado como si hace tiempo me conociera
y me esperara,
“supuse que vendrías hoy y te guardé un poco de carne con
sal”, dice.

Y he venido a esta máquina a explicarme:
¿Soy yo el que trabaja para esta mujer y su cría?
¿Qué sentido reconozco para esta mujer que duerme en mi cama?
¿Qué afecto hacia cada palmo de mi tierra he olvidado,
qué costumbres
que a los muchachos les daban, seguridad y confianza para cantar?
Pero esta máquina –la poesía, digamos– es más esquiva
que anguila, que mercurio, que cardumen entre las manos, y
chapaleo,

y no hay leyes que ajusten
a los muchachos que cantaban / al humo de la caña / a las
muertes
y matrimonios
con la mujer que despierta y me mira / con la bebe colorada
con el sonámbulo
que trata de decir bellamente sus palabras (de idiota).

SALA DE DISECCIÓN

UN cadáver puede provocar una filosofía del ensimismamiento,
sin embargo los estudiantes admirablemente
estaban entusiasmados con su muerto,
lo rodeaban
y discutían con fervor la anatomía de ese cuerpo de piel coriácea.
Yo aprendía otra lección:
la vida y la muerte no se meditan en una mesa de disección.
Los estudiantes me previnieron
que iban a extraer el cerebro. Permanecí con ellos:
a veces soporto lo siniestro sin perturbarme demasiado.
No hay sofisticación instrumental para retirar un cerebro,
una modesta sierra de carpintero
cortó el cráneo a la altura de las sienas,
luego sumergieron el órgano mítico en un frasco lleno de formol.
Yo me dediqué a observarlo, solo, en otra mesa
mientras los estudiantes seguían cotejando su denso libro con el
muerto.
Sorpresivamente
una burbuja brillante brotó del interior del cerebro
como un mensaje venido de la otra margen,
y no había boca que lo pronunciara.
No había boca.
La burbuja, muda, se deshizo en ese aire levemente podrido.

ESCENA DE CAZA

NO por cólera
negaré la belleza de los brillantes jaeces.
Cuando el cuerno de caza ya no suene en el fondo del bosque
alabaré mejor el paciente trabajo de los artesanos del burgo.
Ahora tengo prisa:
el tropel de caballeros y cortesanas galopa en el coto de caza,
hieren con saña la grupa y el ijar de los elásticos corceles
y el griterío de las cien cabezas picudas de los lebreles
 husmea la tierra,
el aire y la rama quebrada,
 y reconocen y avistan
el calor y el olor del venado en la huidiza pisada.
La zarza ha herido el airoso lomo curvado en el aire
y en todo el bosque del condado la presa no hallará casa ni confín
donde apacentar su proverbial belleza
elogiada al amanecer por el remanso del río.
 No por perseguido
empezaré el dulce lamentar. La música de las altas esferas
no convierte al venado de hermosura
en tigre.
Mas ya desnudo y profano como hijo de vecino
el venado se vuelve ante la babeante dentellada
y apresta con un gesto de rabia la cornamenta —un gesto
de veras hermoso, que ni mil palabras—
un gesto que ha fijado todo movimiento de perros y reyes
 sorprendidos en el óleo.

TALLER DE ESCULTURA

EL último estudiante lavó la arcilla de sus manos
y se fue. La puerta
 quedó entornada, vi
sobre pedestales de madera
una multitud de cabezas vendadas con sucios trapos húmedos
o encapuchadas con bolsas de plástico.
Respiraban con enorme dificultad, querían
hablar
y la habitación sólo se llenaba de un rumor gangoso e intraducible.
Retiré las vendas de una cabeza
y no era una cabeza realmente, un rostro
sino un monstruo inicial donde habían pergeñado vagas facciones
y el rumor gangoso era
su natural lenguaje.
Sobre un pedestal más alto estaba la cabeza-modelo,
 un mármol barato,
que miraba con ojos neutros
y una sílaba detenida en su boca entreabierta.
Las cabezas bosquejadas iban a ser sus iguales,
unánimemente
iban a copiar esa sílaba detenida, tal vez el comienzo
de la única frase
que con variaciones vamos repitiendo todos.

POEMA DEL INOCENTE

BIEN voluntarioso es el sol
en los arenales de Chicama.
Anuda, pues, las cuatro puntas del pañuelo sobre tu cabeza
y anda tras la lagartija inútil
entre esos árboles ya muertos por la sollama.
De delicadezas, la del sol la más cruel
que consume árboles y lagartijas respetando su cáscara.
Fija en tu memoria esa enseñanza del paisaje,
y esta otra:
de cuando acercaste al árbol reseco un fosforito trivial
y ardió demasiado súbito y desmedido
como si fuera de pólvora.
No te culpes, quién iba a calcular tamaño estropicio!
Y acepta: el fuego ya estaba allí,
tenso y contenido bajo la corteza,
esperando tu gesto trivial, tu mataperrada.
Recuerda, pues, ese repentino estrago (su intraducible belleza)
sin arrepentimientos
porque fuiste tú, pero tampoco.
Así
en todo.

EN SU CAÍDA

LOS patos que van al sur
otra vez están llegando al estuario de Végueta
y ante la elegante gaviota
arman su algarazara con la gracia de los vulgares.
La gaviota hace un gesto hostil y vuela hacia las islas tranquilas.
Los patos quedan sumergiéndose, cuchareando el limo, buscando
desoves,
mientras el sol descende como un globo y se detiene fragoroso
detrás del árbol
que crece en la pequeña isla salina del estuario.
Todos los elementos del paisaje parecen convergir en el sol.

De pronto el mundo cambia de orientación y de ánimo:
ha resonado el disparo
de un cazador que acallando a su perro avanzó hasta el gramadal.
Los patos corren rasantes y con espanto sobre el agua
hasta alcanzar el vuelo y perderse detrás del farallón,
pero el herido,
el herido queda manteniéndose dramáticamente en una media
altura,
sobre el árbol,
sobre el sol,
e inesperadamente se eleva casi vertical como si buscara acabarse
en el punto más alto
del aire.

Cuando empieza a caer se forma en mi boca una frase piadosa,
una frase que él ni nadie podrá oír en su caída:
“Estás cayendo hacia el sol”, le digo inútilmente.

LOS ENCUENTROS

Y de repente éramos dos hormigas en la vereda
casual,
él y yo,
así moviendo las antenas, intercambiando datos, cordialidades,
diez años.

Pero ¿por qué estos encuentros se tuercen siempre?
¿Sentías, amigo mío, cómo nuestro viejo afecto
se hacía desinterés
y fastidio?

(Y los dos supimos
que ya estábamos listos para ignorarnos diez años más.)
Antes de despedirnos
él me punzó con un dato sombrío:
su padre, Don Ventura D., tenía un intratable cáncer renal.

Todo hecho es fragmentario hasta que el azar nos lleva
a su complemento.

Digo esto porque voy a hablar ahora de mi inesperado encuentro
con su padre, tres días después.

Fue en el planetario del Ministerio de Aeronáutica, en la feria.

Don Ventura D.

estaba bajo la gran cúpula que copiaba el cosmos,

giraba trabajosamente sobre sí mismo

solo

siguiendo el movimiento de los numerosos planetas y lunas

que se trasladaban lentos y luminosos
en la penumbra.

Una mirada concentrada
hacía de la cúpula un espacio abisal,
y él la contemplaba así
y con serenidad sobrecogedora,
ya entregándose.

Me descubrí anotando
que la gravitación universal no tiene contingencias, azar
ni cáncer.

Estaba yendo hacia el poema
y me abstuve:

ése hombre está en juego, dije.

Y salí del planetario y me entropé con la gente,
ninguna seguía, como los planetas, una órbita prevista.

TROCHA ENTRE LOS CAÑAVERALES

CAMINAS la trocha de los cañaverales,
reverbera unánime el color verde.
El mundo es solar y verde.
La vaca que pasa tocando su cencerro
y el muchacho que la sigue con una pértiga
pierden su color y se pliegan al verde.
Pero hay una piedra gris que se resiste, que rechaza
el verde universal.
En esa piedra los braceros afilan sus machetes,
a las 5 de la tarde, exhaustos, hambrientos
y con el rostro tiznado por la ceniza de la caña.
Dale entonces la razón al juicioso chotacabras
que emerge volando de los cañaverales
y te amonesta:
“Aquí no, tu dulce égloga aquí no”.

DESDE la cornisa de la montaña
dejo caer suavemente una piedra hacia el precipicio,
una acción ociosa
de cualquiera que se detiene a descansar en este lugar.
Mientras la piedra cae libre y limpia en el aire
siento confusamente que la piedra no cae
sino que baja convocada por la tierra, llamada
por un poder invisible e inevitable.
Mi boca quiere nombrar ese poder, hace aspavientos, balbucea
y no pronuncia nada.
La revelación, el principio,
fue como un pez huidizo que afloró y volvió a sus abismos
y todavía es innumerable.
Yo me contento con haberlo entrevisto.
No tuve el lenguaje y esa falta no me desconcieta.
Algún día otro hombre, subido en esta montaña
o en otra,
dirá más, y con precisión.
Ese hombre, sin saberlo, estará cumpliendo conmigo.

UNA cuadrilla de obreros
está desmontando una vieja casona de Barranco.
Con una venia de paseante les pido su consentimiento para
mirarlos.

Desatan las paredes con barretas, ordenadamente,
hilada tras hilada
de adobe.

De repente un obrero llama a los otros
y señala
una larga hilada con profundas huellas de perro,
huellas fijadas por el sol de 1910
(según fecha en el frontis de la casa)

Todos acuden y ríen,
largamente ríen, incomprensiblemente ríen.

Es que ellos saben,
han recibido la imagen de la adobería de entonces:
tendales de adobes frescos y un perro distraído
caminando sobre ellos, imprimiendo sus patas,
y alguien, acertándole con un poco de barro: “¡Zafa, perro zonzo!”,
y perro zonzo huyendo, asustado y loco, dejando sus huellas
en el barro fresco.

Y eso dio risa,
muy seguramente que dio risa en la adobería de entonces.
Hoy esa risa se oye aquí, en estas bocas,
como un eco que demoraba, hasta que vino.

LOS IGUANA

REPASA con tu mano las paredes, las puertas, las ventanas
y dime: ¿no sientes que todo es arena
milagrosamente conglomerada y erguida
en casas, como la mía, la antigua, donde mi hermano Valentín
cuida el candil
como una lámpara votiva?
Mi pueblo debe muchísimos años.
Todos heredamos esa deuda de tiempo.
Vivimos esperando que un día el tiempo penetre como un
violento cansancio
en la arena, y la arena vuelva a ser fina y dispersa, materia
de rápida erosión, desdibujando salas dormitorios corrales el
pueblo.
Una mañana será bastante para la completa dispersión.
Por la tarde despertaremos en nuestra nueva y escueta patria:
un arenal y a lo lejos un espino.
Allí pagaremos nuestra deuda,
quietamente, pero durando
como la iguana gris que sólo baja los párpados displicentes
para ver contra el sol
el color de su sangre.
Así también nosotros sabremos si la sangre todavía nos circula
roja
o si ya se nos cuajó negra y muerta.
Y si roja, nuestra alegría será íntima y tácita
como la alegría de la iguana que no tiene voz para celebrar.

KRANKENHAUS

*...también para mis amigos
José Luis Calderón y Federico Haag.*

Escritos en 1986,
en el hospital Heidehaus (Hannover – RFA)
donde
“...yo miraba como postrera vez a los seres”.

HENRI MICHAUX

EL NIETO

UNA rana
emergió del pecho desnudo y recién muerto
de mi abuelo, Don Calixto Varas.
Libre de ataduras de venas y arterias, huyó
roja y húmeda de sangre
hasta desaparecer en un estanque de regadío.

La vieron
con los ojos, con la boca, con las orejas
y así quedó para siempre
en la palabra convencida, y junto
a otra palabra, de igual poder,
para conjurarla.

Así la noche transcurría eternamente en equilibrio
porque en Laredo
el mundo se organizaba como es debido:
en la honda boca de los mayores.

Ahora, cuando la verdad de la ciencia que me hurga
es insoportable,
yo, descompuesto y rabioso, pido a los doctores
que me crean que
la gente no muere de un órgano enfermo
sino de un órgano que inicia una secreta metamorfosis
hasta ser animal maduro y dispuesto
a abandonarnos.

Me inyectan.
En mi somnolencia siento aterrado
que mi corazón
hace su sístole y su diástole en papada de rana.

COMO EL PEJE-SAPO

NUNCA escuchaste canto más razonable
que el de los pájaros que anoche huían de la tormenta:
“Más vale / estar asido / del aire”.

Porque en el peligroso borde palpas verso como ramita providencial
o frase de la filosofía como piedra para apoyar el pie,
Sí, más te hubiera valido aprender a asirte del aire.

Tendido, tu cuerpo suena sus tripas y te recuerda que
aún te quedan tus humildes voces
vegetativas. Sonríes

y con ternura maternal oyes tu borborismo y tu pedo,
y te serenas:

en el peligroso borde te afirmas como el peje-sapo en la roca
marina,
con el vientre.

Callada tu mente y su prestigioso trabajo,
descubres, en el peligroso borde, que tu cuerpo es más inteligente
y que es tuyo y de todos. Todo cuerpo es tótem.

Levántate y muestra tu desnudez al alba que ya empieza.

A las 7 los cirujanos te abrirán el pecho con sus escalpelos.

No morirás: tus voces vegetativas siguen sonando

y ya son (y ya eres) parte del rumor panteísta que viene del bosque
y, al parecer, de un alba más remota.

NUESTRA LEONA

SÉ que el sol va y viene, inquieto, husmeándome
entre los cañaverales.

Sé que se demora en el cenit mirando ansiosamente el valle.

El sol era nuestra leona.

Una imagen, aun de humilde imaginación verbal como ésta,
va a la mente

y le pide que condescienda
con el poeta. Es el trato.

Esta vez no, esta vez sólo pido vuestra mirada inmediata
y literal:

¿Quién, tan esbelto, salta de la ventana a mi tarima
y me levanta de la nuca con sus suaves fauces

y me lleva al río
si no es el sol?

El sol era nuestra leona.

Un aliento cálido me envuelve siendo aquí, en Baja Sajonia,
invierno:

es la imagen creando su espacio en mi cuerpo enfermo,
es el sol que me husmea como a hijo falto,

allá en el norte de mi país,

donde me enseñó a caminar obligándome con el hocico.

EL ENVÍO

UNA delgada columna de sangre desciende desde una bolsa de polietileno hasta la vena mayor de mi mano. ¿Qué otro corazón la impulsaba antes, qué otro corazón más vigoroso y espléndido que el mío, lento y trémulo? Esta sangre que me reconforta es anónima. Puede ser de cualquiera. Yo voy (o iba) para misántropo y no quiero una deuda sospechada en todos los hombres. ¿Cuál es el nombre de mi dador? A ese solo y preciso hombre le debo agradecimiento. Sin embargo, la sangre que está entrando en mi cuerpo me corrige. Habla, sin retórica, de una fraternidad más vasta. Dice que viene de parte de todos, que la reciba como un envío de la especie.

EL ACERTIJO

TUMBADO en la cama busco el ángulo, la coincidencia,
el montaje visual que me permita sacar los pies por la ventana.
De este modo mis pies van a posarse en la pequeña colina de las
amapolas.

Allí permanecen toda la tarde moviéndose acompasadamente
como metrónomos. Los miro
pálidos y delgados.

Recuerdo que no hace mucho entre ellos se repartía
el instinto del vago
que viaja intuyendo las pieles más amables de la tierra,
arena, yerba, polvo, una y otra piedra en medio del río,
y sin extraviarse nunca.

La colina de las amapolas oscurece, recojo mis pies.
En el cielo empiezan las estrellas, numerosas y parpadeantes.
La más brillante y seguramente la más sarcástica
se acerca hasta el filo del tejado:
“Entre nosotras hay un acertijo, un camino
disimulado, el largo camino de regreso a tu casa,
tienes que encontrarlo posando el pie en la estrella correcta”.

En un hospital se confunden las voces propias y las flotantes.
¿La estrella ha hablado?
Díganle que mis pies han perdido el instinto del vago
y que el acertijo es muy cruel.

EL LÍMITE

NEGRAS siluetas de pájaros de cartón pegadas en el vidrio
de los ventanales
advierten a los pájaros de vuelo distraído o ensimismado
que hay un límite en la transparencia del aire.
Los ventanales son sellados, herméticos al invierno
pero también a todo sonido.
En el mundo de afuera
no ladra el perro que, ladrando, espanta palomas,
no se oye la canción silbada del jardinero turco,
no crujen las hojarascas al rodar de las bicicletas.
Esos movimientos perfectamente silenciosos
adquieren cierta ritualidad que nos asusta.
Los enfermos somos
una triste fila de ángeles de amplias batas para volar.
¿Quiénes serán nos preguntamos los cinco escogidos (de entre cien)
que volverán al mundo donde cada movimiento
dura con su sonido?
Una desesperanza completa sería mejor que la incertidumbre
estadística.
Tienen razón esas negras siluetas en el vidrio, vistas
siempre en el borde difuso de nuestras miradas:
“Hacia afuera
es más severo el límite en la transparencia del aire”.

EN SU CARTA MI HERMANA DORA DICE QUE

HA creído verme cruzando
el jardín del fondo, del limonero a la mampara
de la sala.
De puro hermana, sabiendo que estoy aquí, adonde me envía su
carta,
adonde, aprensivo
y sobrecogido, leo y me digo: ¿no estaré recogiendo
mis pasos?
El que desanda ignora que desanda. Otros lo ven, silencioso,
volviendo
sin razón real para volver, o tal vez para comprender
sin ansia
que pudo acceder o permitirse más.

Razones históricas, dicen, explican las vidas, no fatalismos, pero
de qué
sirven
si ya bien definitivo es lo que alcancé
de veras, seres con volumen y peso, y que seguramente ahora,
desandando, rodeo
y que seguramente ahora
son fósiles.

¿Dónde andaré en mi desande?
Si me he sobrecogido es prueba de que aún no llego

al chivo: otro espíritu yo tendría.

Les explico brevemente lo del chivo.

Yo era un muchacho tras los frutos de los cactus de cerro,
y lo vi

y para esta hora pedí ser como él, chivo en el alto roquerío
que sabe estarse con arrogancia ante el vacío.

LA IMPUREZA

OTRA vez despiertas con el cuerpo poco, bien poco.
Otra vez tu vida oscila en el monitor cardiaco
pero más en tu miedo.
Ya no es la hipocondría. Ya te saltó el verdadero animalito.
Mas no pateticos. Eres hijo de. No dramaticos.
¡Mira que tu miedo es la única impureza en este cuarto aséptico!

¿O nunca conseguiré realmente ser hijo de?

El japonés
se acabó “picado por el cáncer más bravo que las águilas”,
sin dinero para la morfina, pero con qué elegancia, escuchando
con qué elegancia
las notas
mesuradas primero y luego como mil precipitándose
del kotó
de La Hora Radial de la Colonia Japonesa.
Y la serrana
que si descubre que miran condolidamente su vejez
protesta con el castellano castizo que se conserva de Otusco para
adentro:
“Más arrugas hay en tus compañeros que en mi majoma, carajo”,
y asombrosamente sigue matando pollos, cuyes, cabritos,
sin un gesto compasivo
y diciendo, como si dictara la suprema lección moral:
“Deja el tiesto sobre la brasas, hijo, para que coja más temple”

Ellos no vendrán, pues, a tomar tus manos
y acaso estás a punto de no ser hijo de nadie. Entonces
el pensamiento imposible que te viene y te deja va haciéndose
posible. Acógelo: ten miedo, ten miedo,
y justamente con tu miedo quizá vuelvas a ser hijo de,
como antes, niño,
cuando ellos todavía te abrazaban con alguna piedad.

HOMBRE ADENTRADO EN EL BOSQUE

ESTÁ sentado sobre un pino caído.
Entre el balanceo de las copas de los árboles observa el espejear
de la esfera de aluminio
que corona la torre puntiaguda del Pabellón del Cáncer.
Difícil símbolo
la esfera.
El hombre baja la mirada. Su alrededor es más amable:
los pétalos de la “Cati en Llamas” parecen crepitar en el verdor
de la yerba,
un insecto que sería avispa sino fuera tan azul
taladra su nido en un alerce. Y también mariposas.
No hay pájaros, tal vez el indicio de una posible tormenta.
Es el inestable tiempo de entre estaciones.
Pero ahora es el sol bajando en haces que se pierden en el humus.
Un haz no se pierde,
incide en un pequeño charco de lluvia.
El charco refulge y la raíz próxima de un pino se esfuma.
Y asimismo
y completamente
desaparece un conejo blanco que de huida salta al centro del
agua fulgurante.
Y esperándolo y no viéndolo más, el hombre pregunta:
“¿Y si la luz lo ha llevado a otro planeta
y el conejo, ya animal de otra sustancia, corre contento
sin haber padecido rigor de trampa, cuchillo, escopeta, zorro,
enfermedad u otro modo

de la muerte?”

(“Oh Señor, no es de la muerte que quiero huir sino de sus
terribles modos”.)

Ya no es amable su alrededor.

El viento del tiempo inestable desciende violento.

Las frágiles vidas del bosque cierran sus alas, sus élitros, sus casas.

Nubes de tormenta cubren el sol

y el brillante charco regresa a su humildad de agüita opaca.

Se acabó la promesa

de una limpia fuga tras una puerta reverberante.

¡Con qué rapidez se suceden estos días creencias y desmentidos!

El hombre sale del bosque guiado por la esfera de aluminio.

Difícil símbolo

la esfera.

Comienza a llover sobre su paraguas y sus zapatos.

HISTORIA NATURAL
(1994)

*A mi hermana Dora,
desde hace tiempo.*

LA ZARZA

*Regreso a mi pueblo:
todo lo que encuentro y toco
se vuelve zarza.*

KOBAYASHI ISSA

LA ESTACIÓN DEL ARENAL

LA prodigiosa lagartija corre

y ya no la veo más.

Oculto entre el color del médano, imperturbable, me observa
mientras el halcón huye de la resolana

y la arena cae suavemente desde las trombas de aire
sobre nadie.

Ningún ruido la inquieta. Huiría

si resonara en el aire lo que confusamente está dentro de mí:

discrimino una campana, la estridencia

de un tren

y un balido de oveja sobre las espaldas de un viajero.

Esta era la estación del arenal.

Queda un trecho de la vía desdibujada por la herrumbre,

un durmiente se quiebra como una hojarasca,

y ninguna sombra: el desierto calcinó los ficus

y sembró

sus propias plantas de largas espinas que se ensañan

en el esqueleto de una cabra.

Aquí la única sustancia viva es la arena, y nadie

que duerma en las bancas rotas del andén

la sacude de su sombrero.

Abandono este lugar. Y yéndome siento una porosidad en mi

propio cuerpo,

una herencia: aquí mi madre ofrecía su vendeja de frutas

a los viajeros. La siento correr

a mis espaldas
como un cuerpo de arena
que sin cesar se arma y se desintegra con su canasta.

EN EL DESIERTO DE OLMOS

EL viejo talador de espinos para carbón de palo
cuelga en el dintel de su cabaña
una obstinada lámpara de querosene,
y sobre la arena
se extiende un semicírculo de luz hospitalaria.

Este es nuestro pequeño espacio de confianza.

Más allá de la sutil frontera, en la oscuridad,
nos atisba la repugnante fauna que el viejo crea,
los imposibles injertos de los seres del aire y la tierra
y que hoy son para su propio y vivo miedo:
 la imaginación trabaja sola, aun en contra.

La iguana sí es verdadera, aunque mítica. El viejo la decapita
y la desangra sobre un cacharro indigno,
y el perro lame la cuajarada roja como si fuera su vicio.

Rápida es olorosa
la blanca carne de la iguana en la baqueta de asar.
El viejo la destaza y comemos
 y el perro espera paciente los delicados huesos.

Impensadamente
arrojo los huesos fuera de la luz
y tras ellos el animal entra en el país nocturno y enemigo.

EL ACUERDO

NO sé si el chacarero tuvo intención,
pero me dio su silla y me dejó mirando este admirable acuerdo:
el pájaro chotacabras
está posado sobre la espalda del toro, confiadamente, sabiendo
que de las ancas a los cuernos
al toro le recorre siempre una pulsación agresiva.
Pero con el chotacabras allí,
pareciera que la bestia entra en paz, en ocio, oye
el sonido sedante de las uñas del pájaro rascando su piel,
siente
la lengüita
que le limpia la sangre de la matadura
y el ala desplegada que le barre el polvo
y el pico como delicado instrumento de enfermera
buscándole
las larvas que le muerden bajo la piel.
El pájaro topiquero gana así su alimento.
Ese es el intercambio ordinario,
pero el chotacabras gana más: encima del lomo
regusta
una vasta ternura que nadie sospecha, la paradoja
de la bestia.

EN EL CAUCE VACÍO

EN verano,
según ley de aguas, el río Vichanzao no viene a los cañaverales.
Los parceleros lo detienen arriba
y lo conducen al panllevar.
Aquí en el cauce queda fluyendo una brisa, un río
invisible.
Camino pisando los cantos rodados enterrados en el limo
y mirando los charcos donde sobreviven diminutos peces grises
que muerden el reflejo de mi rostro.
Los pequeños sorbedores de mocos ya no los atrapamos en
botellas.
Tampoco tejemos trampas para camarones
y nuestro lejano bullicio se esfuma
sin dolor.
Supuse más dolor. En el regreso todo se convierte en zarza,
dijo Issa.
Pero yo camino extrañamente aliviado,
ni herido ni culposo,
por el cauce en cuyas altas paredes asoman raíces de sauces.
Las muerdo
y este sabor amargo es la única resistencia que hallo
mientras avanzo contra la corriente.

CAMPOSANTO

POR dejadez de municipio
el muro perimétrico que guardaba a los muertos
 es un largo escombros de adobes.
Era alto y detenía al viento
que ahora dispersa y confunde a su antojo
las ofrendas que dejamos sobre la tierra combada de las tumbas.
Las flores viajan de un muerto a otro, o naranjas
resecas
o bocadillos podridos en hojas de plátano.
Los deudos callamos
porque la muerte al fin está redistribuyendo todo entre todos.

Todavía no es escombros una alta y robusta columna de barro.

Resiste

y se yergue
coronada por una gran esfera revocada con yeso.
Las grietas y desprendimientos del revoque
 le han dibujado duras facciones casuales,
y la columna es un ángel marcial y mutilado de alas,
 un resentido.

En las tardes, cuando la luz descende en haces, bíblica,
 él, perverso, dice que no,
pero la luz penetra los túmulos hasta tocar la frente de los muertos
para decirles que sí,
que la promesa sí.

EL OTRO CUERPO

EL CIERVO

EL ciervo es mi sueño más recurrente.

Siendo animal de manada aparece mirándome con alzada
y orgullo
de hombre solo.

A media distancia pasta en un espacio pequeño, y alrededor
todo petrificado, ningún cuerpo
de carne
que se le compare.

El ciervo se mueve como articulado por fuertes elásticos
internos
que convergen en un poderoso órgano desconocido y central.
De allí su caminar gracioso
que disimula su enorme fuerza
elástica, su potencial
de vuelo.

Imaginemos la eventualidad de un cazador y de un certero
disparo,
ya el ciervo está desarrollando su instantáneo salto
en el cielo.

La jauría sólo llegará a su primera sangre, a la sorprendida,
y luego no lamerá
ninguna
porque en el ascenso
el ciervo curará su herida
con simple
saliva.

Y aterrizado y salvo aparecerá otra noche en mi sueño
de hipocondríaco.
Mi miedo volverá a cubrirlo de atributos
de inmortal. Y así mirándolo
yo mismo me miro
pero sólo en mi sueño
porque la voz de mi vigilia no entra allí, y el ciervo
nunca oye
mi cólera:
¡no eres de vuelo y morirás en el suelo, mordido
por los perros!

LA ORUGA

TE he visto ondulando bajo las cucardas, penosamente,
trabajosamente,
pero sé que mañana serás del aire.

Hace mucho supe que no eras un animal terminado
y como entonces
arrodillado y trémulo
te pregunto:
¿Sabes que mañana serás del aire?
¿Te han advertido que esas dos molestias aún invisibles
serán tus alas?
¿Te han dicho cuánto duelen al abrirse
o sólo sentirás de pronto una levedad, una turbación
y un infinito escalofrío subiéndote desde el culo?

Tú ignoras el gran prestigio que tienen los seres del aire
y tal vez mirándote las alas no te reconocas
y quieras renunciar,
pero ya no: debes ir al aire y no con nosotros.

Mañana miraré sobre las cucardas, o más arriba.
Haz que te vea,
quiero saber si es muy doloroso el aligerarse para volar.
Hazme saber
si acaso es mejor no despegar nunca la barriga de la tierra.

LAS RODILLAS

LOS potrillos abreven. Sorben agua y enseguida alzan el cuello
y respiran la luz.

En este sereno ramal del río Moche la luz es respirable.

Los caballos

ya saciados

van a frotarse los flancos contra la corteza de los pinos,
placer que les sacude graciosamente las jetas.

Arriba hay dura grava,

pero los caballos y yo descansamos en la yerba que se tiende
y crea la pequeña pradera

por donde transcurre el agua y donde la luz

danza.

Este ramal fue abierto por los chimús,

pero en el siglo XVII fue sepultado por una rodante pedrea

de terremoto.

Los huanchaqueros dicen que su Deán, Don Antonio de Saavedra,
al ver los sembríos muertos,

se arrodilló delante del agua represada

y así avanzó, rompiendo las piedras con sus rodillas, y el agua
como perro

lo seguía.

Y yo miro mis rodillas, la unión de mis huesos

más duros, y la luz

las abrillanta, les miente poder, las decanta

riscosas

como el vestigio
del cuerpo consistente que nunca tuve, ese cuerpo
no quebradizo
que sueño para mi vulnerable blandura.
Nunca fui de materia más consistente. Y el sueño
es tan compasivo como inútil.

En una urna de la iglesia de Huanchaco
está el esqueleto del Deán de Saavedra. Estoy seguro
que sus sagradas rodillas
también se dispersarían como polvo en esta luz.

EL GATO

ESTOY esperando la vuelta del gato desconocido
que cruzó el alféizar de mi ventana.

El alféizar corre a lo largo de varias ventanas. No tiene
otro camino. Volverá
y esta vez mi imagen le será más cordial.

Pasó arrogante como un bello inmortal. Los gatos ignoran
la contingencia de los torpes,
tropezar y caer.

Miden tan bien sus pasos cuando cazan o fugan, y nunca
nunca cara de extraviados. Así nos infunden en la mente
su propio mito.

Y los mininos de viejas no los contradicen
porque gato es gato, dignísima fiera cuando la vieja duerme.

Los gatos son peligrosos para la poesía, pronto
acumulan adjetivos, mucho provocan, mucho seducen.
Por eso no espero limpiamente la vuelta del gato,
la mucha belleza me hace siempre perverso. Y digo:
está caído en la vereda, inmóvil, dirigiendo
hacia mi altísima ventana
su última y fosforescente mirada.

EL PUENTE

LAS columnas herrumbradas por el aire delgado
de la altura
suben desde las pendientes de la quebrada y sostienen con
gruesos remaches
los travesaños de hierro.

Hay miles de remaches en la estructura del puente
pero en el centro hay uno solo fijando el encuentro
de todas las fuerzas, uno solo, insospechado y firme,
evitando que el mundo se venga abajo.

Aquí alguna vez un hombre se sentó a horcajadas, hercúleo,
sobre el abismo

y selló el remache decisivo, acero al rojo y con esquirlas.

Imagina la acción tensa y peligrosa de su brazo
golpeando acompasado

como si nos transmitiera serenamente un mensaje:

nadie asegura el mundo en su contra.

El remache

permite el paso del tren de los metales y del tren de los migrantes.
y el paso contrario de los que vamos a mirar sus paisajes y
cortamontes.

Y mientras cruzas el puente y miras aterrado el vacío del
desfiladero

siente el interminable poder de ese hombre,
pero imagínalo después caminando como cualquiera,
sin alardes,

hacia los viejos campamentos desmontados

donde durmió sobre un pellejo su sincero cansancio.

HISTORIA NATURAL

EL cascarón liso del huevo
sostenido en el cuenco de la mano materna
resbalada por el cuerpo del hijo, allá en el norte.

Eso vi:

una mujer más elemental que tú
espantando a la muerte con ritos caseros, cantando
con un huevo en la mano, sacerdotisa
más modesta no he visto.

Yo la miraba desgranar sobre su regazo
los maíces de la comida
mientras el perro callejero se disolvía en el relente del sol
lamiendo
el dolor arrojado a la tierra

junto con el huevo del milagro.

Así era. La vida pasaba sin aspavientos
entre gente parca, padre y madre
que me preguntaban por mi alivio. El único valor
era vivir.

Las nubes pasaban por la claraboya
y las gallinas alineaban en su vientre sus santas ovas
y mi madre esperaba nuevamente el más fresco huevo
con un convencimiento:

la vida es física.

Y con ese convencimiento frotaba el huevo contra mi cuerpo
y así podía vencer.

En ese mundo quieto y seguro fui curado para siempre.
En mí se harán todos los milagros. Eso vi,
qué no habré visto.

EL ESQUELETO

UN hueso y otro hueso, los innumerables,
están unidos por el delgado alambre que atraviesa
el canal donde estuvo el tuétano.

Y así cuelga
y yo sólo puedo confirmar que cuelga solamente.
No puedo atribuirle desgana, indiferencia o desdén.
Él ya está libre de esos ánimos nuestros. La carne
ya los ha pagado.

Mi amigo lo compró para su didáctica de médico
y es irrespetuoso con él
por miedo.

Yo lo zarandeo amistosamente
al pasar
y mi gesto tampoco lo ofende, sólo se balancea,
y debiera oírse una alegría,
como la dulce y múltiple algazara
del móvil o quitasueño del niño de mi amigo.

Mas nada suena
y de súbito
se propicia otro niño:
dormita enfermo en una cueva abierta hacia la noche
y no oye la algazara
sino el ruido insoportable de sonajas óseas
y la advertencia

del curandero que grita borracho y aterrado:
¡despierta y pelea, muchachito, la puta
de los huesos
ya viene!

LA BICICLETA

EL monociclo es del chimpancé para sus gracias de circo
y el monstruoso tándem de los matrimonios bien coordinados.
Yo sólo quería una bicicleta de paseo, lenta, meditativa.
No una bicicleta de competencia:

mi modo es más pausado, es necesario tiempo
para las cortesías de paso.

Nunca tuve esa bicicleta, pero me apena ahora
verla desmembrada en este sucio taller.

El viejo reparador me observa tocar lentamente cada pieza:
bellas ruedas

radioladas

que bien existen solas aunque no sirvan para nada,

el cuerpo central perfecto como un ideograma,

el timón como astas de un animal que se ha expuesto mucho

al viento en contra

y la montura como amable palma que levanta

y aun sus negras cámaras

colgando viscerales, el rasgo repulsivo

de su belleza.

Nunca tuve esa bicicleta y eso explica

que hasta hoy no haya elaborado una filosofía

más allá de los nerviosos animales que he cabalgado,

y siempre serán el burro, el perro y el chivo.

LA SILLA PEREZOSA

TÚ que corres haciendo tanto ruido inútil
siéntate en esta perezosa vacía y descansa.
Después llamarás a esta calle la calle de las perezosas.
Hoy no es el último día del mundo, el tiempo
no ha pasado huyendo como un conejo
y los anuncios
son anuncios de nada.
Deja que se pudra en el atrio de la iglesia el carnero bicéfalo
y que las madres cobijen hijos muertos
 como huevos inútiles.
La bestia del milenio aún no ha nacido
 y la fatalidad no es inminente.
Tú, asustado muchacho, ven y reposa
 y sigue el tiempo del carpintero:
toca una perezosa, allí está tu tiempo.

Y mis manos aprecian la madera trabajada con lentitud
 y conciencia
y sienten otras manos teñidas de resina de cedro
que impulsaron
con justo ritmo
el cepillo
sobre los listones cuya rectitud geométrica y ética
 estaba en el ojo entrecerrado del maestro.

Se acabó la calle de las perezosas
y se acabaron los viejos de lengua gótica.
Pero la imaginación del regreso aún es posible
sentado
en la perezosa que vino conmigo en el camión de mudanzas.
Me espera en el patio, siempre bien armada y encolada,
durando
y provocando un deseo contra la historia, la vuelta
a los románticos talleres artesanales, todo hecho a mano
y pacientemente. Entre la viruta
un conejo
todavía dormiré el tiempo de los muchachos asustados.

A LA NOCHE

TIENDO a la noche.

La noche profunda es silenciosa y robusta
como una madre de faldón amplio.

Los que conocieron a doña Paula sabrán que la metáfora
es inmejorable.

Un psicoanalista me ha explicado en su jerga
que tiendo a la noche porque facilita la vuelta
de mi yo primario.

Y ese yo es el niño que imagino ovillado
y en formol
que a veces despierta y me ordena que me acurruque en la
cama vacía
y me obliga al goce de ese vergonzoso encogimiento.

Yo siempre supongo un lector duro y severo, desconfiado
de las muchas astucias
de los pobrecitos poetas.

Por él me levanto y me rehago hasta tocar el cielo oscuro
y la noche empieza a transcurrir como solar.
Pero el benigno mal de la vigilia hace áspero mi rostro
y lo desencaja levemente.
Entonces digo que agua helada me vendría bien.

Voy a la cocina.

En la canastilla de mimbre hay papas amontonadas:

tienen lejanos relieves faciales

y están velando en la penumbra

con sus ojillos hundidos

y sucios de tierra.

Míralas conmigo, incompasivo lector:

cualquier papa soy yo, el primario,

acaso nonato, y quién sabe si ya picado.

A LOS '70s

MIRO las gotas que la humedad condensa lentamente
en el vidrio de mi ventana.
Detrás de las gotas pasa un muchacho con un James Dean
en la camiseta.
James Dean, el mismo, el que nos decía
live soon, death soon
(apenas sabíamos inglés pero lo entendíamos demasiado bien).

Mi ciudad era rápida, cada día más rápida,
tenía veredas como fajas continuas,
pero nosotros éramos más veloces.
Qué iba a estar quieto mirando gotas en el vidrio de una
ventana,
qué iba a estar tan cómodamente
de este lado
donde el calor de mi habitación me permite actos ociosos,
el índice
adelantándose
al camino de una y otra gota que se funden y resbalan.
Prevenir el camino parece posible, veo, casi toco
las gotas,
pero el dedo nunca acierta: el agua está del otro lado.

INTERMINABLE

pleito entre herederos mantenía la casona deshabitada y en
escombros.

Yo pasaba el ocioso día en un altillo vecino
y de ventana siempre abierta a la casona.
Cuando escribía, la contemplaba sin propósito
o buscando palabras para el poema.

En su imperceptible destrucción,
puertas y ventanas
perdían lentamente la escuadra, y pilares y vigas
dibujaban cruces que el salitre del mar cercano ennegrecía.

Una hiedra entraba en las habitaciones
como mirando

y se tejía con abuso en la quincha desconchada.

Las alimañas, confiando en la desolación, dejaron de pigmentarse
y a mi ventana trepaban cucarachas blancas
que yo mataba con terror.

El suelo se ablandaba y el gran dibujo geométrico
en las baldosas del patio

se fruncía, quería ser espiral, esperaba
el gran remolino que llevaría todo hacia el centro de la tierra.

El gran remolino vendría, sin duda, y violento.

Ante el lentísimo hundimiento de la casona,
mi altillo lucía más elevado y consistente.

Yo estaba a salvo, pero mis ojos

que siempre saben más
descubrieron
que yo miraba la casona con afinidad callada
o con aquello que las imperturbables matemáticas llaman
el común denominador.

A TUS OREJAS

TUS orejas eran mi único y suficiente auditorio
cuando estaban a ambos lados de tu atentísima cabeza.
Pero anoche no vi tu cabeza, sólo tus orejas
como dos mariposas, dos caracoles, dos ranitas estrujadas.
No debería usar símiles para hablar de tus orejas
porque vinieron a mi sueño solamente orejas como tales,
desnudas,
como propiamente.
Mas el inconforme lenguaje prefiere nombrarlas
con figuras, con efímeros
prodigios.
Pero estos pequeños prodigios nunca cautivaron tus blancas
orejas
sino los que reverencia la antropología, el folklore
y seguramente el miedo,
historias de asombro, mitos del pendejo pueblo mío.
Cuéntame, decías,
y a tu pedido la memoria popular era para el introito.
Y si más prodigiosa la historia, de más lejos era yo.
Amabas al recóndito
aunque con el estimulante recelo de tus ojos
y de tu cuerpo que lentamente se rendía
para que –como quieren los Amarus– lo de abajo esté arriba.

LA ARDILLA

UNA ardilla cumplida, diaria, viene a mi balcón.
Recoge nerviosamente el pan que le dejo y huye al bosque.
Su huida es como guiada
por otra ardilla que sale de sí misma y la antecede
un segundo
siempre,
y aún detrás de ella va dejando otra, un ágil trazo
que se desvanece milagrosamente en el aire ordinario.
Así la ardilla va como un curioso juego óptico de veloces figuras
que nunca encajan.
Es como la vibración de alguien que corre detrás de una verja.

Este fue un ejercicio muy subjetivo de descripción
que escribí antes de la cirugía en un hospital de Hannover.
Quedó inconcluso
porque no supe conducir con claridad su sentido.
Tal vez quise hablar de los animales de vida vibrátil
y también capaces de ser de quietud
como la ardilla que se recoge en el fondo de una cueva
e hiberna
fetal
casi muerta
y el tiempo transcurre, pero no para ella.
O acaso quise hablar de resurrecciones. Yo buscaba
desesperadamente ese sentido. Sí

porque cuando la ardilla vuelve trae todavía
la incredulidad de su despertar, y cambia,
y eventualmente
es una mujer, el verano, cualquier contento.

MELODRAMA

LA luz del alba daba lucidez al canto de un pájaro en el jardín.
Cantaba como si lo supiera todo clarísimamente.
Yo desperté con miedo
y tú dormías haciendo mohínes, tal vez esperando una piedad.
El pájaro lo entendía todo. Cada signo
le era claro.
Yo descifro las cosas con lentitud y cansancio
y siempre he querido una vida más explícita.
Mi pantalón colgaba de un clavito
y era muy cómodo a la mirada,
colgaba bello y vulgar:
un objeto real, no signo, no cifra en la primera luz.
Nada que descifrar, sólo un poco de pena evidente
porque caía laxo y abatido como un trapo. Y entonces
en su caída
empezó a dibujarnos, y se hizo signo, y qué feroz.

¿Tú aún sigues esperando en tu sueño una piedad?

ESTE OLOR, SU OTRO

MI hermana mayor pica perejil
con habilidad que se diría congénita,
y el olor viaja instantáneo a fundirse
con su otro.

Su otro está en una lejana canasta de hierbas de sazón
que bajaba del techo, una canasta
ahora piedra fósil
suspendida

en el aire de nuestra cocina que se acabó.
El perejil anunciaba a mi padre, Don Harumi,
esperando su sopa frugal.

Gracias de este país:
un japonés que no perdonaba
¡la ausencia en la mesa de ese secreto local de cocina!
Creo que usted adentraba ese secreto en otro más grande
para componer la belleza de su orden casero
que ligaba
familia y usos y trucos de esta tierra.

Los hijos de su antiguo alrededor
hoy somos comensales solos
y diezmos
y comemos la cena del Día de los Difuntos
esparciendo
perejil en la sopa. Ya la yerba sólo es sazón, aroma
sin poder,
nuestras casas, Don Harumi, están caídas.

NUNCA hemos estado tan callados, nunca con las manos así,
quietas y tontas sobre las faldas. Sin embargo, mira:
otras manos nacen de nuestros hombros y se toman, hacen
ruedo
y tú quedas en el centro, pero tendido, desganado, sin jugar.
Ni siquiera muerdes la cristalina fruta del chimbil.
No parece fruta de cactus ni nosotros, sin los aspavientos
de la circunstancia, tus hermanos.
Según costumbre, han colgado una lámpara en la puerta de
la calle.
¿Ves en la plaza un ángel
que refulge más que cien lámparas?
Un amigo psiquiatra me ha dicho que es un sueño
compensatorio.

Si puedes verlo ahora, dínoslo
con una señal mínima, no rompas tu serenidad
por una noticia que probablemente ya no nos consuele.
La bicicleta que compraste trabajando en el desyerbe
ha venido
y se ha parado en la puerta como un flaco caballo.
Tú dirás que yo arreglo las cosas,
pero hay una paloma dormida en su montura.
¿Oyes en la habitación contigua
el apurado traqueteo de la máquina de coser?

Es mamá
que entalla su viejo traje negro a su nuevo encorvamiento.
Nuestra antigua batea se ve bastante desubicada
en esta casa de aspirante clase media, pero ahora tú ves
el cuerpo que allí se baña, el cuerpo de siempre,
incorrupto en agua de eucalipto.
Algún día todos seremos ese cuerpo, los ocho a tu alrededor.
Hoy entra tú en él como en una cripta viva.

MAMÁ CUMPLE 75 AÑOS

CINCO cuyes han caído
degollados, sacrificados, a tus pies de reina vieja.
Sangre celebra siempre tu cumpleaños, recíbela
en una escudilla

donde pueda cuajar un signo brillante
además del cuchillo.

La bombilla de luz coincide con tu cabeza dormida
y te aureola: comenzamos a quererte
con cierta piedad,

pero tus ojos

tus ojos se abren rápidos como avisados, y revive en ellos
un animal de ternura demasiado severa.

Tus ojos de ajadísimo alrededor
son el resto indemne

del personaje central que fuiste entre nosotros,
cuando alta y enhiesta

alargabas el candil hacia la oscuridad
y llamabas susurrando

a nadie. Las sombras en el muro y los gatos
detrás de la frontera terrible

eran inocentes. Tú, señora, eras el miedo.

Cinco cuyes pronto estarán servidos en la mesa.

Otros eran los del rito curador, los de entrañas abiertas
y sensitivas

que revelaban nuestras enfermedades.
Estos son de diente, de presa. No dirán
que tú eres nuestra más antigua dolencia.

LA MURIENTE

TUS hijas pasan llevándote olorosas sopitas
para alimentar tu vaga substancia:
oh, ya eres de agua, de casi nada, de agua
o de lentos movimientos como esculturas de la consunción.
Yo entro a tu cuarto de muriente suavizando mi presencia
y mirándote de soslayo:
si te miro de frente siento que soy tu testigo perverso.

Tu antigua y deslumbrante perspicacia aún vive
y sabes que cuando tu cuello se alarga buscando el aire
yo ruego que se alargue hacia el mito:
tú decías que las cabezas se arrancaban de los cuerpos
y volaban
desgreñadas, hambrientas, mordiendo el vano aire.
(Y los regantes decían sí, sí, anoche cruzaron
la luz de mi lámpara.)

Tengo la carne como en salmuera,
muerte si te salva. Lo dije para que sonrieras.
Tú nunca morderías carne de idiota, no dices.
Lo hubieras dicho con displicente humor
y una palabrota.

Bromeo para el tiempo de la pena. Tú sabes cómo es eso:
tu llanto desgarrado por mi padre muerto
fue haciéndose suave y ritual, más homenaje
que llanto.

Frente a ti, ya estamos en ese esfuerzo.

CASA JOVEN CON DOS MUERTOS

(A mi madre y a mi hermano)

LA escalera va del patio a la azotea y en el tercer peldaño
el sol relumbra,
el solecito de los condenados relumbra siempre
y debidamente.

El tercer peldaño es una estación
donde el cuerpo es leve y blanco como una pastilla
y el pensamiento intenso. Y todo es tibio
menos los propios huesos.

Por eso
haya invierno en todo el hemisferio, pero haya siempre el
[milagro del sol en la escalera.
Las almitas sentadas allí descansaban como al borde de un
abismo
y a veces nos miraban como si nosotros fuéramos el abismo.
Mi casa es joven para tener un frondoso y primaveral limonero.
Del limonero viene ahora el haiku del poeta Moritake:

*Cae un pétalo de la flor
y de nuevo sube a la rama
Ah, es una mariposa.*

Una equivocación bella y hórrida
cuando sobrevuelan el patio dos mariposas pálidas.

INTERIOR DE HOSPITAL

CÓMO envidiamos el largo cuello
de las garzas que se posan en la cumbre.
Ellas pueden doblar el cuello y dormir sobre la música
de sus corazones.
Nuestros latidos están en la línea verde del monitor cardiaco
y son el ansia que miramos.

Las garzas pueden alzar el cuello como periscopios
cuando sienten el paso de otro nivel de aire. Y ya verán
si lo viajan o lo dejan seguir al Báltico helado.
¡Ah, si nosotros, pájaros de camión blanco,
pudiéramos estirar el cuello
por encima de esta lenta y dolorosa danza...!
Aquí la realidad se presenta como un sutil cambio de niveles,
pero me falta atrevimiento
para asomar mi cabeza a un conocimiento definitivo:
sólo ignoro y respiro.
A veces siento el paso de una realidad primera y prodigiosa
y me encojo
para que no se lleve mi cabeza, o la seccione.

En Berlín una cabeza volando es cosa indiferente.
En mi pueblo es un mito peligroso.

LA TEJEDORA

MIRANDO

a la muchacha que teje en telar de cintura
me aprieto
solitario y concupiscente
contra la yerba que crece en esta colina de mi pereza.
Mi oído
cree escuchar
el chirrido de la tierra girando sobre su eje.
Si en alguna parte suena, sería aquí.
Y entonces recuerdo el globo terráqueo de escritorio
donde jugaba
a buscar un lugar para vivir, apuntándolo con el dedo,
al azar.

Tu teoría, Copérnico,
explica la alternancia del día y la noche,
mientras los hombres buscamos
en la tierra
un lugar para vivir.

La tejedora
intercala la lanzadera
entre las mil hebras del telar, y ya se puede ver
las figuras que idealiza:
un colibrí

frente a la flor del floripondio.
Su mano
cogiendo la lanzadera que parece puñal
 insinúa
otro movimiento, el que puede herir,
 pero no
este es un lugar apacible
 y todo se mueve con bondad.

¿Sería posible, Copérnico,
sumar los movimientos de su mano
con los infinitos otros de la misma índole
y hacer uno solo
para que la vida que gira sobre tu teoría
sea rápidamente bella
como en este tejido de Cajamarca?

MUSEO INTERIOR

LOS PARALIZADOS (GEORGE SEGAL)

UN inexplicable y silencioso pavor
nos detiene de repente en las calles, quedamos
paralizados, detenidos
 en lo que estábamos,
como los animalitos aprisionados en un transparente
 pisapapeles de acrílico.

Nadie luce pose preparada,
nadie tiene dignidad de estatua.
Algunos estamos congelados ante el escaparate de una tienda de
juegos de mesa
mirando infinitamente un ajedrez de piedra huamanga.
Sobre el tablero sólo han dispuesto siete piezas
y un cartelito reta al clavado público:
 “jaque mate en dos jugadas”.
Yo no tengo la respuesta. Me ocupa el esfuerzo
de mantener la memoria en un punto verdadero y entrañable
para volver.

La inmovilidad de las piezas del ajedrez no es la nuestra.
A ellas las engrandece un combate, sus próximos
 dos movimientos
finales y fatales
que matarán un rey.
Nosotros despertaremos de este detenimiento

para concluir nuestra acción interrumpida, la que iba
a continuarse con otra
igual de enésima y gregaria.

EL GRITO (EDVARD MUNCH)

BAJO el puente de Chosica el río se embalsa
y es de sangre,

pero la sangre no me es creída.

Los poetas hablan en lengua figurada, dicen
y yo porfío: no es el reflejo del cielo crepuscular, bermejo,
en el agua que hace de espejo.

¿Oyen el grito de la mujer

que contemplaba el río desde la baranda

pensando en las alegorías de Heráclito y Manrique

y que de pronto vio la sangre al natural fluyendo?

Ella es mujer verdadera. Por su flacura

no la sospechen metafísica.

Su flacura se debe a la fisiología de su grito:

recoge sus carnes en su boca

y en el grito

las consume.

El viento del atardecer quiere arrancarle la cabeza,

miren cómo la defiende, cómo la sujeta

con sus manos

a sus hombros: un gesto

finalmente optimista en su desesperación.

Viene gritando, gritando, desbordada gritando.

Ella no está restringida a la lengua figurada:

hay matarifes

y no cielos bermejos, grita.

Yo escribo y mi estilo es mi represión. En el horror
sólo me permito este poema silencioso.

C O D A

DE LA POESÍA

EL niño entró en la sombra de su árbol de extramuros
donde dejaba diariamente sus quehaceres de intestino.

Y si otro niño en árbol vecino se acuclillaba

y se aliviaba

brotaba entre ambos

la honrosa complicidad en la depuración

del buen animal.

Esta vez, sin embargo,

una visión suspende al niño, lo fija

con estupor

bajo su árbol:

en medio de una anterior limpieza

crecía

una incipiente y trémula plantita.

Y lo estremeció la imaginación del viaje
de la pequeña menestra

a lo largo de su cuerpo, su recorrido indemne,
incontaminado

y defendiendo

en su íntimo y delicado centro

el embrión vivo.

Y en la memoria del niño,

con difícil contento,

comenzó a elevarse para siempre

la planta mínima, tu principio, tu verde banderita,

poesía.

ARTE POÉTICA

DEJA tu alfiler de entomólogo, poeta:
las palabras no son mariposas con teta.

Sentado en la cima del osario
preguntas: seré yo el nuevo notario?

Pasan muchas frases de hombro caído,
tú las quieres con un poquito de sonido.

Las palabras, o mejor, las vampiro
ya vienen volando con lujurioso suspiro.

Pronto serás tú, entre gozoso y aterrado,
el mamado.

COSAS DEL CUERPO
(1999)

*Para
Tilsa, Issa y Maya.
También para Frida*

*Que se hable de los dioses
por los siglos de los siglos
pero del cuerpo y de las cosas del cuerpo
acordémonos todos los días*

MARCIAL

COSAS DEL CUERPO

EL LENGUADO

SOY

lo gris contra lo gris. Mi vida
depende de copiar incansablemente
el color de la arena,

 pero ese truco sutil
que me permite comer y burlar enemigos
me ha deformado. He perdido la simetría
de los animales bellos, mis ojos
y mis narices
han virado hacia un mismo lado del rostro. Soy
un pequeño monstruo invisible
 tendido siempre sobre el lecho del mar.

Las breves anchovetas que pasan a mi lado
creen que las devora
una agitación de arena
y los grandes depredadores me rozan sin percibir
mi miedo. El miedo circulará siempre en mi cuerpo
como otra sangre. Mi cuerpo no es mucho. Soy
una palada de órganos enterrados en la arena
y los bordes imperceptibles de mi carne
no están muy lejos.

A veces sueño que me expando
y ondulo como una llanura, sereno y sin miedo, y más grande
que los más grandes. Yo soy entonces
toda la arena, todo el vasto fondo marino.

EN EL BOSQUE DE ESPINOS

*A José Luis Li Ning,
mi amigo.*

LOS espinos nacen
bifurcados y en el aire vuelven
a bifurcarse para tejer un bosque intrincado
como el mapa de los nervios.

Hay que ser cabra
para vivir
en esta maraña punzante. Hay que tener lengua
de cabra
para separar con resignación pasto
de espinas
y engordar.

Sé, por los pastores, que en ocasiones
una cabra de este tranquilo rebaño
entra en la locura.

Aquí también la cabeza quiere muy poco,
un roce leve, una vaguedad hórrida,
para extraviarse.

Tal vez fue una punción casual,
un pincho venial,
para que todas las espinas del bosque, todas,

unánimes,
apuntaran hacia ella, la cabra que ya huye
y grita
y se deja en cada espina.

RESTAURANTE VEGETARIANO

A los vegetales se entra
con hambre de animal longevo y apacible, y lentamente
se acaba
la lechuga.

A la carne se va distinto, se ingresa a ella
con ansia orgánica, casi disputándola
como si fuera carne
del día de la resurrección, y se acaba
el bife.

Recuerdas:
para que tú vivieras
tu familia depredaba la tierra para ti,
pollos patos reses cuyes cabritos carne
para convalecer y durar.

El alimento en la boca te relaciona
con el mundo. Hay días de felino
y días de paquidermo. Hoy sean bienvenidas
las benéficas ensaladas, la suave soya y las frutas
aunque tarde:
ya cincuenta años que comes carne
y estás eructando miedo.

Pero hay días que no tienes carnes ni vegetales
sino arena en la lengua. Te explicas: tal vez has comido
una sequedad inicial, insidiosa, de pecho, y nunca
se acaba, el desierto
nunca se acaba.

NUESTRA REINA

BLANCO tu uniforme y qué rosada
tu piel.

Entonces tus vísceras deben ser azules, doctora.

Eres nuestra reina.

Los enfermos estiramos las manos atribuladas
hacia ti, en triste cortejo.

Queremos tocarte cuando cruzas los pasillos,
altiva,

docta, saludable, oh sí, saludable,
con tus vísceras azules.

Imaginamos a los doctores a salvo de nuestros males,
pero si el conocimiento no te exime
y también te mueres, serías una bella
muerta. Tienes

nariz alta, boca

que cierra bien, que se sella,

párpados tersos, largo cuerpo para ser tendido

voluptuoso

sobre una mesa de hierba.

También así serías nuestra reina

y seguiríamos estirando las manos

ya tranquilas y con flores

hacia ti, nuestra última señal de gozo.

ANIMAL DE INVIERNO

OTRA vez es tiempo de ir a la montaña
a buscar una cueva para hibernar.

Voy sin mentirme: la montaña no es madre, sus cuevas
son como huevos vacíos donde recojo mi carne
y olvido.

Nuevamente veré en las faldas del macizo
vetas minerales como nervios petrificados, tal vez
en tiempos remotos fueron recorridos
por escalofríos de criatura viva.

Hoy, después de millones de años, la montaña
está fuera del tiempo, y no sabe
cómo es nuestra vida
ni cómo acaba.

Allí está, hermosa e inocente entre la neblina, y yo entro
en su perfecta indiferencia
y me ovíllo entregado a la idea de ser de otra sustancia.

He venido por enésima vez a fingir mi resurrección.
En este mundo pétreo
nadie se alegrará con mi despertar. Estaré yo solo
y me tocaré
y si mi cuerpo sigue siendo la parte blanda de la montaña
sabré
que aún no soy la montaña.

MI CASA

MI vecino
estira su casa como un tejido que le ajusta.

No debería burlarme,
si yo mismo vivo inmensamente pegado a mi casa, tanto
que a veces las paredes tienen manchas
de mi sangre o mi grasa.

Sí, mi casa es biológica. En el aire
hay un latido suave, un pulso que con los años se ha concertado
con el mío.

Mi casa es membranosa y viva, pero no es asunto
uterino. Estoy hablando del lugar de mi cuerpo
que he construido, como el pájaro aquel,
con baba
y donde espacio y función intercambian
carne.

Afuera soy, como todos, del trabajo y la economía, aquí
de mi cuerpo desnudo
y, a veces, de una mujer
que se aviene a ser, como yo, otro órgano dentro de este
pulposo
tercer
piso.

CIELO DE HOSPITAL

santa

vaciada

BLANCA VARELA

MI útero de humo
sale por la chimenea y se disuelve como nimbo
en este cielo que nunca tiene violencias.
Una violencia de cielo me hubiera consolado más.

Una enfermera cruza el jardín, ninguna
flor anuncia mi dolor. El dolor sólo está
en los confines de la carne que aún me resta.

 Mi útero
debió irse como un globo festivo
lleno de novios y nonatos. Él me convertía
en un animal muy bello
cuando urdía otro cuerpo.
Debió irse entonces
como un odre de dioses, ebrio y feliz, no víscera
de triste mamífero
en la bandeja de cirugía, no huevo
de la amargura.

La muerte se me acunó como hijo
y ahora también es humo de crematorio.
La cólera

o el ansia de belleza que impulsa a los árboles
a restituir la rama podada, está conmigo. Todo será
restablecido.

Voy a formar

una matriz nueva, un cuenco hondo como dos manos juntas,
no para fruto, no importa si huera

pero ahí.

EL BAÑO

MIENTRAS el agua cae
sobre tu cuerpo
yo pienso
que de todos los cuerpos del mundo
tú posees el más preciso.
Tienes algo de intercambiable
connigo, algunos órganos secretos,
los más saludables y hermosos,
o el sabor
o la mirada.

Ayer
me acerqué por tus espaldas
y deslicé mis manos
bajo tus axilas
hasta tocar tus senos. De pronto
sentí
el temblor de una restitución:
si yo hubiera tenido tetas
serían
como las tuyas.

EL OJO

LA primera operación de tu insomnio
es un juego de los tiempos: te revisas
y confirmas
que ni tus manos ni tus pies
se han desprendido como colas de lagartija.
Todo tu cuerpo sigue amarrado dentro de tu piel.

La otra operación de tu insomnio
no te es accesible. Es del ojo
interior
que navega dentro de tu carne. Es del ojo
que te recorre
y observa cada uno de tus órganos
y se guarda el secreto.

El ojo ha nacido contigo
para fisgar tu lento desastre, ninguna otra cosa
sabe de ti, ignora si vives en esta ciudad
o en otra, no conoce el papel donde escribes
sobre su perversidad
y tal vez no conoce la perversidad. Él sólo sabe
de tu adentro.

Pronto se acabará esta noche con su estrella compasiva
en la ventana
y tampoco hoy sabrás
si el ojo que viaja por tus confines
es el ojo de Dios que observa maravillado
a cada órgano
haciendo incansablemente y todavía lo suyo
o si es el indiferente pero acucioso ojo de la nada.

DESAGRAVIO (i. m.)

POR un flanco débil
y breve,
entre su seno y su axila,
mi madre era tierna.

Qué olor tan profundo, basal y glandular.
Su ternura
tenía intensa biología.

¿Por qué le exigías más,
ojo con lágrimas?

MATE BURILADO

LA figura del mono
está admirablemente inscrita
en toda la redondez del calabazo silvestre.
Humor
de serrano
le ha puesto en la boca quena de gente.
Mundo feliz el del mono
que se acomoda allí como en vientre,
como en huevo, y con música.

Rueda
por todos los rincones de mi casa
como sonaja
y algunas noches me encuentra y susurra:
hazte redondo.

El mundo a mi alrededor es muy disperso
y la vida no tiene forma.
A mi edad, digo,
puedo desear menos, debería
como el mono
acomodar mi cuerpo
sólo en algunas de mis monadas.

LAS MALAGUAS

EL barco enrumbó hacia el mar abierto
y apartó las malaguas que habían amanecido en la bahía.
Yo iba como un mascarón sin gracia
pechando la llanura vacía
y como los espinos solos en los interminables desiertos
mi cuerpo empezó a definirse mejor: una intrusión,
un empaque
en el aire.
Abajo las malaguas flotaban como existencias más perfectas:
casi agua
sobre agua.
Nosotros tenemos mucha presencia que tarda
demasiado
en desaparecer. Hay huesos, pelos, uñas, carnes,
zapatos y libros.
Las malaguas van más ligeras, cuerpos simples,
transparentes y sinceros
que la marea vara en la orilla. Yo las recuerdo
no sé si muertas
en la playa de mi infancia
junto a bañistas que huían de su viva urticaria.
Nadie veía cómo,
igual que cualquier gelatina, se disolvían bajo el sol
y regresaban al mar
con la ola que a mí me amenazaba.

EL MAESTRO DE KUNG FU

UN cuerpo viejo pero trabajado para la pelea
madruga y danza
frente al mar de Barranco.

Se mueve como dibujando
una rúbrica antigua, con esa gracia, y
sin embargo, está hiriendo, buscando el punto
de muerte
de su enemigo, el aire no, un invisible
de mil años.

Su enemigo ataca con movimientos de animales
agresivos
y el maestro los replica
en su carne: tigre, águila o serpiente van sucediéndose
en la infinita coreografía
de evitamientos y desplantes.

Ninguno vence nunca, ni él ni él,
y mañana volverán a enfrentarse.
-Usted ha supuesto que yo creo a mi adversario
cuando danzo- me dice el maestro.
y niega, muy chino, y sólo dice: él me hace danzar a mí.

Antes de tu sueño
viene siempre un ángel plumado y casto
que peina tu piel y censura
a nuestra ranita.

Es que nadie la comprende.

Sólo yo.

LOS RÍOS

Estos son mis ríos.

GIUSEPPE UNGARETTI

MI hermana viene por el pasillo del hospital
con sus zapatos resonantes, viejos, peruanos.

De pronto
alguien hace funcionar el inodoro, y es el río Vichanzao
terroso
corriendo entre las piedras.

Ah, las heces
curiosidad primera de los médicos. Si fueron impecables
habrá curación para ese alguien.

¿Habrá curación para mí, hermana?
Si comes tu kraft-bruhe, tal vez. Los corderos alemanes
son como los alemanes: optimistas, y corren
blancos
por los campos verdes. Come.

Y mi graciosa hermana abre el caño
y lava el plato, y esta vez es el Moche, cristalino
y benéfico,
entrando por las heridas de mis costados
abiertas como dos branquias.

Rico ser pez entonces: una sensualidad que me permite
este dolor.

TRES CANCIONES DE VIAJE

HACIA EL NORTE

LAS diminutas capillas
del borde de las carreteras, nunca más altas
que alguien rezando de rodillas, conmemoran un cuerpo
que allí fue descoyuntado y muerto.
Dentro, en su mínima nave, se acomoda
la memoria de ese cuerpo

como un lastimado perro de aire.

A dónde ibas, cuerpo,
qué parientes y trabajos ya no fueron. Aquí se enfrentaron
con estrépito
tu pasado y tu futuro
y te redujeron a latido ciego del mundo, sin memoria,
absurdo y cero.

Los 60 cuerpos vivos que vamos en este ómnibus raudo
nos celebramos
alegres como insensatos, nos besamos
porque la boca es rica
y cantamos joviales canciones de viaje
que no hablan del propósito de éste ni de ningún otro viaje.

Creo que vamos libres. Y ustedes, paradójicos
descoyuntados, son
mejor referencia
de nuestro poquito más de futuro
que los puntuales mojones de kilometraje.

SUPREMAS

inmensidades del mar y del cielo, mírenme,
yo soy el que va a su patria,
el que lame la sal que se cristaliza
en las barandas del barco, el que
apoya su peso
en una pierna y otra
para compensar el bamboleo de la nave y así mantener
la línea del horizonte y la línea del corazón.

Hace días que estoy hipnótico en el centro
del Atlántico. La única referencia
para saber que avanzo
es mi propio pasado: está ahora delante
como un tigre que me dio una tregua.

He dejado atrás varios días eternos
y una cáscara de naranja
flotando
en el Mediterráneo. La cáscara parece
gracia o ingenio
de la poesía, y en verdad es
algo aterrador cuando cae sobre esos mis días
y las aguas:
es un documento humano, lo mismo
que mi brazo o mi zapato.

Y otra vez voceo:
yo soy el que voy, y salto
para que las inmensidades
me vean. Mírenme
trayendo en mis brazos mi propio cuerpo
para entregarlo a sus dueñas, mi madre
y mi esposa
 que me esperan
sabiendo
que nada puede cambiar: ir y volver, un giro
dentro de la misma fuente de salmuera.

 Allá en las costas amarillas
de mi país
coma mi carne cualquiera de ellas.

PAISAJE MÓVIL

MÁS trashumantes que los hombres
o más desalojados
son los infinitos desiertos de mi país.
Todavía no encuentran un sitio
para establecerse, y continuamente viajan
así:
se elevan a 10 centímetros del suelo
y avanzan flotando
como una suave marea
de arena.
Hacia las cuatro de la tarde, con el viento,
cruzan las carreteras, y los viajeros
escuchamos
sus susurros:
*tal vez no haya ningún lugar en la tierra
donde acomodar los trastos
y los huesos.*
De noche se recogen en dunas, como en pascana,
y bajo la luna de los desposeídos
parecen gigantes de gran lomo
que meditan una patria mientras defecan.

VICHANZAO

ERA

un ojo de agua, una lagunilla
de donde bebíamos
gentes y caballos. La luz
no entraba en el agua, la oscuridad que venía del fondo
era más poderosa. Los niños
nos acuclillábamos en su borde redondo
y esperábamos
los pobres envíos de lo insondable.
En sus orillas había una respiración, la cadencia
de un animal muy remoto, un dios mudo
que desde su profundo lecho
mantenía la vida de todos nosotros.
Del fondo afloraban restos de algas, insectos abisales
que nadie podía cazar, pajitas, líquenes
pero todo era indescifrable.
En realidad no esperábamos nada, sólo el placer
de estar en el borde, no sabiendo nada claro, imprecisos
y un poquito idiotas.

A los cincuenta años
ya sabes que ningún dios te va a hablar claramente.
En el viejo ojo de agua
esta vez tampoco hay imágenes definitivas.
Aquí abandona tu arrogante lucidez
y bebe.

LA VUELTA

EL muchacho de la escuela veinticuatro
cero
cuatro
escribe poemas. Vengan a celebrarlo
bajo la ramada de la pasionaria cuyos frutos cuelgan
como plenitudes de este verano.

La silla de junco para el poeta. Siéntate sin perturbar al perro
que hace veinte años duerme
bajo el sol que otra vez es un regocijo.

El corazón, en la vuelta, es un péndulo azorado
que va de este patio áspero al suave pueblo de tu memoria.

Bebes y escuchas:
ojalá te den el premio Nobel, hermanito,
cuando todavía puedas hacer el amor. A propósito,
¿la poesía te da privilegios
de himeneo? El resto es literatura. ¿También son rubios
los coños
que sueñan eternamente nuestros dedos oscuros?

De pronto el perro gime en su sueño. Sin despertar
persigue con angustia su cola greñuda
como si fuera un dorado vellocino.

Tú, poeta, quieres consolarlo, calmar sus giros,
acariciar su lomo,
pero detenemos tu mano y bajo nuestra antigua pasionaria
te increpamos el olvido:

 déjalo, aquí la vida es así.

CANCIÓN

LA señorita Esther H.
en el camino solitario, excepto
algún zorro, me pidió que no la mirara, que
me volteara
porque iba a rociar el mundo. Yo escuché entonces
a mis espaldas
ese sonido sibilante de sus aguas entre las piedras.

Pichi de mujer
no es pichi de hombre, supe. Pichi de mujer
se expande y se hace atmósfera, marejada
concupiscente
que ese día envolvió también al caballo, al buey que labraba,
a mi perro colero
y a cuanto macho que respiraba a la redonda.

La señorita Esther H. era mi maestra rural.
Ella dilató por primera vez la nariz
de mi corazón.

Una arbitrariedad de niño
sospechó su reconditez como fruta de rápido zumo.
Unas veces naranja, otras ciruela de Chile.
En la escuela rural sabíamos poco
pero sospechábamos mucho.

EL NIÑO DEL RÍO

EL agua se rizaba alrededor de las piedras.

Él iba
de una ribera a la otra
apremiado por nada, sólo por su arte
de correr sobre las piedras.

Impulsaba el cuerpo
a la aventura, sin saber en qué piedra
iba a posar
el pie.

En el aire escogía
entre las resbalosas y dispersas tantas
la piedra de su pie.

Siempre caía en la segura.

Él era la belleza
del continuo vivir
en riesgo.

Y seguirá danzando
mientras tú desapareces
en la cañada.

EL GUARDIÁN DEL HIELO

Y coincidimos en el terral
el heladero con su carretilla averiada
y yo
que corría tras los pájaros huidos del fuego
de la zafra.
También coincidió el sol.
En esa situación cómo negarse a un favor llano:
el heladero me pidió cuidar su efímero hielo.

Oh cuidar lo fugaz bajo el sol...

El hielo empezó a derretirse
bajo mi sombra, tan desesperada
como inútil.

Diluyéndose
dibujaba seres esbeltos y primordiales
que sólo un instante tenían firmeza
de cristal de cuarzo
y enseguida eran formas puras
como de montaña o planeta
que se devasta.

No se puede amar lo que tan rápido fuga.
Ama rápido, me dijo el sol.
Y así aprendí, en su ardiente y perverso reino,
a cumplir con la vida:
yo soy el guardián del hielo.

OTROS POEMAS

LA TURBIA

A mi hermana Dora le debo
la limpieza de mis camisas
y de mi alma.
Mujer más solidaria
no hay:
cuando me hieren
ella odia por mí.
Si te miro con limpieza
es porque ella está turbia.

EL HARAGÁN

Échate boca arriba, haragán.

GUNNAR EKELOF

INMÓVIL

el haragán mira la manzana que brilla
en la mesita de las flores.

La tarde
es diáfana y crea entre las cosas
una disposición
a avenirse.

Con el mundo así,
tan cordial, no es insensato
que él llame a la manzana y le ofrezca
su mano.

Juego inútil:
pronto el espacio
como el ánimo
se torna denso
y sobre las cosas cae
y se cierra
un alud de vidrio.

¿Cuándo era
que una fe esencial
traía las cosas
volando
hasta la mano?

El haragán sonríe,

) 217 (

quiso evitar
algunos movimientos vanos,
pero no:
tendrá que romper el mundo
para llegar
a la manzana.
Las cosas
demandan siempre
demasiado esfuerzo.

LA CONVICCIÓN

DE pronto te sobrecoge
una convicción manuscrita
sobre una lápida con revoque de yeso:

Resucitaré.

Dice que resucitará. Es mujer, es mujer airada.

Ay gentes de Huanchaco, ¿cuándo fue
que su brazo
salió, giró en el aire nuestro y escribió en el yeso
esta amenaza?

¿Quién la ofendió? ¿O se fue
levantando su indignado dedo contra todos nosotros?

Dios, en este lugar los muertos te libran de la promesa:
fue alentador creer que volverían,
mas ya no les importa, están resignados
a sus huesos
que sólo quieren cuidar de la desnudez del aire.

Aquí lo único vivo
es la humana voluntad de la muerta
que palpita

y viaja por todas las materias trayendo su cólera
de mujer, y toma
su cráneo y sus huesos como oscuras piedras
de lanzar. Porque inexorablemente, puntualmente
resucitará.

LA JURADO

DOLOROSAS mudanzas de entrecasa
han convertido el cuarto de la difunta
en este desordenado escritorio
donde leo poemas de cien jóvenes
y con ignorancia
califico.

En la pared
queda una suave mancha de grasa
donde la difunta apoyaba su coronilla
de madre.
Desde allí
viene a leer conmigo.
Ella siempre fue petulante: yo soy el jurado
pero ella me adelanta
en el juicio, me condena otra vez
a hijo.

En las páginas de ustedes, muchachos, la muerte
tiene más nombres que la vida
y baila
ebria,
sonora, las mejillas pintadas como muñeca
de teatro y literatura.

Sólo un verso brillante, sólo dos, y el resto
puras fintas, me dice
la jurado. La muerte
de verdad
es como la poesía: mírala venir
como una forma
de la templanza.

LOS POETAS

ABELARDO me ha hecho un honor,
me ha pedido que presente su libro. Ay amigo,
exímeme de larga opinión. Bien sabes
que cuando un poeta honrado lee a otro honrado
sólo le busca una palabra, una sola, la que hace sonar
a las otras.

«*Rosebud*», dijo Kane. Una palabra así,
como caída de un cielo. ¿Cómo hallarla entre las astucias
de la poesía y del mucho ingenio
que banaliza los poemas?

Yo la estoy buscando sin prisa, entre todos
los honrados, y con un resabio de sangre en la boca
como si estuviera masticando
mi propia lengua.

ANTÍGONA
versión libre de la tragedia de Sófocles
(2000)

NARRADORA

HOY es el primer día de la paz.
Las armas enemigas aún no han sido recogidas y están
dispersas
sobre el polvo como ofrendas inútiles.

Qué rápido el viento de la madrugada ha borrado las huellas
de huida de los argivos.
Cuando la luz es brillante como la de esta mañana, parece que
el pasado
es más lejano.
Pero no, ellos huyeron apenas anoche, no más noches.
Antes de nuestro último sueño fue el tropel de su desbande.

Vinieron
y se posaron sobre nuestros tejados cual águilas armadas
y pusieron en nuestras siete puertas
siete renombrados capitanes
y nunca acallaron sus siniestros gritos de guerra.

Pero Zeus, que abomina los alardes de la lengua altanera,
estuvo con nosotros.
Acosados por nuestros batallones, corrían por su vida
aquellos que cantaban
que habían venido a beber nuestra sangre.

No la bebieron y agradezcamos hoy la vida
y el sol
y la paz que es un aire transparente, y empecemos a olvidar.

NARRADORA

LOS pastores han llevado las cabras y ovejas
más allá de las colinas de Tebas, adonde el pasto
no esté sucio de sangre.

Volverán cuando todos los muertos de la guerra estén
enterrados
y nueva yerba crezca sobre los túmulos.

Apúrense enterradores,
junten sabiamente en una misma fosa a nuestros soldados y a
los enemigos
pues ambos están hechos de la misma carne
y oliscan el aire por igual.

¿Ven ese cadáver sobre la tierra más árida, tendido
perfectamente de perfil?
Se llama Polinices y, aunque semidesnudo,
aún mantiene las brillantes insignias de capitán argivo.

Murió por un juego perverso de los dioses.
Ellos observan las batallas como un espectáculo, ignorando
quién hiere a quién en el fragor del combate
o qué flecha lleva dirección de cuerpo preciso.

Pero en una de las siete puertas,
los dioses sí pusieron voluntad para que se enfrentaran dos
hombres señalados,
nuestro capitán Etéocles
y el capitán atacante, Polinices.

Ay juego perverso:
los dos guerreros de largas lanzas que quedaron mirándose,
incredulándose,
solitarios en sus armaduras fulgurantes, ay juego perverso,
eran nacidos de una misma madre y de igual padre.

El movimiento fue simultáneo: una lanza avanzó y la otra vino
y así la muerte se hizo dos, pero entera en cada hermano.

NARRADORA

DESTINO es de los débiles crear señores del poder,
así como en sueños creamos seres para nuestro miedo, y sólo
el dormido
los ve, y se angustia.

Pero ahora estoy en vigilia y ver a Creonte me intimida.
Coronado ayer, es el más reciente rey de Tebas, y sin
embargo
ya su ceño es fruncido.

Está bajando lentamente los escalones de su palacio y sé que
no trae en la boca
palabras felices.

CREONTE

Nuestra patria nuevamente es una tierra de sosiego.
Después de las violentas marejadas de la guerra,
las cosas se han asentado y funcionan como originalmente.
Miren alrededor:
el vino está en las ánforas,
los sirvientes sacuden las alfombras en las ventanas,
el amor anida otra vez, y felizmente por igual, en los inmortales

y en los hombres efímeros,
y los muertos de la guerra ya todos están abrigados por la tierra,
excepto uno.

Excepto uno.

El cuerpo de Polinices quedará insepulto, carne
de disputa y hartura de las aves y de los perros voraces.
Porque él, que fue desterrado, vino con los crueles argivos
dispuesto a ver con placer el fuego consumiendo la ciudad
de sus padres.

La no tumba para él es mi determinación
porque jamás los malvados recibirán más honra que los justos,
y que así quede pregonado.

Y pregonado también quede el castigo: aquel
que le haga exequias, que le haga duelo o que le cubra con
tierra,
agregaré su propia muerte a la del muerto.

Ahora vayamos todos a concluir las honras de su hermano
Etéocles:
dispongan carrozas, caballos, flores, banderas,
y ustedes, capitanes de la guerra, agreguen un mechón de sus
cabellos
para que se consuma con el cuerpo de aquel cuya causa fue la
patria.

Queden así en el olvido los pasados combates
y vayamos a los templos de los dioses en danzas nocturnales,
¡y que Baco sea nuestro guía!

NARRADORA

LA muchacha, más niña que mujer, sentada en aquel patio...
qué abatimiento tan serenamente llevado.
Hermana de los dos muertos, del honrado con sepulcro y del
otro, afrentado sin él,
mira distante nuestro paso. La culpa que sentimos está en
nosotros, tebanos,
no en la intención de su mirada,
porque nadie, ni el consejero más sabio, se atrevió a refutar la
orden de Creonte
que es dañosa para nuestra alma.

¿Qué cosas arden en tu corazón, Antígona?
¿Adónde vuela tu resentimiento, muchacha?
¿A Zeus, que ha descargado sobre tu familia cuanto dolor hay
en el mundo,
o al rey que ahora se ensaña con tu hermano?

ANTÍGONA

Un cetro, un trono, y venias, muchas venias alrededor
están con Creonte.
Oh rey, no necesitabas mucho para hablar con voz de tirano.
Nadie conoce el verdadero corazón de un hombre hasta no
verle en el poder.

Antes de la guerra pasaba silbando por este jardín, acariciaba
mi cabeza de sobrina
y luego se perdía por el soleado atrio. Era otro sol
y yo era otra sobrina.

Ese mismo hombre ordena ahora que me regocije con la
Victoria
y ponga en olvido al insepulto Polinices
como si no fuera mi hermano.
¿Cómo entrar danzando y cantando en los templos
si en la colina más dura hay un cuerpo sin enterramiento?
¿Cómo brindar, borrando de mis ojos lo que no ven
pero que ciertamente es?

Es un cadáver cercado por guardias, vigilado día y noche
para que ni siquiera el viento le cubra con tierra.

Pero si eres perro o ave carnicera, puedes llegarte
y destazarlo y morder la preciosa carne
del hermano mío.

Hermano mío, pero ya no pariente mío
sino muerto de todos, dime qué debo hacer.

V

NARRADORA

LOS dioses te hicieron nacer hembra, Antígona.
Poco puedes hacer sino obedecer las leyes, así caigan sobre
los muertos
como sobre los que vivimos todavía.
Tienes el corazón puesto en cosas ardientes, en deseos
de desobediencia que a otros helarían o convertirían
en estatuas del miedo.

Descansa, deja que el sueño sea apacible tregua
mientras transcurre la larga noche. Duerme.

(Se hace la noche, luego amanece)

VI

NARRADORA

LAS raudas sandalias del guardia
que viene corriendo por un atajo de las colinas, de tan raudas
parece que apuran la luz del amanecer.

¿Qué mensaje palpita en su lengua, qué noticia
lo demuda en su carrera, qué nueva calamidad guarda
en sus cerradas palabras?

Ya sube los escalones húmedos de palacio,
ya sólo tiene aliento para pedir que lo anuncien ante el rey.

GUARDIA

Qué difícil llegar hasta ti, rey, no por tus alturas en el poder
sino por mi temor de darte el bocado que traigo.

Cuántas veces me he detenido en mi carrera
porque el corazón me decía: “vuélvete, regresa, cuidado,
que apenas dando la noticia, tú mismo la has de pagar”.

Con tales pensamientos
el camino corto me ha dado un viaje largo.
Sí, sé que estoy hablando para dilatar el tiempo mío
y sólo logro tu real impaciencia.

Sea entonces la noticia:

anoche alguien ha sepultado a Polinices.

No, no es que el muerto esté acogido bajo la tierra,
sino que le han frotado fino polvo sobre toda la piel.
El alguien inició así el rito del soterramiento,
pero la luz del alba lo hizo huir.

Guardias contra guardias nos hemos culpado,
pero será, te pregunto, ¿negligencia de hombres si el
desobediente de tu decreto

fue un dios?

Ese pensamiento silenció de pronto nuestra discusión allá en
la colina.

Señor, convendrás que quien llega y huye
deja huellas,

y no había ninguna, ni de rueda ni de pie ni de arañazo de
azada.

¿No te dice el corazón, como a nosotros, que el enterrador
llegó por el aire
o que no es de visible sustancia humana?

NARRADORA

EN la puerta de Bóreas
el viento agita como tristes banderas los andrajos de aquel
hombre que viene reo.

Culpado avanza
mientras los cumplidores guardias lo apuran con lanzas
y la turba le hace andante ruedo.

Dicen que merodeaba el cadáver de Polinices
y que había tierra en sus uñas.
Ahí tienes, Creonte, al que anoche retó tu orden.

¿Vas a juzgarlo?
Risible juicio, rey, o sainete: ¿Cómo lo harás venir a la cordura
si el hombre tiene la razón trastocada?

Es el loco que hace años pide limosna junto al monumento de
Anfión.
Hoy, prisionero, grita que en la colina sólo buscaba a su perro.
Sus otras voces
sólo suenan en su cabeza atormentada, en su locura
donde no existen reyes ni héroes ni traidores,
sino sólo un perro.

VIII

NARRADORA

YO recuerdo:

las alamedas eran primaverales
y Antígona corría y reía como un pequeño ciervo con sus
amigas.

El único acontecer trémulo
era la primera sangre menstrual, brillante y limpia,
y el único vaticinio
lo traía el viento al cifrar los vestidos a los cuerpos, y anunciar
así cuerpos plenos y deseables.

Nada presagiaba a la joven sombría que hoy camina sola bajo
los pinos
y apoya la mejilla en la áspera corteza para que nada en ella
descanse serenamente.

Los dioses de la alameda la miran pasar y ninguno, desde sus
mármoles,
la consuela.

ANTÍGONA

Oh dioses, pudiendo habernos hecho de cosa invisible o de
piedra

que no necesitan sepultura
¿por qué nos formaron de materia que se descompone, de
carne
que no resiste la invisible fuerza de la podredumbre?

Qué impúdico, que obsceno
es acabarse insepulto, mostrando
a los ojos de los vivos blanduras y viscosidades. Tal castigo,
y peor, padece mi hermano
porque también es abasto que desgarran alimañas, buitres
y perros.

Altos pinos que me vieron pasar cuando yo era niña,
¿divisan a mi hermano? ¿el viento le ha quitado el fino polvo
con que cubrí su desnudez al amanecer?
¿Tendré otra vez valor para burlar la redoblada guardia
o debo resignarme a que su cuerpo, al entrar el otoño,
sea sólo huesos y una mancha oleosa sobre la grava?

No, no me respondan. Hoy toda palabra o murmullo entra en
mi pesadilla
y la enciende más.

NARRADORA

ERA la medianoche
y el palacio de Creonte parecía un barco anclado y seguro.
El viento había amainado
y las antorchas se consumían con llama inmóvil y azul.

Contemplando el edificio, pensé en los modos del poder:
un hombre inmisericorde duerme entre sedas, me dije.

De pronto
en la habitación más alta se encendió una luz y otra luz
y vi a Creonte caminar y caminar turbado. ¿Lo despertó
un mal sueño
o el escozor de la desconfianza que tiembla en la piel de todo
tirano?

CREONTE

El guardia habló con lengua supersticiosa. No viendo huellas,
él y sus compañeros de simpleza
sospecharon una divinidad intentando sepultar el cadáver de
Polinices.
¿Qué dios puede tomarse ese trabajo
con alguien que llegó hasta las puertas de la ciudad

levantando teas ardientes
dispuesto a incendiar templos, altares y sacros tesoros?

¿O hemos llegado al tiempo en que dioses falsos
enaltecen a los traidores?

No: ahora veo: la simpleza del guardia era fingida
y el dios enterrador era pícaro invento
para ocultar su complicidad pagada.

Hay ciudadanos resentidos porque no ocupan un sitio a mi
lado.

Ojos que yo envió por toda la ciudad
han visto que a mis espaldas mueven la cabeza y murmuran
diatribas.

A ellos no les duele el cadáver de la colina, les duele mi poder,
y para minarlo
dejaron caer monedas sobre la palma venal de un guardia.
Sí, la arriesgada y vergonzosa empresa de mi servidor
sólo puede hallar explicación en el lucro.

Y luego quisieron confundirme como al rey ingenuo de las
fábulas
trocando a un dios con un loco que se arrodilló ante mí
y habló confusas palabras entre llantos y babas.

Poder y traición están en la misma medalla.
El día de mi primer mando tuve mi primera felonía:
desapareció la mascarilla mortuoria de Polinices, aquella
que hice para que el enemigo tuviera un rostro
antes de que bajo el sol, como ordené, perdiera sus facciones.

Ay traidores, tiemblen, porque tampoco bastará la muerte sola
para ustedes.

NARRADORA

HE visto a Antígona corriendo sigilosa de una columna a otra,
de una esquina a otra
como escondiéndose de nadie.

Al salir por la puerta Bóreas
su apurado vestido blanco parecía ir solo como una sábana
volada de un cordel.

La perdí de vista cuando entró en la llanura,
pero en la frente llevaba un pensamiento que la transfiguraba
y la hacía más bella en su veloz caminar bajo el sol del
mediodía.

ANTÍGONA

Polinices, hermano mío, te preguntarás cómo he llegado hasta
ti.

Todo hombre tiene su arrogancia
y la de los guardias es creer que en hora tan luminosa no
puede haber audaces.

Doy gracias también a los vientos del norte
que se rizan en torbellinos y recorren las colinas
levantando columnas de polvo que suben hasta las nubes.

Envuelta en un torbellino he venido. Estoy llena de briznas,
pero el vino del cántaro está limpio.

Cuán malamente te han raspado el polvo
que te puse anteanoche. Quieren para ti la más absoluta
 intemperie,
pero yo he venido a abrir la tierra para ti.

Recibe otra vez sobre tu cuerpo este polvo consagrado
y estas tres libaciones del vino de mi boca, pero en nombre de
 todos.

(La sorprende un guardia)

Ser sorprendida era mi riesgo, guardia, pero déjame
que termine de abrir la tierra para que sea madre
y acoja a Polinices como acogió a Etéocles.
Son hermanos irrenunciables, guardia, ya sin facción ni
 contienda
y acaso mutuamente se están llamando.

En tu corazón sabes
que no es bueno que el uno esté abrigado por la tierra
y el otro siga errando,
alma en pena que mira con tristeza o cólera su propio cadáver.

Quiero que toda muerte tenga funeral
y después,
después,
después
olvido.

En tus amarras, guardia, está empezando mi muerte.

Recuerda mi nombre
porque algún día todos dirán que fui la hermana que no le
faltó al hermano:
me llamo Antígona.

NARRADORA

GENTES de Tebas
que miran y se esconden como monos curiosos,
la que va por las calles dentro del círculo de guardias como
 animal de cacería
es en verdad la única princesa de esta tierra.

Véanla ahora
subiendo los escalones de palacio: si desatadas van
las correas de sus sandalias, muy entradas en sus carnes
están las amarras de sus sagradas muñecas.

Gentes de Tebas,
ya Antígona y Creonte están en sus inevitables papeles.
Ella ocupa su asiento de reo
y él ahora no sólo es rey, sino la estentórea voz del destino
y su inclemencia.

CREONTE

Naciste
del vientre de mi hermana y lazo de amor te une a Hemón, mi
 hijo.
Eres, pues, más pariente mío que muchos.

Doble dolor y doble cólera arden en mi alma.
Es justo, entonces, que doble rigor tenga contigo.

Mi hijo Hemón deambula incrédulo por pasajes y
habitaciones,
ya sabiéndose novio de una segura condenada.
Porque condenada estás desde que los bandos pregonaron la
orden y el castigo.

Y sin embargo ríes, y esta insolencia es mayor que la del
enterramiento
porque allí burlaste a simples y oscuros guardias
y aquí tu sorna y jactancia
son ante tu rey.

Siempre es más fácil ordenar la muerte
de aquel que comete un delito y luego lo toma a honra. Tu risa
hará que condenar también sea un placer.

¿Pero quién más ríe contigo?
¿Qué cómplices se ocultan en sus casas a gozar tu osadía?
¿Ismene, tu hermana, también te asistió y es la otra cabeza
de la víbora bicéfala?

ANTÍGONA

La víbora tiene una sola cabeza, Creonte.
Mi hermana Ismene es inocente. Sus pensamientos más
atrevidos
no van más allá de su tímido frontal.

Dices que he violado tu ley.
¿Pretendes tú, mortal, prevalecer
por encima de las leyes no escritas pero inquebrantables de
los dioses?

Sólo ellos tienen mandato sobre los cuerpos de los muertos.
Recuérdalo: sólo ellos.

Sé bien
que Polinices venía a devastar nuestra patria y que Etéocles la
defendía,
pero ahora, muertos, el Hades les otorga igualdad de derechos.

Como ves,
he preferido cumplir con los dioses y no con tu arrogante
capricho.

Sucumbir por tal motivo es ganancia, y no me duele.
Doleríame, sí, que el hijo de mi misma madre
quedara insepulto. Tú sigue llamándolo enemigo
hasta el fin de tus días,
pero yo he nacido para amar, no para compartir odios.

Ha de parecerse que hay sonido de locura en mis palabras,
pero no, la locura está en tus oídos.
¿Sabes que hay muchos tebanos que alzarían estas mismas
palabras,
que las dirían a voces por calles y plazas
si el miedo no les cerrara la boca?

Los dioses quieran, Creonte,
que no te dure el privilegio de ordenar impunemente lo que
te place,
y quieran también acabar pronto con tu gozo de escuchar
sólo el multitudinario
e indigno
silencio.

NARRADORA

NO supongamos tanta dureza en el corazón del rey.
Seguramente ha vencido mil dudas antes de sancionar a la
 joven
que hizo promesa de amor con su hijo
y es tan cercana de su sangre.

Ay Antígona, qué hermosa y altiva presa eres. La escolta de
 guardias
no perturba tu caminar lento
y regio.

Vas mirando sin ansia
rostros en las ventanas, árboles, veredas, un brillo de sol
en una aldaba, y mil cosas que para ti son últimas.

No te llevan a cadalso, a final que viene raudo como viaje
de flecha o vuelo de hacha, no:
Creonte te ha señalado muerte para la memoria de todos,
 muerte
que se vocee así:
si tamaño castigo da a pariente ¿qué pueden esperar otros
 enemigos?
Vas, Antígona, a muerte más larga y perversa.

Entre el roquerío de la montaña
hay profundas y caprichosas cuevas. En una de ellas serás
 lanzada
y vastamente tapiada.
Cárcel te será
mientras te duren las interminables horas de hambre y sed y
 oscuridad
y luego secreta e inmensa tumba, porque no sólo te albergará
 la cueva
sino toda la montaña.

ANTÍGONA

LA oscuridad le da a mi cuerpo una existencia extraña.
Soy
sólo cuando me palpo o toco la dura piedra de la caverna.

Cuando hablo no sé si hablo, acaso sólo sean palabras que
circulan
sin sonido dentro de mi cabeza.

Esto
y la muerte
debo pagar en este tiempo de perversas confusiones.
La piedad, que antiguamente era virtud, hoy me condena
y alarga las desgracias de mi familia.

Los viejos dicen que un antiguo conjuro pesó sobre mi padre y
mi madre
y que las desventuras, como las olas de la mar, se repetirán
de una generación a otra.
Y entonces desde aquí, aunque no me escuchen, viejos, yo les
recuerdo
una ley del Olimpo
que dice
que nada grande entra en la vida de los hombres
sin alguna maldición.

Si la paz es esa cosa grande, yo soy la maldición, la ola rara
que se estrella y muere en el interior de esta cueva.

Lo siento por ti, amado Hemón. Éramos una mujer y un
hombre soñando
ritos nupciales, banquetes y tálamos.
Otro será mi novio ahora, vendrá desde la oscuridad,
y comeré mi manjar, este aire,
y me tenderé sobre esta piedra que ese último día me parecerá
de plumas.

NARRADORA

DESDE la madrugada,
Hemón camina porque camina, va y viene
a ninguna parte
y sólo se detiene a mirar la montaña donde se consume
Antígona.

¿Qué ha sucedido en mi patria
para que ojos tan jóvenes miren con tanta amargura?

Anoche Hemón tuvo un sueño insensato:
Se vio repentinamente muerto
por una dorada flecha disparada por algún dios
 compadecido,
y así atravesado y finado
entró en sueños en la cueva para buscar entre las sombras
la amada sombra de su prometida.

La luz del alba le advirtió que soñaba, y odió la luz.
Se puso de pie y empezó a caminar al gairete: igual
le era pisar yerba, piedra o grava.

Una pregunta le maduró en su deambular:
¿hasta dónde debe ir el amor por un padre? ¿Debemos pagar
esa deuda de origen
aun con la aceptación silenciosa de sus injusticias?

Hemón sabe que es pregunta rebelde, pero la lleva en el gesto mientras sube a hablar con Creonte.

CREONTE

Hijo mío, oí rumor de tu despecho por tu frustrada boda,
pero mírame: soy rey y padre, pero no dos personas, no uno
inflexible
y otro blando.
Mi firmeza de casa debe prolongarse a todos los rincones de
la patria
donde debo ser obedecido en lo pequeño y en lo justo,
y aun en lo que no lo es.

Engendrar hijos es un riesgo, Hemón.
Los que salen cortos de alma
sólo sirven para burla de los enemigos,
pero yo estoy confiado contigo, te di sentimientos fuertes
y sé que no podrán disolverse ante la apetencia
por el placer de una mujer.

Sepas, además, que sería sospechoso si no gélido
el abrazo desnudo de aquella que se ha portado enemiga
de nuestra estirpe.
Deja que ella encuentre un novio en el Hades
y tú, hijo mío, busca entre otras doncellas
otros campos donde labrar.

HEMÓN

Muy extraño es ser hijo de un poderoso.
Te escucho decir palabras domésticas de padre
juntamente con órdenes y leyes de rey.

Y privilegio siento en no verte
como el alto gobernante que a otros intimida.

Te pido permiso para usar ese privilegio,
y decirte lo que escucho en las calles, entre las sombras:
toda la ciudad llora a Antígona.
Los sencillos ciudadanos censuran la afrentosa muerte
que le estás dando. Dicen:
“aquella que no consintió que su hermano fuera pasto de
perros
¿no es acaso más digna de alcanzar honra que castigo?”

Óyelos, padre.

Yo quisiera para ti toda la sabiduría del mundo, pero los
dioses
todavía no han creado a tal hombre.

No imites a los soberbios de mil talentos que cuando se les
casca
son hueros.

Oye a los sencillos ciudadanos, padre.

Que no te sea humillante el aprender de ellos.
Que tus leyes no sean de tu solo arbitrio, porque no es patria
lo que es posesión de un solo hombre.

También oye a los dioses. Mira la noche
porque en el silencio estelar,
ellos piden que no olvides ni pisotees sus derechos sobre los
muertos.

Oye a todos, padre, y cede,
y revoca la dura orden para que todos celebremos la paz
y Antígona la luz.

NARRADORA

LAS vivaces cabras saltan de peña en peña
y se aparean
sin sospechar que en el vientre de la soleada montaña
hay una cueva
que es cárcel perpetua y tumba y tálamo.

Hasta allí no penetra el sagrado ojo del día
ni el llanto de amigos y parientes. En ese silencio
la muerte laboriosa envuelve a la joven condenada
en un denso capullo de sombras.

ANTÍGONA

YO quise ser la justa enterradora
y ser enterrada es el premio que he recogido.

Padre mío,
madre mía,
hermanos Etéocles y Polinices, ya siento que toco las manos
de ustedes
que las alargan hacia mí desde el otro mundo.

Moriré sin cantos de himeneo
ni caricias de esposo
ni crianza de un niño. Sólo he llegado a ser hija y hermana
grata,
recíbanme como tal.

Curiosa es mi muerte. Mi cuerpo joven
no tiene destructora ni cruel enfermedad,
y aquí no espero el imposible golpe de una espada ciega
para que yo muera regando mi sangre.
Me estoy acabando lentamente: en la misma medida que
consumo la vida
entra en mí
y crece
el dulce abandono que llamamos muerte.

NARRADORA

UN extranjero que cruzara Tebas de paso
vería un pueblo de orden, un rey que gobierna
y un pueblo que labora calmo.
No vería las turbulencias debajo del agua mansa.

¿Quién le diría
que una muchacha está muriendo por piadosa?

¿Quién le informaría
de que el joven iracundo que sale de palacio se arrancaría la piel
si con ello dejara de ser hijo del rey?

Y ahora sospechemos que serán más duras las secretas
correntadas
porque ahí viene Tiresias, el anciano vidente: mala señal
es su caminar agobiado, que no es por edad sino por el peso
de sus presagios.

Los dioses le dieron a Tiresias una paradoja:
lo cegaron para que viera más lejos,
y así va, confiando sus pasos a un lazarillo, ante Creonte.

TIRESIAS

Tú puedes jurar, rey, que tu trono está sobre amplias bases de
mármol.

Yo lo veo al borde de un abismo.

Escúchame:

Están ocurriendo sucesos para el temor.

Los mil pájaros de mi árbol, pájaros de algarabía,
fueron expulsados por grandes aves llenas de cólera
que hicieron del árbol campo de batalla
donde esgrimían garras para sangrarse cruelmente.

Al no comprender esa violencia, acaso
figuración de otra venidera,

yo corrí a ofrecer sacrificios en el altar. Puse sobre el hornillo
las ofrendas habituales, frescos húmeros de oveja y buey, y
pequeñas vejigas
de hiel,

y todo untado con grasa para avivar el fuego,
pero, ay, el fuego no levantó sus lenguas,
y la grasa se derritió gota a gota sobre el rescoldo dando gran
humo, y la hiel
salpicó el aire oscuro y atosigante.

Dime, Creonte ¿por qué los dioses rechazaron mi sacrificio?

Y asimismo es en todos los altares, y es casa por casa
como una peste. Y aves y perros llegan a los hornillos
como siguiendo una orden
y los atestan con piltrafas arrancadas del cadáver de Polinices.
¿Acaso es necesario mi arte de vidente para interpretar tales
signos?

Tú retaste a los dioses, pero todo Tebas paga tu insolencia.

Me retiro pidiéndote que no punces más al cadáver.

Entiéralo.

Que se diga que fuiste valiente corrigiendo tu yerro
y no valiente volviendo a matar al que está ya matado.

XVII

NARRADORA

NADIE alrededor. Creonte está sentado solo en el centro del gran salón.

Se mira en el espejo
y ve un hombre irritado tomando vino.

Y nadie alrededor.

El vino es de las cepas reales,
pero sus pensamientos caen en el vaso y la bebida se tuerce.

Y nadie alrededor.

CREONTE

¿Quién no está contra mí?
¿Hemón, mi hijo subyugado por una vil mujer?
¿Tiresias, el viejo adivino, que me culpa de las llamas muertas

en los altares
sin ver la hartura de los dioses que ya no desean las ofrendas

de los pusilánimes?
¿Quién no está disparando flechas contra mí?

¿Quién no me trajinaría como mercancía si hubiera
comprador?

Pero una vez más digo: a Polinices
no lo enterrarán nunca en un sepulcro
aunque las águilas
le arranquen piltrafas y las lleven hasta el mismo trono de
Zeus.

XVIII

NARRADORA

TIRESIAS, el anciano de los ojos muertos,
convierte todo su cuerpo en un enorme ojo, no para ver lo de
 hoy
sino lo de mañana.

Anoche no pudo entrar en el sueño
y estuvo mirando calamidades
que el tiempo está trayendo rápidamente hacia Tebas.

Apenas sintió el sol del amanecer en su vieja piel
puso la mano sobre el hombro del lazarillo
y enrumbó por el camino de palacio. Lleva premoniciones,
hechos espantables
que ya no puede contener en su boca.

TIRESIAS

Otra vez he venido hasta ti, Creonte, para pedirte que hagas
 humilde silencio
y escuches cómo vienen
las Furias del Hades
y de los dioses. Se acercan
veloces y vengadoras, y tú eres la presa ineludible.

Tú, porque crees que tu crecido poder alcanza para gobernar
otros mundos.

Tienes retenido a Polinices en el mundo de abajo,
perteneciendo,

como todos los muertos, al mundo de arriba.

Y en un juego contrario,

tienes en una cueva, que es tumba de muerto,

a Antígona, que aunque desfalleciente, aún es viva.

Anoche me llegaron imágenes de tu desastre. Quise alejarlas
bañando mi frente con agua fresca, pero volvían
una y otra vez. Vi

la terrible cobranza de los dioses: entre todos se llevaban
un ser surgido de tu propio ser, el más querido.

Y aun ahora que hablo contigo

me viene un largo olor de sangre, un olor adelantado, tal vez
de mañana.

Evita, Creonte, el vuelo de las Furias, haz que desistan
de su desquite

y regresen a sus mundos. Deja tu ceguera

que es peor que la mía, porque no es de ojos de carne sino de
soberbia

y escúchame:

ya sabes que el consejo es mayor cuando aparta el peor de
los males,

y este que te dejo es de los mayores: entierra al muerto

y libera a su fiel hermana, y prontamente
porque cada hora
la sangre que viene hacia ti huele más próxima.

X I X

NARRADORA

No hay peor tortura que la propia imaginación
y Antígona no cesa en mi mente.

La veo esperando que se forme una imposible gota de agua
en la piedra árida
y caiga en su boca sedienta,
o tanteando en ese mundo inhóspito una yerba amarga
para su infinita hambre,
o pronunciando lentas palabras para que su propia voz la
acompañe
mientras entra en el letargo
doblándose sobre sí misma como una figurilla de cera.

ANTÍGONA

*(Habla como lejana y jugando con una cinta de seda que ha desatado de su
cintura, la enrolla y desenrolla en su brazo)*

Soñé que amanecía. Qué absurdo,
soñé que amanecía.

Tal vez el amanecer esté encima de la montaña,
pero no tendrá la luz esplendente de mi sueño.

La luz que vi era otra
y yo quería entrar en ella y disolverme en su liviandad.

Ay si ese fuera el camino para entrar en el Hades, y ser luz
repentina, cuerpo huido de este suplicio
largo y perverso.

Ay si pudiera tomar ese camino, esa puerta rápida, ese atajo.

X X

NARRADORA

DESDE temprano
los clarines reales han llamado a la población a las puertas de
palacio,
pero los tebanos, antes sólo gente de acatamiento, hoy
han traído algo para enrostrar. Gritarán
que sus altares siguen inservibles, ahogados como están los
fuegos
por las piltrafas de Polinices.

Pero Creonte los ha sorprendido. Ha salido al atrio
con otro rostro. Nadie sabe si por la razón o el miedo,
pero comparable está a un pescador que ha desatado cien
nudos
toda la noche
y a la mañana siguiente ve satisfecho y en paz su cuerda lisa.

Cien nudos toda la noche, y nadie sabe si desatados
por la razón o el miedo.

CREONTE

Pueblo de Tebas:
dar una orden y luego suspenderla no debe ser costumbre de
gobierno,

pero si la dicha orden trae zozobra
y la insistencia en ella
puede estrellar al pueblo y a mí mismo contra la fatalidad,
es hora de revocarla.

Ustedes esperaban íntimamente esta decisión. Que sus
corazones entonces
se alegren este día
porque doy licencia para que vayan a hacerle entierro al muerto.
Llévenle
entre cantos
su derecho a ser cobijado por esta su tierra nativa.

Yo voy a hacer el gesto contrario. Marcho a la montaña
a destruir el sello de piedras
que enclaustra a Antígona y la aleja
de la luz
y del amor de mi hijo Hemón, que hace días me sesga su
mirada.

Vayamos pronto,
y que los dioses se complazcan viéndonos trabajar en ello.

NARRADORA

EL sello de piedras estaba roto
y el recién llegado Creonte miró el forado incrédulo y
 ofendido,
y abrevió
para los cielos y la tierra
toda su rabia en una pregunta: “¿quién el atrevido?”, gritó.

Por el forado, más hechura de zarpas desesperadas que de
 manos humanas,
entraron guardias con antorchas y el rey con su cólera.

Y avanzando hacia el fondo oscuro
vino hacia ellos un sobrecogedor lamento. Era la voz
de Hemón,
pero Creonte la negó diciendo que era cruel burla de los
 dioses.

¿También quisiste negar, rey, la imagen que las antorchas
 iluminaron?

Antígona colgando de su fino cuello, enlazada
por una cinta de seda roja a la saliente de una roca,
Hemón abrazando su cadáver por la cintura, llorando
su demorado atrevimiento para romper el sello.

Cuando el joven sintió la luz, volteó el rostro y más fuego
que en las antorchas había en sus ojos.

El rencor produce una saliva ácida, y con ella
ensució la cara de su padre
antes de atacarlo con el doble filo de su espada. El hijo
sólo hirió el aire, el sitio vacío
que había dejado el esquivado y ágil cuerpo de Creonte.

Burlado en su ataque, Hemón levantó la espada
y se la hundió a sí mismo en la mitad del pecho. Feroz signo
de ira contra su propio padre.

La vida sólo estuvo con él el tiempo que necesitó para girar,
abrazar a Antígona
y mojar las mejillas pálidas de su novia con la sangre que le
subía a la boca.

Oh dioses, en las paredes de la cueva, sus sombras
eran las de dos jóvenes ceñidos
como en día de boda.

NARRADORA

LAS muertes de esta historia vienen a mí
no para que haga oficio de contar desgracias ajenas.
Vienen a mí, y tan vivamente, porque son mi propia
desgracia:
yo soy la hermana que fue maniatada por el miedo.

Antígona entró en mi casa como un airado y súbito fulgor
y me habló así: “Ismene,
quiero que tus manos me ayuden a sepultar el cadáver de
nuestro amado hermano,
confío
en que habiendo nacido noble
no te haya ganado la villanía”.

Sus palabras ardían,
pero yo tenía el ánimo como el de un pequeño animal
encogido,
y sabiendo que le asistía razón,
le dije que deliraba, que un aire de locura le había golpeado
la cabeza.
Era el miedo, Antígona, porque la muerte sería nuestro pago
por enterrarle.
Ven, hermana, te rogué, mejor pidamos a los muertos que nos
dispensen

y que prevalezcan sobre nosotras las órdenes de los poderosos
vivos,
pero me reprochaste, dijiste: “busca tú, Ismene,
la aprobación del mundo del tirano, yo iré tras la gracia
de los dioses”, y te fuiste
a la colina de nuestro muerto.

*(Abre un atado y descubre la mascarilla mortuoria de
Polinices. Entre las pausas de su parlamento le hace tres
libaciones)*

Antígona,
¿ves este mundo de abajo?
El palacio tiene ahora un profundo silencio de mausoleo
y desde ahí nos gobierna un cadáver que respira, un rey
atormentado
que velozmente se hace viejo.

Hermana mía, mira:
este es el rostro de nuestro hermano antes de los perros
y los buitres y la podredumbre,
y estas libaciones tardías son de mi pequeña alma culposa.

En tu elevado reino
pídele a Polinices que me perdone la tarea que no hice a
tiempo
porque me acobardó el ceño del poder, y dile
que ya tengo castigo grande:

el recordar cada día tu gesto
que me tortura
y me avergüenza.

Telón.

HABITÓ ENTRE NOSOTROS
(2002)

A la memoria de mi padre

*Y el Verbo se hizo carne
y habitó entre nosotros.*

JUAN 1, 14

LA NATIVIDAD

Esta es tu patria, hijo mío,
un establo donde tu madre
ya duerme
de regreso a nuestra especie:
hasta ahora
ella era un animal mítico: el vientre
avanzado
y habitado
por Ti, entonces voraz nonato,
que le consumías hasta los huesos.

Soy un hombre añoso, he visto
todo. Sin embargo,
me sobrecoge mirarte, mi recién nacido:
a pesar de las madres
todo niño está abandonado
sobre la vastedad de una tierra callada.

Tu madre,
muchacha todavía sorprendida
por Ti, no cantó
una canción de cuna. Mirándote
solo murmuró inacabablemente:
es espantoso esperar de Él
lo que esperan.

EL BAUTISMO

YO grité en el desierto
que vuestros pecados eran gordos como puercos.

Vengan al Jordán. Aquí estoy
como árbol que resiste la corriente.

Inclínense
ante el ardor que el Padre ha puesto en mí
y quedarán limpios como los niños
que esta mañana retozan en el agua.

Pero Tú ¿por qué vienes a mí, Señor?
Tú no tienes pecados, excepto
acaso una marca de nacimiento:
la fijeza del Padre
que vive en un solo y eterno día.

El río
te dirá que el caminar de los hombres es continuo
e inevitable.

Por eso te bautizo, rogando
que cuando dejes el agua
te acompañe
el espíritu fluyente del río, su transcurrir

en el tiempo
hasta el día en que los cielos
se abran nuevamente para Ti.

LA TENTACIÓN EN EL DESIERTO

LOS pastores de cabras
que cruzan el desierto
siguiendo largos caminos invisibles
te miran compasivos. Adivinan
que en tu quietud, recostado en la roca,
mientras ninguna hora avanza,
desmoronas igual que el sol a las piedras
las palabras del mal.

Cuando regresen de sus valles de pastura
(en la aridez
sonará como agua la alegría
de los cencerros) ya no estarás. Solo hallarán
en la roca
la huella de tu espalda,
negra,
como si hubieras ardido.

EL DESCANSO EN LA FUENTE

SAMARIA, tierra poco amiga, míralo
sentarse junto al pozo, solo,
derrotado por los desiertos.

Olvidado de su sed, ensimismado, observa
los trigales sin viento,
las ovejas dormidas
 en la colina, las inclinadas hojas
de humildes hortalizas,
el reflejo del agua profunda
 abrillantando su ropa. En el mediodía
todo alcanza la limpieza de su origen,
 su tranquila plenitud.

Ha encontrado una hora única e infinita, y está
 entrado en ella. Ahora
Él está convencido:
 su eternidad es posible.

Dale ya de beber, samaritana.

EL ENDEMONIADO

VINO el mal y calzó perfectamente
en mí
como una perversa lucidez.

Mis ojos vieron cómo se desata
el rencor
en todas las cosas. Todo
se tuerce
como la boca de la gente, o se agesta
o se va de uno. Se van
la cuchara de mi mesa, mi mesa, mi casa,
las calles, la ciudad, mi patria,
y quedo yo solo
cada día, cerca de los cerdos, abrazado
a esta piedra / que no ama.

Por eso lloro y me revuelco ante Ti. Dame
de tu infinito aire de salud.
Cúrame,
pero no totalmente,
déjame un pelo del demonio en la mirada:
el mundo
merece sospecha
siempre.

EL CIEGO DE JERICÓ

QUÉ aturdimiento y qué maravilla:
cuántos rostros, cuántas miradas, pero
¿quién es aquel que me ha curado?

La gente se separa prontamente de Ti
como eximiéndose
del terrible poder de curar.

Quedas Tú solo, decantado, pero natural,
pero ciudadano, pero no más.

Entonces hablas
y tus palabras tienen un aleteo dorado,
una resonancia
que el idioma rehúsa poner en otras bocas.

Señor, cuántos rostros, cuántas miradas:
que todas sean benévolas
y no se tuerzan cuando Tú te vayas.

MULTIPLICACIÓN DE LOS PECES Y PANES

SEÑOR,

Tú sabes que bajo los cielos nunca sobran
hombres diestros en redes y sembríos. Cuando
escogiste a tus discípulos
sabías que con ellos diezabas
nuestros alimentos de mar y de campo.

Yo voy entre la muchedumbre que te escucha.

Vienes

como un relieve de luz en la luz
y no hablas como los viejos profetas
de ceño adusto:

Tú cuentas historias sencillas e inquietantes.

Esta tarde

cuando empezábamos a comprenderte
vino el hambre sobre la multitud,
y no había nada en las espuertas de mimbre.

Pero Tú, hombre justo, restituiste al mundo
los alimentos
que los doce pescadores y campesinos
ya no producían:
tus manos fueron el mar y fueron el campo,

y todos fuimos saciados
porque de tus palmas
nacieron en abundancia peces plateados
y dorados panes de trigo.

LA ADÚLTERA

LA frase, la limpia precisión de su lógica,
detuvo el tumulto.

Ellos,
apretando quietamente la piedra empuñada,
obedecieron sin poder oponerse
la orden de la frase: mirarse
en las simas de sí mismos.

En el corro acallado
empezó a obrarse el milagro. Dicen
que Él realiza prodigios increíbles. Este,
tan esencial,
quizá sea el menos proclamado: hizo
que aceptáramos nuestras vilezas
con honestidad.

Por ese milagro
no fui lapidada. Como si hubieran pasado siglos
las piedras violentas cayeron de sus manos
convertidas en suave arena.

RAZÓN DE LAS PARÁBOLAS

LA Palabra

siendo como es, divina, se pronuncia
con lengua de hombres,
 lengua efímera pero tocada
por una gracia: la parábola,
 aquella pequeña historia
que guarda una serena ansia: ser de todos.

Por eso hablo así, hilando
La Palabra en vides, en semillas de mostaza,
en trigo
y aun en cizañas y pedregales, cosas de la gente,
de sus manos,
que luego suben como un destello
 a sus límpidas mentes.

Olvidé otra ansia de la parábola:
 durar. Recordadas sean por siempre
todas
porque todas son una, La Palabra,
 que por ahora soy yo.

EL SEMBRADOR

Las semillas brillaban en mi alforja, cada grano
parecía vivo. La misma luz
hacía más ominosos a los cuervos que me sobrevolaban.

Me libré de ellos arrojándoles puñados de mi precioso grano.

–Regalo inútil –me dijo el hombre que me observaba
apoyado en el cerco de mi campo - *el dios*
de esas aves es del solo comer y defecar.

Empecé a sembrar. El límite de mis tierras es un pedrerío
y allí cayó mi torpe y primera siembra.

–En las grietas húmedas asomarán pequeñas plantas,
regocijos de un día,
cuyos pies no podrán con la piedra –dijo el hombre.

Luego arrojé semillas entre los cardos
que mi pereza no había arrancado. Fue
un gesto contra mí mismo.

No convive el trigo con el cardo –me advirtió el hombre–
las plantas no podrán huir
cuando la carne les sea hincada hasta la muerte.

Y llegué a la tierra barbechada.

Hice el voleo como se ofrecen zalemas a un dios.

–*Tendrás el granero lleno* –me aseguró el hombre, y
antes de marcharse, sonriendo suavemente
me dijo: *eres una parábola.*

MARTA Y MARÍA

QUERIDA Marta:

Debo decirte que

la palabra miente una fijeza, una suspensión y
que no la cruza el miedo del acabarse luego.

Deja en esa felicidad a tu hermana, acurrucada
en Él y sus palabras.

Por lo demás,

todos esperamos tus vituallas de fogón, aun Él,
porque incluso La Palabra hace silencio
y el estómago suena.

Qué raros dones juntas, Marta, belleza y diligencia.

Y sabiduría:

cuando encendiste el fuego,
te vi poner debajo de leños nuevos
el leño que ayer apagaste. Sabías
que éste ardería con más deseo que los intactos.

Sí, Marta,

siempre hay un aprendizaje
para consumirse.

RESURRECCIÓN DE LÁZARO

EL poder de su voz venía del convencimiento
de que él era Él,
y así llegó hasta tu sello de piedra
para ordenar que tus carnes entraran nuevamente
en el tiempo.

Y ahora limpia el atroz perfume de la muerte
en agua clara y fresca: lava tus largas vendas
en la corriente del río
como los pobres desaguan los interminables intestinos de ganado
que guisan y comen,
y luego enróllalas
y guárdalas.

Sé, pues, precavido
porque nadie sabe hasta cuándo durará el terrible
milagro.

Él dijo que te levantarás y no dijo más, ninguna promesa.

Tal vez solo tienes apurados días
para contemplar con tus ojos de carne rediviva
a tus hermanas comiendo pan y mollejas.

Debo decirte, Lázaro,
que aquí en Betania ya no tenemos noticias del Milagroso.
Sin profetas nos sentimos muy solos.

Cuando retornes a tu sepulcro
no volverás a escuchar
su voz impertinente detrás de la piedra.

LAS LLAVES DEL REINO

NO soy un endemoniado, Señor, mas
desespero
buscando un llano lugar donde vivir.

¿Es el cielo como el campo deleitoso
donde hacen el amor los campesinos,
heno, hierba, frutas doblando una rama
y el propio corazón como un bien
finalmente poseído?

Dicen que le diste a Pedro las llaves del Reino,
¿son rigores o fuegos o llantos infinitos las llaves?

De mi cinto solo penden llaves inútiles, espaditas
ridículas
que coinciden con una sola cerradura,
la de la puerta de siempre,
la del solo y triste y repetido entrar o salir.

Ya impaciente, Señor,
te pido que me señales, no el Reino
de la promesa
sino un sencillo cobertizo, un buen recaudo
donde pueda dormir
ovillado
alrededor de mis pobres pelotas.

EL MERCADER

LOS criadores de ganado
traen sus propios corderos de sacrificio.
Él apareció en el atrio
como un cordero de nadie, pero su blancura
era de una región más noble (lo imagino
entre interminables pastos azules).

Todas las ofrendas de la vendimia, aves y crías,
no ganarían las indulgencias
ni los perdones
de este Cordero, pensé.

Bajó hacia nuestras ventas. En ese instante
la luz
lo encumbró como la única ofrenda viva, la gratuita,
la suficiente,
la ya sufriente. ¿Por eso,
furioso, rompió jaulas, desató crías
y nos expulsó del templo?

Yo vi: la cólera
es una rara belleza cuando enciende a un animal
tan albo.

LA ÚLTIMA CENA

YO dispuse sobre la larga mesa los alimentos
de la Pascua.

Soy vieja y sé quién está coronado por la muerte. Era Él.

No me atreví a consolarlo
porque mirando por la puerta la triste noche de Jerusalem
empezó a destazar para sus discípulos
el gran pan
como si fuera un animal de trigo.

Abandoné discretamente el comedor cuando Él decía:
cada pedazo de pan que reciben soy yo.

Uno de los doce preguntó:
¿estás empezando una parábola, Maestro?

Afuera pensé: ¡qué poco avisados sus discípulos
que no ven que el hombre está coronado por la muerte
y que pan o carne es lo mismo!

Cuando se marcharon
mi vecina me acusó de exagerada e imaginera:
Él siempre habla con símbolos, me dijo;
pero en el comedor vacío, entre las migajas y el vino,
percibí el límpido olor de una herida.

ORACIÓN EN GETSEMANÍ

LOS olivos nunca crecen con decidido afán
de cielo, irguiéndose rectos y sin dudas.

Los olivos se retuercen nudosos y ásperos
como gente atormentada.

Entre ellos viniste a recogerte como una grave montaña.

Ranas y pájaros te ven de rodillas y desolado
y luego vuelven a sus asuntos:
las ranas tras los insectos
y los pájaros a cantar su celo: esa es la soledad,
cuando todo está desacordado de uno.

¿Percibes ahora, Señor, lo que el enfermo que despierta
de madrugada
y siente que la soledad le entristece cada órgano,
y la noche y su pesar
le parecen más vastos que Dios?

Entre los olivos, Tú eres el destinatario
de tus propias bienaventuranzas,
pobre de espíritu, hambriento, lloroso, sediento
de justicia y con el rumor de una persecución.

Tal vez nunca has estado más cerca del Padre.

Ya estás en el Padre.

La muerte que se acerca
será solo una sangrienta anécdota.

LOS DISCÍPULOS DORMIDOS

TE esperamos, Señor, como un rebaño exhausto
al pie del monte.

El día es un largo ajeteo junto a Ti.

Tus prodigios nos ponen en un mundo distinto. Cuando
vemos que resuelves tan fácilmente
los imposibles, el esfuerzo
por permanecer Pedro, Juan, Andrés o Santiago
es agotador.

Somos de la tierra, Señor, pescadores y labriegos,
y sin alas.

Sólo dormir nos aligera.

Cuando subiste a hablar con tu Padre
entre los olivos,

no velamos ni oramos, nos tendimos en la yerba
porque el día ya estaba cumplido en nuestro cuerpo.

No reproches

tan acremente nuestro sueño, Señor,

el sueño nos eleva a otra esfera, fabulosa,

como la que viene contigo cuando amanece.

NEGACIÓN DE PEDRO

FRENTE a la multitud y su grito
¿por qué tu cuerpo
 que tenía apostura de árbol afirmado
en la mejor tierra
 es ahora carne de vejaciones?

¿Por qué tus brazos
que se alargaban para curar, resucitar
y calmar tempestades
 están recogidos y llagados?

Señor,
vuelve pronto a tus poderes
 porque tu debilidad
me convierte a mí en un animal pequeño
 y asustado.

Así, disminuido, camino cerca del pretorio,
embozado el rostro y vuelto
 hacia las paredes. Todo
se desmorona a mi alrededor.

Si mi alma ahora te niega como lo anunciaste
no sé si será por miedo
o por esta desesperanza
 que mejor nombrada es cólera.

JUDAS

SER fiel

como un perro seguidor era mi más íntimo
regocijo: sabía que me guiaba el mejor.

Podía copiar sus movimientos, iguales músculos
y huesos se movían en mí,
y su huella
en la yerba o el barro
no era más profunda que la mía.

Cómo no amarlo entonces: Él era el Hijo de Dios
y me concedía su semejanza.

De otro modo no hubiera podido amarlo
ni acompañarlo con serenidad de hermano.

Ay, pero yo ignoraba que era campo de pruebas.
El divino azar hizo rodar entre doce hombres
el huevo de la serpiente. Anidó en mí.

Yo amaba al albo cordero
pero tuve que entregarlo como cordero de sangre.

Y ahora, colgado en el viento, sepan
que no tuve el valor de perdonarme.

JESÚS ANTE PILATO

COMO brasa recibida en unas manos
e inmediatamente devuelta, así
quemante
vas.

Ningún poder quiere tocarte, excepto
la insolente muchedumbre. Seducida
grita
que te crucifiquen.

Ahora,
aligerado y puro como pluma puesta de pie,
miras
cómo se cumple el mal: qué pronto
qué puntualmente
los hombres
son turba.

LA CRUCIFIXIÓN

ELEVADO en la cruz, hijo mío,
te haces cada vez más vertical: tu cabeza
injurizada por espinas
ya toca las más altas nubes.

No te puedo alcanzar, no puedo
cerrar tu herida con mi mano,
y la sustancia dorada
que te dio el Padre
te sigue abandonando por la lanzada.

Al aire han vuelto los olores
de tu nacimiento. Ay niño mío,
crucificado desde siempre,
tu sangre cae
y quema la tierra
y quema los siglos. El tiempo de los pobres
y el tiempo de los reyes,
con su cada hora, tendidos,
están ardiendo a tus pies.

Mañana todo será nuevo,
menos este dolor infinito. Y no hay consuelo,
sólo una pregunta que grito
y acaso Tú reprochas:

¿Era necesario
que la carne de mi carne
sea entregada como alianza
entre la ingrata tierra y el cielo?

EL DESCENDIMIENTO

NO otra cosa ha sucedido aquí
que la muerte del hijo de María. Vean:
 el cuerpo solo se impone sobre nosotros,
no necesita ninguna otra grandeza.

La ciudad atardece a lo lejos y
a espaldas de nosotros.
Nos sentimos abandonados. La madre,
la que le dio carne,
 no madera, no mineral
sino carne,
la más extraña y débil de todas las sustancias, llora
 tan desconsolador trabajo.

Sé que ahora me desmienten, pero yo oí la voz
del muerto
susurrando:
subiré hasta mi Padre con este mismo cuerpo, e incorrupto.

¿Incorrupto, y sin sudores ni llagas, otra vez limpia carne
de leche?

Entonces
verdaderamente éste era el Hijo de Dios.

LA PIEDRA ALADA
(2005)

A la memoria de mi hermano Juan.

*Quando lleguéis a viejos, respetaréis la piedra,
si es que llegáis a viejos,
si es que entonces queda alguna piedra.*

JOAQUIN PASOS

LA PIEDRA ALADA

LA PIEDRA DEL RÍO

DONDE el río se remansaba para los muchachos
se elevaba una piedra.

No le viste ninguna otra forma:

sólo era piedra, grande y anodina.

Cuando salíamos del agua turbia
trepábamos en ella como lagartijas. Sucedió entonces
algo extraño:

el barro seco en nuestra piel
acercaba todo nuestro cuerpo al paisaje:

el paisaje era de barro.

En ese momento

la piedra no era impermeable ni dura:

era el lomo de una gran madre
que acechaba camarones en el río. Ay poeta,
otra vez la tentación

de una inútil metáfora. La piedra
era piedra

y así se bastaba. No era madre. Y sé que ahora
asume su responsabilidad: nos guarda
en su impenetrable intimidad.

Mi madre, en cambio, ha muerto

y está desatendida de nosotros.

LA BOCA

EN la encañada
había piedras como huesos de un animal prehistórico
que se desbarató
antes de alcanzar nuestro valle.

Un gran cráneo
quedó detenido en la pendiente con la boca abierta
y el resto del cuerpo se dispersó hacia el río.

Yo trepaba la pendiente
y me detenía frente a esa boca, una oquedad
donde el viento se huracanaba,
y escuchaba
murmullos, palabras que se formaban a medias
y luego, sin decir nada, se diluían.

Nunca hubo una frase clara. La boca
como un oráculo piadoso
trababa sus propias frases ante el niño:
lo sé ahora
y le agradezco la vida ciega.

EL ÁRBOL

Para Alicia y Lucho Delboy

EN el bosque que bordea la carretera
un árbol ha desenterrado una de sus poderosas raíces
para abrazar una peña blanca.

La tierra no le fue suficiente:
la raíz es una extremidad
donde el árbol se apoya para subir aún más alto.

No conozco el nombre del árbol
pero sus largas ramas caen lacias y rápidas
como una cascada
sobre la peña.

El árbol sube y cae al mismo tiempo,
pero para nuestros ojos
este doble movimiento es uno solo.

Cómo te lo digo: para el lenguaje
subir y bajar son dos conceptos enfrentados
y nunca se funden.

Mejor ven a la carretera,
la mismidad del doble movimiento del árbol
sólo se resolverá limpiamente en nuestros ojos.

LA PIEDRA ALADA

EL pelícano, herido, se alejó del mar
y vino a morir
sobre esta breve piedra del desierto.
Buscó,
durante algunos días, una dignidad
para su postura final:
acabó como el bello movimiento congelado
de una danza.

Su carne todavía agónica
empezó a ser devorada por prolijas alimañas, y sus huesos
blancos y leves
resbalaron y se dispersaron en la arena.

Extrañamente
en el lomo de la piedra persistió una de sus alas,
sus gelatinosos tendones se secaron
y se adhirieron
a la piedra
como si fuera un cuerpo.

Durante varios días
el viento marino
batió inútilmente el ala, batió sin entender
que podemos imaginar un ave, la más bella,
pero no hacerla volar.

LOS BUEYES

ESTUVIERON desde siempre aquí, emergidos
de la tierra. Son el asomo
de rocas más profundas. Las moles dibujan,
sin perfección escultórica, toscamente,
dos bueyes de piedra,
no en yunta concordada
sino frente a frente, los cuerpos
dispuestos
para el arranque agresivo: un aire de fiera enemistad
los connubia, los une
eternamente.

Los bueyes dan nombre a este recodo del valle
donde levantan sus lomos grises
entre infinitos cañaverales.

Cuando la zafra,
el fuego los pone en el centro del infierno. Ellos,
inmutables, son anteriores al fuego.

¿Desde cuándo no cejan sus voluntades?
¿En el principio del mundo
volaron como dos rocas estelares,
agredándose
porque entonces ya pulsaba la cólera?

Se plantaron aquí,
pero éste no es un lugar para resolver desafíos:
ya crece otra vez el inocente retoño de la caña
que detiene, que diluye, que sosiega
todo rencor.

JARDÍN JAPONÉS

LA piedra
entre la blanca arena rastrillada
no fue traída por la violenta naturaleza.

Fue escogida por el espíritu
de un hombre callado
y colocada,
no en el centro del jardín,
sino desplazada hacia el Este
también por su espíritu.

No más alta que tu rodilla,
la piedra te pide silencio. Hay tanto ruido
de palabras gesticulantes y arrogantes
que pugnan por representar
sin majestad
las equivocaciones del mundo.

Tú mira la piedra y aprende: ella,
con humildad y discreción,
en la luz flotante de la tarde,
representa
una montaña.

LAS PIEDRAS DE MI HERMANO VALENTÍN

*Nuevas recién llegadas de Pingyin
me informan que mi hermano vive todavía.*

TU FU

DESPUÉS que Juan murió abrazando
su atormentado vientre,
tú eres nuestro hermano mayor. Necesitamos
un hermano mayor
por cuestiones de responsabilidades
de la memoria.

Sé que tú durarás más que nosotros
porque en nuestro pueblo
sólo el río
que te da aire fresco y camarones
va rápido. La vida
transcurre como una lenta ceremonia
y el tiempo es más medido.

Cuídate. No bebas demasiado
cuando mis mentirosas palabras
aparecen en los periódicos. Cuídate, sigue
buscando esas piedras calientes
tan benéficas para tu panadizo de próstata.

Felizmente nuestro pueblo sólo tiene piedras y barro.

FREE RUN

EN medio de la limpia llanura, el cerro.
Sus enormes volutas de piedras encimadas
parecen hervores del infierno.

Llego hasta él
por una senda de cabras. Vengo a ver
sus petroglifos, esa persistencia del hombre
en la piedra.

De pronto, precediendo una estela de polvo,
llega una camioneta
inexplicable en estos lugares desolados.
Todo empieza a ser insólito: dos muchachos,
como apariciones, bajan en pantalonetas
y comienzan a trepar ágilmente el cerro. Al parecer
sólo los mueve la alegría de sus músculos.

Saltan de una saliente de piedra a otra,
a las sucesivas otras, la escala
de su alegría. Pienso
en la difícil armonía entre el obstáculo
y el cuerpo,
tal el diestro frente al toro
o el poeta frente al poema: se muere
por la disonancia de un pie en falso.

Los muchachos desaparecen en las alturas.

Yo permanezco feliz
en mi lenta esfera
donde respirar es una acción tan intensa
como el impulso
de cualquier bella máquina en movimiento.

EL FÓSIL

LA vida en ti fue un pez de 20 centímetros.
Tu remoto latido, hoy petrificado,
vive ahora en mi cuerpo
tan inverosímil como el tuyo.

Tú ya no puedes mirarte ni mirarme, no sabes
lo extraño que es ser pez u hombre.
Somos, te digo, inverosímiles, caprichos
de una madre delirante
que cuaja infinitas e insensatas formas en el mar
y la tierra.

El ruido alegre de los niños en el museo
que se empinan a mirar otros fósiles
interrumpe mi habitual pesimismo,
y me entenece:
después de todo, pescadito,
tal vez alguna razón existe.

PIEDRA DE COCINA

1

Esto sucede en la cocina cada domingo:

mi hermana secciona en presas

tiernos cabritos o conejos.

Los animales, despellejados sobre la tabla,

proverbialmente vivaces y elásticos,

parece que guardaran memoria de su muerte

que aquí se prolonga.

Mi hermana, en su crueldad funcional y sin pesar,

compromete a una piedra, la hace cómplice.

Es un canto rodado negro

con el que golpea el lomo del cuchillo.

Las presas adobadas

se hacen en el fuego manjar familiar, tribal,

que en la mesa bendecimos

con vino

y sin escrúpulos.

Es más fácil coger un cuchillo de día que de noche,
o una taza, o un azucarero.

De día las cosas son dóciles, se avienen
a nuestro dominio.

De noche, en el silencio y la penumbra, nos resisten,
tienen otro peso, decantan su porte, aunque algunas
se revelan más frágiles.

Esta noche distinguí en la cocina
al canto rodado negro. Era
un pequeño animal que se abrazaba fuertemente a sí mismo
o se devoraba hacia adentro
en su apretada intimidad.

No era la piedra dura que golpea el lomo del cuchillo
y destaza
los animales de la comida.

Yo la oí llorar, y era blandita.

SOBRE UNA FOTOGRAFIA DE ANSEL ADAMS
(Monte Williamson, California)

SOBRE la inmensa y árida planicie
hay una tumultuosa mortandad de piedras.

Están allí como recién caídas.
Sus cuerpos redondeados como cráneos
cayeron anoche
gimiendo, entrechocándose,
lastimándose.

Persiste un aire de larga agonía: acaso
murieron buscándose o llamando parientes.

Sólo el Monte Williamson,
que vela siempre a lo lejos,
fue testigo del resonante desplome.

Ya es el amanecer
y hay un aterrador silencio en la planicie.
Busca con cuidado entre las piedras:
acaso haya alguna que todavía no muere
y te diga
quiénes son los condenados de la próxima caída.

EN LAS AGUAS TERMALES

LAS aguas termales afloran
entre bocanadas de vapor blanco y denso.
 Cuando se disipa
deja ver las piedras que rodean la fuente, caprichosas
formas erosionadas por el agua hirviente
 que sólo se muestran un instante,
 y luego
como un grupo de seres extraños
 vuelven
a su territorio brumoso.

El agua desciende burbujeando hacia los baños,
se entibia en canales y pozas
donde ancianos adormecidos y tullidos
 sueñan un nuevo vigor.

Aquí arriba, en la fuente,
yo vivo otro engaño: los vapores
me permiten entrever la silueta de una mujer,
no bíblica
 sino de bien moldeado culo (ay nostalgia),
 pero ya se desvanece
entre el humo y mi doliente memoria.

LA CONJETURA

ADOSADA a la pared de adobe
esta piedra
luce como un absurdo menhir en este patio.
En el siglo XVIII
ella protegía la más bella esquina de la casona
de las ruedas de los carruajes
que entraban ruidosos al gran zaguán
y volteaban a dormir en el patio de los siervos.

La piedra es una presencia hierática
que mira siempre a través del ventanal barroco
la sala espaciosa
mientras la coronan
las flores de la buganvilla
que ahora, en tiempos de miedo, se enreda
en un cerco de púas de hierro.

La piedra
ha visto imperturbable el paso de las generaciones,
ha fisgado
grandes holganzas, convites, intrigas, despertares
de la concupiscencia
de las niñas sobre los muebles largos.

Esta tarde hay calma, y se la respira aquí
como un abuso de la Historia. Pero pronto surge
una conjetura contraria:
alguna hora, en algún momento,
resonará dentro de la casona
un súbito ruido
de cristales de ventanal haciéndose añicos.

Acudiremos entonces asustados
y veremos el milagro:
irrupida en medio de la sala,
oronda, soberbia, casi respirando,
la piedra.

TRES CANCIONES DE AMOR

CUESTIÓN DE FE

¿CÓMO sería la luz de la madrugada
en que Abraham, el hombre de la cerrada fe,
subió al monte Moriah
llevando de la mano a su unigénito Isaac?

Tiene que haber sido una luz hondamente azul
como la de este amanecer: en aquel azul
Abraham imaginaba
la vibrante sangre de su hijo en el cuchillo.

La sangre vibra más en el azul.
Lo sé porque mi piel, de tan sola ahora,
segrega sangre en la palma de mi mano:
el primer milagro de mi día, o castigo,
por haber querido subir la cuesta de la montaña
con una muchacha (más hija que esposa).

Ella, al primer sol, huyó asustada,
me negó
su joven cuerpo para el sacrificio
y yo no pude demostrarle
mi fe neurótica a Dios.

FÁBULA

EN el cauce del río seco
una espigada yegua orina sobre un sapo agradecido.
Yo, que voy de paso, sonrío y recuerdo
una antigua ley de compensaciones
de la magia: más feo el sapo
más bello y deslumbrante el príncipe.

Ay, pero la abundante orina de la yegua no es amor
y, aunque amorosamente regada,
no rompe los hechizos más perversos:
es sólo un poco de agua ácida en esta sequedad solar.

La yegua se aleja trotando aliviada, moviendo
las ancas
como una muchacha. Yo voy por los espinos resecos
recordando al sapo:
el pobre no tenía encantamiento
y se quedó solo
y soportando su fealdad inmutable
y ahora meada.

LA QUIETUD

Para Micaela

HE llegado a la tortuga.
Estoy frente a ella como ante una orilla
o un lugar límite donde uno se sienta a pensar.

Sobre la tortuga,
la inacabable e inútil agilidad de los monos
que derrochan sus cuerpos
entre las ramas de un árbol, como ellos, enjaulado.

Las tortugas viven impasibles
y aparentemente
sin soñar vuelos ni arranques elásticos
del cuerpo
o del espíritu.

Y entonces prejuiciamos
que a las pobres no les está permitida la pasión
y sus euforias.

Sin embargo, llegado su tiempo de celo,
que no tiene cantos ni danzas,
las siete carnes míticas que guarda su caparazón
se encienden en silencio.

Y cuando macho y hembra

se encuentran, uno ya precipitado en el otro,
un ansia extrema
los inmoviliza,
y gozan sin meneo.

Teníamos igual fijeza, amor mío,
en el momento de nuestra pasión más alta:
el pez dorado
en el río inmóvil, la quietud
que avanza, el estado de gracia
en la caída del suicida, cállate
porque no había palabras.

ARREGLO DE CUENTAS

EL TOPO

ESTABA ahí,
acorralado en el ruedo de los curiosos. Sus garras
escarbaban inútilmente el cemento de la vereda,
y sangraban. No avanzaba,
sólo esponjaba y contraía su cuerpo
según su miedo. Y con su hocico,
rosado y móvil, husmeaba,
lejos de sus oscuras galerías,
el aire soleado de los hombres.

Jamás habíamos visto un topo.
Habían capturado un mito, un animal
de bestiario. Por eso
nuestra mente demoraba, se estremecía,
no podía creer
que bajo la realidad estridente del sol
hubiera otro animal
de carne lastimada como la nuestra.

EL VADO

SI vas por la playa donde se vadea el río
verás,
plantadas en el limo,
 largas varas de eucalipto. Están allí
para los caminantes que van a la otra ribera.
 Una será tu cayado:
con ella tantearás, sin riesgo, un camino
entre las aguas turbias
 y las piedras de resbaloso musgo.

Cuida de dejar hundida la vara
 con gratitud
en la otra orilla: otro viene:
acaso mi padre
que en las tierras amarillas busca sandías silvestres,
 acaso yo
que regreso, retrasado y viejo,
 mirando ansioso mi pueblo que tras el río
ondula o se difumina en el vaho solar.
 Allí,
según costumbre, sembraron mi ombligo
 entre la juntura de dos adobes
para que yo tuviera patria.

Deja el cayado clavado en el limo.

LA PLAZA

CADA vez que regreso aquí
mi corazón cambia de ritmo, aquí
donde lo que sin fe llamamos vida, se adormece
sobre la tierra caliente y pobre.
Es la primera o segunda hora de la tarde, no lo sé:
el reloj roto de la torre
nos dice que medir el tiempo,
más infinito aquí,
es una arrogancia.
El cielo se ve grande y luminoso,
perfecto para una elevación,
pero en esta plaza nada delira,
todo es terrestre:
pasan mis paisanos, siempre gente de paciencia
y razón.
Oh tierra natal, ¿por qué no me diste tu sensatez?

Yo recuerdo:
en la puerta de la iglesia
un cabrito se descomponía entre moscas. Lo encontraron
mortinato en el pesebre
y con seis patas agarrotadas. Lo trajeron al atrio
como un reclamo a Dios: no debes alterar las cosas.

Oh tierra natal, perdóname, yo aún soy el necio
que aplaude a ese Dios de las equivocaciones,
y te huye.

EL PAN

PERDONEN que lo diga sin pudor,
pero mi madre y yo vivíamos en un pueblo
de hambrunas.

Las carencias
nos llevaban a todos a una especie de inocencia,
a un vivir
en el centro puro de nosotros mismos.
Así es cuando ya no queda nada, salvo
la postura orgullosa de mi madre
que dormía como saciada.

Cada cierto tiempo pasaban profetas
que repetían monsergas en nombre de un dios
prometedor, pero cruel.
Ninguno trajo lluvia sobre los campos yermos
ni hizo el milagro de una simple lechuga.

Una tarde se asomó a nuestra puerta
un extranjero de mirada llameante, otro agorero,
pero no supimos quién ardía en él, si su dios
o su demonio.

Dijo llamarse Elías y tenía gran hambre como nosotros.
Se quedó mirando a mi madre
que en la artesa mezclaba un puñado de harina Santa Rosa
con una cucharada de manteca sin nombre.

Estoy haciendo un pan para mi hijo y yo. Lo comeremos
y después, con la dignidad de los pobres satisfechos,
nos moriremos de hambre, dijo mi madre
en Reyes 17:12.

VIVERO

LA luz del sol atraviesa las cañas de la ramada
y cae moteada
sobre los helechos muertos.

Más allá la luz es atmósfera. Aquí
es una lluvia de círculos intensos
que se hunden
entre el humus y las plantas pútridas.

Amo esta luz
porque es el albor enterrado y fértil
que tiene toda serena corrupción.

EN ESA CASA...

EN esa casa, a puerta cerrada,
mataban chanchos.

Ver muertes y destripes
nos hubiera sido más benigno:
ya habríamos olvidado.

Pero no: sentados en la vereda rota
sólo oíamos gritos desesperados,
largos vagidos de agonía. Nuestra imaginación
creó un animal casi humano.

Los ruidos de la muerte venían por el aire.
No respire, dijo alguien.
¿Fui yo el que habló? No lo sé, pero todos intuimos
que esa agonía
entraba en nosotros
como un oscuro veneno
que algún día tenemos que devolver.

EL DESTETE

CON qué paciencia
la madre envuelve su magro seno con lana de oveja
negra. Y el seno ya no es más
el sitio de la ternura.

Agotada la dulce leche, la madre hace el ancestral rito
del destete:
el niño viene y encuentra
el animal de lana negra en el pecho amado
donde sólo el viejo pezón nutricio
asoma todavía como una provocadora
trampa.

El niño huye escarmentado
y ahíto
de su primer gran miedo.

Su amor renacerá de ese miedo. Y ella
será la madre
que le temblará siempre en la boca.

LA HIGUERA

ESTA imagen insólita
viene de la tarde que sueña:
el hortelano del valle
lleva, sin alardes de tragedia, un féretro
de párvulo bajo el brazo.

Todo es del sueño de la tarde:
la codicia del gallinazo que grazna en el espino,
la ardencia del sol
que secaría al niño como a una cabra perdida
en el tablazo.

Pero el niño tiene una fosa cavada en la huerta
y una madre que le llora, una fosa
debajo de la higuera
que al aire da frutos mielados
y debajo del aire
teje una red de raíces blancas y largas.

Cuando la tarde despierte,
el niño estará en esa red, nuevamente acunado.
Imaginémoslo así
y no esperando el vacío, quieto por definición,
pero que ya asciende.

EL MIEDO

EL burro hace girar la rueda del molino
y a cada vuelta cierra
 ese círculo vicioso
que durante años ha hollado en la tierra.

El polvillo blanco de la molienda
flota en el ambiente. Se asienta
en todo,
pero en las pestañas del burro
 es toda la tristeza
 y la condena.

Me alejo silbando del molino, silbando
para disimular
el temor de poner el pie
 en una huella sin esperanza.

LA JOVENCITA

EL algarrobo se inclina como una nube verde
sobre la única bodega del pueblo.

Detrás del mostrador humilde
una grácil jovencita lleva nuestra mirada
a un tiempo sin malicia.

Tiene el cabello recortado
como un muchachito travieso. El próximo año
tendrá la cabellera larga. El cuerpo
sobrecoge de tan puntual y prolijo: cumplirá
con el crecimiento de cada uno de sus cabellos
y hará sonar una música
menos inocente.

Mientras tanto, ella guarda sus negros mechones
en un frasco de vidrio
junto a los caramelos y gomas de menta.

Eso es siniestro, pequeña.
Tú, tan vivaz, hija
del solcito que venimos a buscar,
no deberías guardar nada muerto. No es justo
para los que ahora te miramos
como agüita de yerba para el desasosiego.

LOS GORRIONES

EL trinar de los gorriones entró por la ventana abierta,
pero yo desperté lleno de brumas: casi hasta el amanecer
busqué palabras sin provecho de belleza.

Los gorriones cantan una cascada
de notas rápidas y precisas.

Ellos ya resolvieron su problema
y cantan por oficio de sus cuerpos,
pero no los veo entre las espesas ramas del ficus.

Quizá ya se fueron,
quizá ya no existen gorriones en el mundo
y ahora el canto que persiste
es el gorrión verdadero, la dulce materia
de los gorriones que se extinguieron.

Y pregunto con solidaridad de insomne: ¿cuántos
buscaron
anoche
con agónico deseo
otras palabras
o un movimiento nuevo del cuerpo en la danza
o una melodía arrancada del inviolable silencio
de las estrellas
o un trazo de pincel
que dibuje el universo entero como quería Utamaro?

Acaso sea muy pronto para lograrlo, acaso
aún somos muy densos.

Mientras tanto
balbuceamos, pergeñamos,
pero nadie podrá decir que no intentamos
llenar la sima de nuestra angustia.

Algún día, Dios mío, alcanzaremos a decirte
de qué materia estamos hechos.

ΕΠÍΛΟΓΟΣ

HE DICHO

QUÉ rico es ir
de los pensamientos puros a una película pornográfica
y reír
del santo que vuela y de la carne que suda.

Qué rico es estar contigo, poesía
de la luz
en la pierna de una mujer cansada.

BANDERAS DETRÁS DE LA NIEBLA
(2006)

*Para Micaela,
por todas las razones.*

RIENDO Y NUBLADO

RESPONSO ANTE EL CADÁVER DE MI MADRE

A este cadáver le falta alegría.

Qué culpa tan inmensa

cuando a un cadáver le falta alegría.

Uno quiere traerle algo radiante o gustoso (yo recuerdo

su felicidad de anciana comiendo un bife tierno),

pero Dora aún no regresa del mercado.

A este cadáver le falta alegría,

¿alguna alegría aún puede entrar en su alma

que está tendida sobre sus órganos de polvo?

Qué inútiles somos

ante un cadáver que se va tan desolado.

Ya no podemos enmendar nada. ¿Alguien guarda todavía

esas diminutas manzanas de pobre

que ella confitaba y en sus manos obsequiosas

parecían venidas de un árbol espléndido?

Ya se está yendo con su anillo de viuda.

Ya se está yendo, y no le prometas nada:

le provocarás una frase sarcástica

y lapidaria que, como siempre, te dejará hecho un idiota.

Ya se está yendo con su costumbre de ir bailando
por el camino
para mecer al hijo que llevaba a la espalda.
Once hijos, Señora Coneja, y ninguno sabe qué diablos hacer
para que su cadáver tenga alegría.

LA SERPIENTE

AQUÍ fue donde la serpiente
deshizo su rosca y se deslizó velocísima
bajo el cerco de laureles.

Con el alma aún suspendida, dudé:
¿había visto una serpiente
o me había asaltado una vibración, un vértigo antiguo
que dormía sobre la yerba y se había despertado
a mi paso?

Aquí fue,
junto a esta bocatoma, donde vislumbré
hace tantos años
la posibilidad de un mundo de movimientos remanentes
que quedan a flor de tierra: el aleteo
inútil de la torcaza quemada por el fuego de la zafra,
el correr errático de lagartijas y ratas
perseguidas por el mismo fuego unánime,
la cojera del zorro herido por una escopeta de sal,
la fuga de aquella serpiente.

Aquí fue,
y aún despiertan como espectros entre mis pies.

LOS NONATOS

—¿LE interesan los nonatos? —me dijo la enfermera.

—Es que el sol que entra por la ventana
ilumina los frascos en la estantería —me disculpé.

Y seguí mirando los esbozos embotellados
de mi propia carne.

—¿Ven que finalmente todo es forma? —les dije—.
Tú no eres gusano, ni tú diminuto batracio
ni tú molusco abisal. Ellos, si acaso repugnantes,
son palmarios y finales. Si ustedes fueran así,
hermanitos,
hoy tendrían consuelo, aunque muertos.

De pronto el sol me dio asco, giré los ojos
hacia una toca celeste que cruzaba la ventana.

VIEJA CON PERRA

UNA vieja flaca y traposa
como un arbusto seco en este aire polvoriento
espera que su perra de tetas flácidas
beba el agua turbia de la acequia de los maizales.

Mientras espera, embozada en su manta,
nos observa largamente: pasajeros aburridos
de un ómnibus cuyo desmañado conductor
mea como un caballo detrás de una tapia.

La perra ahíta se le va
pero regresará pronto con más perritos.
En este caserío tan pequeño
nadie se aleja nunca.

El ómnibus reanuda su marcha
y los pies de la vieja ahora parecen penetrar
el subsuelo. Como la Baucis del mito,
enraizada, ya no dará un paso más, y el sol
que se enciende de súbito
la convierte a lo lejos en una fogata oscura.

LOS BÚFALOS

PON el oído en la tierra, escucha
la estampida de los búfalos
y dame la razón: ¡quién
más terrestre y cuadrúpedo que un búfalo!

Si hubiera algún conejo
en la ruta de los búfalos, la tierra
no nos traería sus brincos asustados.
Ella sólo recoge el furor ciego, no la muerte
del suave conejo
entre los cascos de la horda.

LA TORMENTA

EN la cerrazón de la tormenta
sólo veía tus espaldas como sombra
en el centro de la pequeña canoa.
Sabía que te protegía de la lluvia
una vieja capucha azul.
El aburrido ruido del motor
no nos alejaba del inmenso hervidero
en que se había convertido el lago.
La tormenta
nos había puesto en la mano de un dios enfurecido.

Pero casi estábamos dichosos cuando un relámpago
iluminó los grandes árboles de la orilla del lago
y vimos ramas de oro y plata instantáneos.
Entonces volteaste y alargaste tu mano hacia mí:
también te dio miedo la súbita oferta de fulgurar
y desaparecer.

ORGASMO

¿ME dejará la muerte
gritar
como ahora?

LA FOTOGRAFÍA

ESTE señor insistente, consciente de su poder,
me dice: relájese, mire a través de la ventana,
coja el libro, finja que lo lee, perfecto.

Más tarde, en su laboratorio, después de que la luz
imprima el papel fotográfico
empezaré a asomar tenuemente, lentamente
en la bandeja del ácido revelador. Apareceré
como él espera que aparezcan todos los poetas:
maricas mirando en lontananza
o angelotes ensimismados en las bellas letras.

¿Y si en la oscuridad del laboratorio, de pronto,
sonara la voz de otro poder, un dios terrible
que me ordenara
que no me detenga en mis facciones, que siga
revelándome
sin interrupción
hasta mostrar las profundidades de mi carne,
mis células, mi entramado más íntimo?

¿Sólo el palpito inicial de donde vine
quedará temblando sobre el papel negro?

EL SUICIDA

SU decisión de desaparecer en una fosa común nos produjo un extraño horror.

Antes de envenenarse, había destruido y arrojado por el inodoro de un hotel desastrado su documento de identidad. Quería ser un cuerpo nunca nacido para el Estado.

Pero sus huellas digitales, como a los asesinos, lo delataron.

Es él, dijimos todos, y rescatamos su cuerpo de la comunidad de vagabundos y prostitutas que nadie reclama y que dormían en la fosa envueltos en cal viva.

Ah nuestra piedad medrosa que nos cura en salud en el cuerpo de otros.

Después de todo
la cal estaba haciendo un buen trabajo:
le evitaba el escandaloso olor de la muerte.

BOSQUE DE PIEDRAS

EL mundo aún no alcanza
su total y cerrada dureza de piedra.
Todavía sobrevive algo que se contrae
y se distiende debajo de algunas superficies
y fluye un cierto frescor de aguas remotas
y se escuchan tejidos agonizando
entre la yerba dura de las montañas.
Pero en este borde vacilante
ya ninguna forma tiene voz para gritar.

RIENDO Y NUBLADO

LA meningitis mató en su cama al hijo del carnicero.
Tanta sangre hubo en esa casa
que una muerte limpia sólo fue aceptada
ante un espejo brillante, sin la opacidad de un resuello.

Desde entonces, los muchachos
empezamos a asomarnos con incredulidad a los espejos.
Nada pagaba
la luz que veíamos bailando en nuestros ojos
y la satisfacción de la veladura en el cristal
tras echarle nuestro aliento, el mejor gesto de los vivos.

Mirándome en los espejos
y soplándoles tontamente mi hálito
he persistido hasta hoy.
Sí, ese señor entrecano en el marco dorado
soy yo.
Grito: ¡Soy yo! ¡Soy yo!
Y me da un enorme placer verlo, riendo y nublado. Soy yo
y si no lo fuera también diría que soy yo
porque quiero ser (y seguir siendo) en cualquier rostro vivo
con tal de no ser, como el hijo del carnicero, el muerto.

LA SANGRE

LOS médicos escuchan con el estetoscopio
el paso rumoroso de nuestra sangre, lo escuchan
como una revelación que nunca comparten, no dicen
con alegría: tu sangre no ha huido.

La sangre puede huir. Los órganos están fijos,
palpitando en su profunda oquedad, pero la sangre
puede salir de su límite, franquear la piel y saltar
al mundo.

Si la sangre huye sabrá remontar colinas
así como se extiende abundante y silenciosa
por el hígado, sabrá fluir por los arcos de los puentes
así como avanza por las esclusas del corazón,
sabrán pasar bajo las raíces enmarañadas de los sauces
así como pasa entre la arboladura de los pulmones.

La sangre puede inundar todos los paisajes.

La sangre de los asesinados va delante de nosotros
y vibra
como un horizonte infame.

ÚLTIMA NOTICIA

ÉSTA es tu última noticia, cuerpo:
una radiografía de tus pulmones, brumas
inquietantes, manchas de musgo sobre la nieve sucia.

La tierra espera que algún día
todos los órganos, como los perros, la husmeen
buscando la yerba benéfica. Tus pulmones,
entre hojas sedosas,
lucirán sanos y tersos como recién nacidos
y concertarán con un joven buey
el ritmo amplio de su respiración. Al fondo
habrá un cielo luminoso y ninguna sombra,
sobre todo ninguna sombra aciaga.

BANDERAS DETRÁS DE LA NIEBLA

BANDERAS DETRÁS DE LA NIEBLA

HAY una vejez triste e indefinida en el puerto,
más herrumbre en el muelle
y bares sospechosos en la ribera
donde antes había casonas rodeadas de yerba tenaz.

Una noche, cuando una niebla densa y turbia
cubría el mundo, yo caminé a tientas
por el entablado del muelle. Adolescente aún,
acaso buscaba el terror gozoso de la evanescencia.

Iba confirmando con las manos la baranda, sus uniones
de metal, las cuerdas de las trampas de cangrejos
atadas a las cornamusas oxidadas. Los cangrejos
merodeaban de noche los restos del pescado eviscerado, tripas
que rodaban en el fondo marino
o se enroscaban como serpientes en las pilastras del muelle.

Escuchaba la suave embestida de las olas
en el costado de los pequeños botes
que en las madrugadas salían a recoger redes
cruzando entre los buques de guerra estacionados en la bahía.
Un perro abandonado en el fondo de un bote, tan ciego
como yo, gemía.

Entonces vi banderas que alguien, a lo lejos, agitó
detrás de la niebla.

Quedé deslumbrado y mudo. Ninguna apostilla
sobre la belleza hablará realmente de aquellas banderas.

EL ALGARROBO

EL sol ha regresado esta tarde al desierto
como una fiera radiante. Viéndolo así,
tan furioso, se diría que viene de calcinar toda la tierra.

Ha venido a ensañarse
donde todo ya parece agonizar. Huyeron
del repaso de los muertos el zorro gris, los alacranes
y la invisible serpiente de arena.
Sólo el algarrobo, acostumbrado como está
a su vida intensa pero precaria, ha permanecido quieto,
solitario entre las dunas innumerables.

Este árbol nudoso, en su crecimiento
ha fijado posturas inconcebibles: alguna vez
cimbró la cintura como un danzante joven y desmañado,
alguna vez, aturdido,
estiró erráticamente los brazos retorcidos,
alguna vez dejó caer una rama en tierra como una rendición.
No hay cuerpo más torturado.
Lo único feliz en él es su altísima cabellera verde que va
donde el viento quiere que vaya.

El algarrobo me pone frente al lenguaje.
En este paisaje tan extremadamente limpio
no hay palabras. Él es la única palabra
y el sol no puede quemarla en mi boca.

FLORES

LA madreSelva se cerró al amanecer
y yo, sin su perfume, seguí creyendo en la poesía.

Es difícil persistir en la poesía, más aún
cuando ella misma nos desorienta:
en la desesperación
yo escribí los poemas más sosegados.
¡Casi enloquezco pidiendo calma!

Ahora, después de la noche en blanco
y ningún verso, estoy en paz.
La madreSelva, ya lo dije, se cerró al amanecer.

Otras flores habrá a lo largo del día.
Los lirios que pone mi mujer en la sala,
las rosas que dejan caer los cortejos fúnebres,
las flores carnívoras que se cierran tan violentamente
que apenas dejan ver a la abeja que matan.
De estas flores aprenderé, una vez más,
que la poesía que tanto amo sólo puede ser
una fugaz y delicada acción del ojo.

BASHO

EL estanque antiguo,
ninguna rana.

El poeta escribe con su bastón en la superficie.
Hace cuatro siglos que tiembla el agua.

LA ALAMEDA DE PINOS

LA alameda de pinos apareció como un lujo
geométrico
entre los desordenados sembríos de algodón.

El ómnibus se había detenido en la carretera adyacente
y el chofer me indicó: camine de frente, al final
está el pueblo de San José. En el lejano final,
donde se cerraba la perspectiva de la alameda
había un brillo intenso.

El chofer me advirtió
que podía cruzarme con cuatro caballos blancos.
La gente cree que quien los mira muere, me dijo.

De pronto, a la distancia,
se levantó una pequeña nube de polvo: sólo es un juego
ocioso del viento, pensé. El sol
brillaba en las hojas mientras caían.
Son bellas, debo iluminarlas hasta el final, dijo.
Yo le comprendí:
*Si son los caballos blancos los que vienen levantando ese polvo
no debo cerrar los ojos.*

RATAS Y GAVIOTAS

EN el promontorio, a media altura,
donde no llega el romper de las olas,
hay una gruta honda como nave de catedral.
Por las delgadas cornisas que dan al mar
algunas ratas equilibran y alcanzan la cueva
después de saciarse con los despojos de las mareas.
Y por el aire entran las gaviotas que anidan
en las altas salientes. Sólo sus alas blanquean
en la oscuridad que desciende hasta el piso
donde brillan, supongo, los ojillos rojos de las ratas.
Es difícil ver la cueva. Al frente sólo está el mar abierto.
Los pescadores que hoy me llevan a Puerto San Andrés
navegan frente a este aislado promontorio arrullados
por el motor de sus pequeños botes. Los pensamientos
parecen haber cesado: las ratas y las gaviotas
no son viejas alegorías. Todos
hemos entrado en una rara inocencia.
El mar también se ha despojado de sus historias
y nos lleva con la pura física de la navegación.

OTROS POEMAS

EL MARATONISTA

TE has metido solo en esto, muchacho,
pero tu lentitud nos angustia a todos.
Después de tantos kilómetros, se acabaron tus fuerzas,
pero todavía insistes en llegar a donde ya no importa.
Esto ya no tiene sentido, no abuses
de nuestra piedad: anda a tu casa
y comprende que alcanzarte una esponja con agua
fue lo único que pudimos hacer por ti.

(Pero ama al niño que cree que puede
lanzar su energía como un rayo al centro de tu cuerpo
y a la vieja
que se santigua como si viera pasar un santo lastimado.)

Tus piernas son cada vez más pesadas.
Conozco cómo es eso: también sé
lo que es ansiar desesperadamente aire
para durar un poco más.

Al dar la curva encontrarás una calle solitaria.
Cambia el paso allí, disimula tu fracaso y camina
lentamente
pisando las hojas amarillas de la morera
como hago yo cada día, libre ya de toda competencia.

EL CAMISÓN (MAGRITTE)

MI madre dejaba su camisón colgado de la percha
cuando se iba al mercado
o a intercambiar infortunios con sus vecinas.
El camisón de mi madre tenía tetas, tetas
inagotables.
Eran la mejor fábrica de ese mundo perdido,
considerando que había otras igualmente silenciosas
donde se destilaban la sangre, las resinas,
y la savia de los grandes ficus de la plaza.

Mi madre, como los animales milagrosos, comía
hierba, miel y tierra
y producía leche de diferentes sabores, sin olvidar
los tóxicos.
Primero alimentaba a los muertos. Las madres perdían
muchos niños en el fondo de esas casas lúgubres.
Ellos les merodeaban siempre los senos
y yo imaginaba que bebían
mientras ellas se limpiaban a solas los pezones en los patios.

Yo estoy vivo. Mira ahora mis huesos, limpios y blancos
como lirios
porque tuve, entre vestidos viejos,
los mejores surtidores de la tierra, dos tetas pródigas
dejadas cuidadosamente en un camisón de lino.

EL SALMÓN ROJO

SI sombras son ahora de esposa y esposo
¿cuál su cielo?
Un cielo desadornado, que así les agradó
tenerlo en la tierra.

Practicaban
la admirable belleza del amor hurraño
donde el macho se queda rondando por ahí,
oliendo la tierra, las plantas, el lecho,
esperando otro llamado áspero.

De pronto, en ese ardor seco, una gentileza:
el esposo le obsequió a la esposa
una bata con un salmón rojo en la espalda.
La esposa, turbada por la inusual gracia,
vistió la prenda de seda
y el cielo estoico se rasgó por primera vez:
un rayo de luz iluminó al salmón
que parecía subir a gusto por la cascada
de los hermosísimos cabellos azulados de la esposa:
una bella imagen que ella, tan conmovida, no podía ver.

Dígasela usted, padre, para que deje de llorar.

LA BOA

LA boa es
el deseo del abandonado: reptar
como un solo y larguísimo músculo
para envolver completamente el cuerpo amado.

Puedes abrazar y estrangular pavas de monte
o cabras coquetas, pero qué lejos está todavía
la que huyó y duerme como una reina
sobre la copa de todos los árboles.

MARINA

COMPRAMOS a los pescadores de la orilla
dos tramboyes, esos peces oscuros,
que parecen formas asomadas del inconsciente del mar.

Luego regresamos caminando por la playa
de cantos rodados. No dejábamos huellas
sino el breve ruido de las piedras
movidas por nuestros pies.

En realidad, nuestra huella era ese ruido,
pero el mar, detrás de nosotros,
lo apagaba enseguida con su inacabable bramido.

Entonces surgió en ambos, espontáneamente,
un alegato ruidoso:
nos descubrimos marchando con fuerza para que el sonido
del desplazamiento de las pequeñas piedras
bajo nuestros pies
fuera más fuerte que el vasto y abusivo rugido del mar.

LA JARRA

LA jarra
permaneció un instante
en silencio
inclinada
como una mujer pensativa.
Luego prosiguió hasta quebrarse
en el piso
como una mujer pensativa.

FÁBULA INGENUA

AQUÍ, allá, cuando el río desciende,
quedan pequeñas charcas abandonadas al sol. Sus orillas
de barro empiezan a resquebrajarse
y pececitos azules se arraciman con angustia
en el centro del agua que pronto será hirviente.

He aquí la fábula tonta de los que perdieron el gran caudal.

Ya nunca más blancas arenas del fondo del río
ni ramas de sauce jugando en la corriente
ni refugios debajo de las piedras donde el agua se riza
y sisea
ni sombras de los viejos puentes patriarcales
ni luna en el remanso
ni playas bajas que permitan alcanzar la tierra, las casas
riberañas con puertas para tocar
y clamar con voz pequeñita: vengo del agua, dadme agua.

EL CABALLO

EN la frontera del desierto
y las plantaciones de caña, la casa solitaria
tiene algo de cráneo abandonado al sol: quizá
por los sonidos resonantes de su interior
y el yeso que se hace polvo en sus paredes.

En el hondo vacío de la sala
de puertas y ventanas arrancadas
hay un intenso olor a caballo. En el rincón
donde algún día un cabrero trashumante
se refugió y encendió una fogata,
anoche ha dormido un caballo.

Es absurdo pensar que entre los cañaverales
y el comienzo azul de las estribaciones andinas
aún vaga un caballo libre
que viene a dormir aquí.
Parece sólo una idea hermosa
puesta en este paisaje, pero no: en el aire
todavía percibo el temblor de sus músculos nerviosos.

Me voy de la casa convencido de que al anocheecer
vendrá a dormir nuevamente ese caballo.
Le he dejado semillas de algarrobo
que recogí en el camino. Espero que las muerda

mientras con su casco golpea el piso de tierra
acompañadamente
como una señal de entendimiento.

EN LA PUERTA DEL MANICOMIO

MIRA: un pájaro azul cantando
sobre el alto muro del manicomio.
En la vereda,
los parientes de los enfermos lo escuchan
mientras hacen cola
con sus cabezas apoyadas en la reja de fierro.

Esperan con atados en las manos: almuerzos
preparados con gran equilibrio: puntito de sal nomás, carne
(sólo 100 gramos), arroz esponjado hasta su límite preciso,
nada debe excederse. ¡Qué difícil
es controlar todo, mantener las proporciones
de la razón
y cantar sensatamente como el pájaro!

Adentro, los parientes, Corte de los Milagros
que espera, se agita y farfulla
entre palmeras enanas y guardias impasibles.

Uno de los guardias mira al pájaro y ríe
maliciosamente, y luego dice:
entren (y chirrían las bisagras), entren
y júntense con sus locos
bajo la sombra de un árbol neutral.

LA ISLA

NADÉ hasta la pequeña isla deshabitada
cuando el mar estaba muy calmo
y el sol infundía en mi cuerpo una espléndida confianza.
Cansado, dormí sobre una roca combada.

La marea alta me sorprendió. Desperté
cuando las corrientes giraban alrededor de la isla
como una inmensa furia.
Decidí esperar la marea baja del amanecer
y me acomodé casi desnudo entre las rocas
como un animal prudente.

La noche vino con una ficción: la isla
se hizo flotante
y empezó a viajar en la bruma que viene del trópico.
Durante toda la noche, rápidos cangrejos,
en cuyos caparazones brillaba la luna,
devoraron minuciosamente
algo muerto y grande, se diría un caballo imposible.
El oleaje traía peces repugnantes
que adherían sus vientres a las piedras, y otro oleaje
los devolvía a las aguas turbulentas.
Las aves marinas se posaban según la hora de cada una,
las que no tienen canto danzaban
con torpeza, otras, de pico rojo, se restregaban entre ellas

como si hubieran llegado de un festín carnívoro.
Un lobo marino solitario comenzó un llamado bronco
e intermitente
y en algún lugar, en alguna sentina, una gaviota carroñera
cantó.

De pronto asomó el sol, optimista como un niño idiota.

LOS AMANTES

(GRABADO ERÓTICO DE HOKUSAI)

ABUNDANTES ropas envuelven a los amantes,
sólo un hombro o un muslo están desnudos como pulpas
de luz
y los sexos en su quieta fiereza.

Si el acoplamiento es inmóvil, las sedas de las ropas
no dejan de ondular. Las telas,
delicadamente estampadas
con menudas flores de una primavera geométrica,
se deslizan por toda la esterilla, avanzando
y acumulándose en pliegues breves y rápidos.

Si la luz de la carne es blanca,
las sedas fluyen como un río de varia coloración, un río
que se desprende del cuerpo de los amantes
que, cerrados al mundo, ignoran
cómo se agitan esas pequeñas flores rojas.

EN LA CALLE DE LAS COMPRAS

EN la calle de las compras
es admirable ver cómo las gentes van funcionando tan bien.
Caminan articulando tobillos, rodillas,
la cadenciosa coxofemoral
y cuantos goznes nos mantienen verticales y arrogantes.

(Tonterías que pienso
mientras mi mujer, algo abochornada,
compra la lencería que luce la maniquí, tan fija
en el estereotipo de hembra deseable.)

Mi mujer es bella, para decirlo sencillamente y mirándola
de frente: no río o fuente como se decía antes
sino carne esbelta
sostenida y elevada por sus huesos
que a veces, secreto y morboso, toco como si buscara
las formas que la van a sobrevivir.

Todos pasan, ya lo dije, perfectamente vertebrados,
pero el deseo que llevan, si lo llevan, no tiene huesos
(la razón está llena de esqueletos). El deseo no tiene nada
pero quema todos los cuerpos.

La que viene, la que se alza allá, es mi mujer.

Ay amor, el deseo de nuestros cuerpos
jugará esta noche, como el de todos los amantes,
con la muerte y la disolución, y tanto
que después nos parecerá increíble tener todavía pies
para seguir caminando.

LA PARED

Había una pared de adobe
sin revestimiento donde se apoyaba mi cama.
En la madrugada, mi nariz contra la pared
aspiraba su olor profundo: tierra
traída de la encañada donde se entretejían,
como en un arabesco, raíces muertas de pasto.

A mis espaldas mi familia dormía hacinada
como una tribu acampada en un lugar ruinoso.

Entonces yo ponía mi lengua en la pared
para dejar una mancha húmeda antes de irnos.

EL OTRO ASTERIÓN

*El adulterio de la madre con el toro era evidente
por lo insólito del monstruo híbrido. Minos decide
alejarse de su palacio esta infamia y encerrarlo
en una mansión intrincada.*

OVIDIO (*Metamorfosis*)

*De tantos juegos el que prefiero
es el de otro Asterión. Finjo que viene a visitarme
y que yo le muestro la casa.*

JORGE LUIS BORGES (*La casa de Asterión*)

MIRAS al sol en su hora cenital
 (los altos muros no te permiten otro sol) y su luz
 ilumina tu cuerpo inverosímil.
 De noche la luna pasa mirándote silente
 en medio de la soledad brillante de las estrellas.
 Ellas son eternas. Ellas no transcurren.
 Sólo tú transcurre, Asterión: tus órganos
 palpitan y tienes hambre.

Cascas los huesos juveniles
 que aún conservan el tremor del miedo.
 No comprendes el miedo.
 Crees que todos deberían resignarse a ti.
 ¿Por qué los muchachos y las doncellas
 arañaban los muros
 queriendo huir por una escalera que no existía?
 ¿Por qué se tendían inmóviles sobre el piso
 como cadáveres indignos?
 ¿Por qué rezaban?
 Miras sobre el polvo las huellas de sus pies desesperados,
 sus idas y venidas que tejían una red, una trampa,
 en cuyo centro, como araña monstruosa,
 tú los esperabas.

Esta casa que me muestras, Asterión,
no es, como en tus sueños, un desierto
donde inventas una arquitectura intrincada. Existe
como tu biología
que no conocerás nunca (ese último nervio tuyo
tan fino
que se hace alma).
Tus días son para andar y desandar estos pasajes
al azar
como ciego que tienta el aire
hasta encontrar su asiento perdido, y luego sonrío,
vencedor de su propia confusión.

2

A veces
un leve crujido entre dos piedras,
un grito lejano, un temblor del aire,
sobresaltan tu sueño. Tu pensamiento
es de sospechas.
¿Crees que el mundo se está desmoronando
por sus bordes
y está cayendo en el mar?
¿Crees que ya todo está destruido
y esta casa flota en el espacio buscando un lugar
donde posarse?

Esta casa, Asterión, es como el águila
que cruza el cielo: ha nacido
del propio deseo de navegación del infinito.

Los cretenses temen esta construcción, la evitan,
dicen, aunque no me consta: ¿no hubiera sido más simple
encerrarlo en una cueva tapiada
o entre cuatro paredes con un perro carcelero?

El Rey pudo haberte asesinado, Asterión,
y arrojado a los extramuros donde las aves de rapiña
y los cerdos
se disputan los animales muertos.
Te exilió aquí como una advertencia.
Eres más que la memoria de su vergüenza:
en ti se cumplió la más honda biología, el deseo
que se realiza como en el sueño
donde lo atroz es una feliz inconciencia.
En ti está la otra belleza,
la que encendió a tu madre,
la que podría desordenar el mundo.

3

ES joven y dice llamarse Teseo
y blande su espada refulgente alrededor de ti.
Vino creyendo encontrar a una fiera,

ahora sabe que no lo eres.
Mirando tu danza de esquivamientos
comparte contigo la razón peligrosa:
la vida depende de una falla en la cadencia.

El traspie ha sido tuyo, Asterión:
la espada ha entrado ciegamente en tus entrañas:
qué verdadero es el metal en la blandura de un cuerpo,
y tu frente hirsuta
y tus agudas astas
caen ante este muchacho que te confiesa temblando
que tú eres su primer muerto.

Míralo irse apremiado por la gloria que lo espera.
Se va ovillando el hilo que fue tendiendo al entrar.
Él no es de los audaces que se echan al camino ignoto
sin la certeza de volver.
No quiso la incertidumbre.
El hilo que lo guía hacia la salida
hace mediocre su brillante aventura.

Tú quedas como un derrumbe de piedras
y una debilidad infinita, casi placentera.
Tu mirada, ya casi transparente, descubre
en el polvo
las huellas inequívocas
de las sandalias atenienses de Teseo.
Entre tantas antiguas pisadas confusas,
ellas van claras y decididas hacia la salida.

De pronto el sol se enciende sobre tu cabeza
y su luz reemplaza a tu sangre en tus venas
y circula
como una gracia postrera.
Anda tras las pisadas de Teseo, Asterión,
y muere mirando el paisaje de los hombres.

4

¿PUEDES ver los campos que se extienden respirando
[cansinamente
como si una conciencia subterránea
aún deseara que el mundo fuese acogedor y eterno?
Mira: sobre la superficie, en el camino cercano,
la estatua degollada de un dios olvidado,
un anciano que sube penosamente por un sendero de cabras,
un asno que agoniza o duerme bajo un olivo,
un labriego que cosecha el trigo
que comerá mañana caviloso y cansado.
Aunque no esperabas otra cosa, Asterión,
estás desencantado.
Pero ya cae la tarde y bajo el último sol
sólo brilla tu cuerpo que ya no existe.

ÍNDICE

ÁLBUM DE FAMILIA

CHAGALL	11 (
LOS AMIGOS	13 (
FLORES DE PLÁSTICO	15 (
ACERCA DE LA LIBERTAD	16 (
EL RAPTO DE LA AMADA SABINA, SIN CABALLO Y CON MUCHA CORTESÍA	17 (
POEMA TRÁGICO CON DUDOSOS LOGROS CÓMICOS	19 (
SUGERENCIAS	21 (
HABLANDO DE NARANJAS	23 (
INFORME PARA MI HERMANO MUERTO EN LA INFANCIA.	24 (
CINE MUDO.	25 (
LAS MANOS.	27 (
LA VISITA DEL OJO QUE SUPERVISA A LOS BUENOS HOMBRES	28 (
DIATRIBA CONTRA MI HERMANO PRÓSPERO	30 (
CONSEJOS PARA LAS MUCHACHAS.	31 (
CUATRO MUCHACHAS ALREDEDOR DE UNA MANZANA.	33 (

EL HUSO DE LA PALABRA

EL AMOR Y NO

MI OJO TIENE SUS RAZONES	43 (
CANCIÓN MÁGICA PARA LA CACERIA.	45 (
COMO SI ESTUVIERA DEBAJO DE UN ÁRBOL.	47 (
IMITACIÓN DE MATSUO BASHO.	48 (

LA MANTIS RELIGIOSA) 50 (
PLANTEO DEL POEMA) 52 (
MI MITO QUE YA NO) 53 (
EN EL MUSEO DE HISTORIA NATURAL) 54 (
MEJOR LACÓNICO) 55 (
LA DANZA) 56 (
LA QUE NOMBRA) 58 (
CRISTINA) 59 (
LA BALLENA (METÁFORA DEL DESCASADO)) 61 (

LO MISMO LA PALABRA

LOS VERSOS QUE TARJO) 65 (
EL ÁNGEL NO DESEADO) 66 (
REFULGE OTRA VEZ EL SOL) 68 (
A PROPÓSITO DE LOS DESAJUSTES) 69 (
SALA DE DISECCIÓN) 71 (
ESCENA DE CAZA) 72 (
TALLER DE ESCULTURA) 73 (
POEMA DEL INOCENTE) 74 (
EN SU CAÍDA) 75 (
LOS ENCUENTROS) 77 (
TROCHA ENTRE LOS CAÑAVERALES) 79 (
EL ANÓNIMO (ALGUIEN, ANTES DE NEWTON)) 80 (
LA RISA) 81 (
LOS IGUANA) 82 (

K R A N K E N H A U S

EL NIETO) 87 (
COMO EL PEJE-SAPO) 89 (
NUESTRA LEONA) 90 (
EL ENVÍO) 91 (
EL ACERTIJO) 92 (

EL LÍMITE.) 93 (
EN SU CARTA MI HERMANA DORA DICE QUE.) 94 (
LA IMPUREZA) 96 (
HOMBRE ADENTRADO EN EL BOSQUE) 98 (

HISTORIA NATURAL

LA ZARZA

LA ESTACIÓN DEL ARENAL) 109 (
EN EL DESIERTO DE ÓLMOS) 111 (
EL ACUERDO) 113 (
EN EL CAUCE VACÍO) 114 (
CAMPOSANTO) 115 (

EL OTRO CUERPO

EL CIERVO) 119 (
LA ORUGA) 121 (
LAS RODILLAS.) 122 (
EL GATO.) 124 (
EL PUENTE) 125 (

HISTORIA NATURAL

LA CURA) 129 (
EL ESQUELETO.) 131 (
LA BICICLETA) 133 (
LA SILLA PEREZOSA) 134 (
A LA NOCHE) 136 (
A LOS 70'S) 138 (
CANCIÓN DEL PESCADOR DOMINICAL) 139 (
LA DESHABITADA) 140 (

A TUS OREJAS	142 (
LA ARDILLA	143 (
MELODRAMA	145 (
ESTE OLOP, SU OTRO	146 (
ALREDEDOR DE MI HERMANO JUAN (I.M.)	147 (
MAMÁ CUMPLE 75 AÑOS	149 (
LA MURIENTE	151 (
CASA JOVEN CON DOS MUERTOS	152 (
INTERIOR DE HOSPITAL	153 (
LA TEJEDORA	154 (

MUSEO INTERIOR

LA GALLINA CIEGA (GOYA)	159 (
LOS PARALIZADOS (GEORGE SEGAL)	160 (
EL GRITO (EDVARD MUNCH)	162 (

C O D A

DE LA POESÍA	167 (
ARTE POÉTICA	168 (

COSAS DEL CUERPO

COSAS DEL CUERPO

EL LENGUADO	177 (
EN EL BOSQUE DE ESPINOS	178 (
RESTAURANTE VEGETARIANO	180 (
NUESTRA REINA	182 (
ANIMAL DE INVIERNO	183 (
MI CASA	184 (
CIELO DE HOSPITAL	185 (

EL BAÑO) 187 (
LOS TABLISTAS) 188 (
EL OJO) 189 (
DESAGRAVIO (I.M.)) 191 (
MATE BURILADO) 192 (
LAS MALAGUAS) 193 (
EL MAESTRO DE KUNG FU) 194 (
LA RANITA) 195 (
LOS RÍOS) 197 (

TRES CANCIONES DE VIAJE

HACIA EL NORTE) 201 (
REGRESANDO AL PERU EN BARCO) 202 (
PAISAJE MÓVIL) 204 (

VICHANZAO

EN EL OJO DE AGUA) 207 (
LA VUELTA) 208 (
CANCIÓN) 210 (
EL NIÑO DEL RÍO) 211 (
EL GUARDIÁN DEL HIELO) 212 (

OTROS POEMAS

EL DEVOTO) 215 (
LA TURBIA) 216 (
EL HARAGÁN) 217 (
LA CONVICCIÓN) 219 (
LA JURADO) 221 (
LOS POETAS) 223 (

ANTÍGONA

I) 227 (
II) 229 (
III) 231 (
IV) 234 (
V) 236 (
VI) 237 (
VII) 239 (
VIII) 240 (
IX) 242 (
X) 245 (
XI) 248 (
XII) 252 (
XIII) 254 (
XIV) 256 (
XV) 260 (
XVI) 262 (
XVII) 265 (
XVIII) 267 (
XIX) 270 (
XX) 272 (
XXI) 274 (
XXII) 276 (

HABITÓ ENTRE NOSOTROS

LA NATIVIDAD) 285 (
EL BAUTISMO) 286 (
LA TENTACION EN EL DESIERTO) 288 (
EL DESCANSO EN LA FUENTE) 289 (
EL ENDEMONIADO) 290 (

EL CIEGO DE JERICÓ.	291 (
MULTIPLICACIÓN DE LOS PECES Y PANES.	292 (
LA ADÚLTERA.	294 (
RAZÓN DE LAS PARÁBOLAS.	295 (
EL SEMBRADOR.	296 (
MARTA Y MARÍA.	298 (
RESURRECCIÓN DE LÁZARO	299 (
LAS LLAVES DEL REINO	301 (
EL MERCADER.	302 (
LA ÚLTIMA CENA	303 (
ORACIÓN EN GETSEMANÍ	304 (
LOS DISCÍPULOS DORMIDOS	306 (
NEGACIÓN DE PEDRO	307 (
JUDAS	308 (
JESÚS ANTE PILATO	309 (
CAMINO AL GÓLGOTA.	310 (
LA CRUCIFIXIÓN	311 (
EL DESCENDIMIENTO	313 (

LA PIEDRA ALADA

LA PIEDRA ALADA

LA PIEDRA DEL RÍO.	323 (
LA BOCA	324 (
EL ÁRBOL	325 (
LA PIEDRA ALADA	326 (
LOS BUEYES	327 (
JARDIN JAPONÉS	329 (
LAS PIEDRAS DE MI HERMANO VALENTÍN	330 (
FREE RUN	332 (
LAS MARISCADORAS	334 (

EL FÓSIL.....	335 (
PIEDRA DE COCINA	336 (
SOBRE UNA FOTOGRAFÍA DE ANSEL ADAMS	338 (
EN LAS AGUAS TERMALES.....	339 (
LA CONJETURA	340 (

TRES CANCIONES DE AMOR

CUESTIÓN DE FE.....	345 (
FÁBULA.....	346 (
LA QUIETUD.....	347 (

ARREGLO DE CUENTAS

EL TOPO.....	351 (
EL VADO.....	352 (
LA PLAZA	353 (
EL PAN.....	355 (
VIVERO.....	357 (
EN ESA CASA.....	358 (
EL DESTETE.....	359 (
LA HIGUERA	360 (
EL MIEDO	361 (
LA JOVENCITA.....	362 (
GORRIONES.....	363 (

E P Í L O G O S

SIMEÓN, EL ESTILITA	367 (
HE DICHO	369 (

BANDERAS DETRÁS DE LA NIEBLA

RIENDO Y NUBLADO

RESPONSO ANTE EL CADÁVER DE MI MADRE.	377 (
LA SERPIENTE.	379 (
LOS NONATOS.	380 (
VIEJA CON PERRA	381 (
LOS BÚFALOS	382 (
LA TORMENTA	383 (
ORGASMO	384 (
LA FOTOGRAFÍA	385 (
EL SUICIDA.	386 (
BOSQUE DE PIEDRAS	387 (
RIENDO Y NUBLADO	388 (
LA SANGRE	389 (
ÚLTIMA NOTICIA.	390 (

BANDERAS DETRÁS DE LA NIEBLA

BANDERAS DETRÁS DE LA NIEBLA.	393 (
EL ALGARROBO.	395 (
FLORES.	396 (
BASHO.	397 (
LA ALAMEDA DE PINOS	398 (
RATAS Y GAVIOTAS	399 (

OTROS POEMAS

EL MARATONISTA	403 (
EL CAMISÓN (MACRITTE)	404 (
EL SALMÓN ROJO	405 (
LA BOA	406 (
MARINA.	407 (

LA JARRA) 408 (
FÁBULA INGENUA) 409 (
EL CABALLO) 410 (
EN LA PUERTA DEL MANICOMIO) 412 (
LA ISLA) 413 (
LOS AMANTES (GRABADO ERÓTICO DE HOKUSAI)) 415 (
EN LA CALLE DE LAS COMPRAS) 416 (
LA PARED) 418 (

EL OTRO ASTERIÓN

1) 423 (
2) 424 (
3) 425 (
4) 427 (

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EL DÍA ¿? DE MARZO DE 2008

